



LUIS GUTIÉRREZ SANTOS

PLANTEAMIENTO DE LA NECESIDAD DEL CAMBIO ESTRUCTURAL EN AMERICA LATINA

Contraportada de la 1ª edición

Dentro de este mundo de constantes polarizaciones y de cambio eminente, la juventud latinoamericana se encuentra ante una realidad nueva y desconcertante que exige su cabal entendimiento para poder participar en ella. Se trata, en efecto, de una revolución que se plantea en todos los ámbitos de la actividad humana, directamente entroncada con el vertiginoso desarrollo científico y técnico que se presenta en los países desarrollados y que permite la agudización de los problemas en las sociedades atrasadas.

El joven autor, investigador del Centro de Economía Aplicada de la Universidad Nacional Autónoma de México, aborda un tema trascendental y candente: el análisis de los conflictos y contradicciones que caracterizan la escena internacional, sin cuya comprensión los pueblos iberoamericanos carecen de la posibilidad de trazar un proyecto de vida.

La Editorial, respondiendo a las exigencias del contexto histórico y en su afán de dar a conocer nuevos valores, lanza la presente obra, sabiendo que sus lectores apreciarán la claridad y el rigor con que se enfocan las importantes cuestiones que en ella se tratan.

B. COSTA-AMIC, EDITOR
Mesones, 14 – México 1, D. F.

LUIS GUTIÉRREZ SANTOS

***PLANTEAMIENTO DE LA NECESIDAD
DEL CAMBIO ESTRUCTURAL
EN AMÉRICA LATINA***

MÉXICO, D. F.

© 1969 Derechos reservados por el autor
Open Library No: OL11101084W

Dedicatoria

*A mi madre, incansable fuente de energías,
resuelta luchadora del amor sincero;
preocupación eterna del saber intenso.
Gracias, Madre, a ti te debo mis sustancias.*

*A mi esposa, aliento fresco en mi boca seca,
Transcripción segura del pensamiento inclaro;
levantas rocas en mi triste arena.
Gracias amor, a ti te debo mi primera obra.*

Agradecimientos

Expreso mi sincero agradecimiento a los Sres. Lic. Antonio Gazol Sánchez y Lic. José María Sbert Callao “Chema”, por sus respectivas labores de asesoría y de revisión, así como sus útiles sugerencias y comentarios, que permitieron elevar la calidad del presente trabajo.

Mi amigo Chema (qepd) se sentó en 1968 enfrente a mi escritorio cubierto con todos los cientos de tarjetas de investigación que había acumulado desde 1967, tenía tanta información que ya le había perdido el hilo a la trama, no le veía ni pies ni cabeza, estaba frustrado y no sabía por dónde empezar. Le hablé a José María de mi desconcierto y en cuestión de minutos, con esa preclara inteligencia que siempre lo distinguió, me dijo *“...lo que tienes, lo que has juntado, responde a tus inquietudes y preocupaciones, eso es tu hilo conductor. Te sugiero que los organices en tres grandes apartados: aspectos económicos del desarrollo, relaciones económicas internacionales y aspectos políticos”*. Eso me permitió sacar la cabeza del agua y definir la estructura de mi tesis de licenciatura. Chema, dónde quiera que estés, te mando un fuerte abrazo y nuevamente mi gratitud.

Estoy en deuda, muy particularmente, con mi maestro de Historia Universal y Oratoria, quien luego se convirtió en un querido amigo, el Lic. José Muñoz Cota Ibáñez (qepd), quien distrajo su inestimable tiempo para leer el manuscrito entero, corrigiendo puntos neurálgicos y haciendo más accesible su comprensión. Él fue quien me estimuló para editar mi tesis de licenciatura y transformarla en libro y publicarlo, presentándome a su amigo y editor el señor B. Costa -Amic.

También quiero asentar testimonio del interés y apoyo que mostró mi maestro y amigo en la Escuela Nacional de Economía, el Dr. Solón Zabre (qepd), quien leyó el primer borrador y me hizo varios comentarios y sugerencias.

Y cómo no voy a agradecerle el dibujo de la portada a mi maestro de lucha grecorromana, gran artista y sincero amigo Antonio Granda. Cuando le pedí que se encargara de la portada, me pidió que le platicara un poco del libro, así que mientras yo hacía un resumen, él empezó a dibujar en una hoja de papel con mis plumones y, mientras yo todavía seguía hablando, él ya había terminado lo que iba a ser una bellísima portada. Mi querido Toño te mando un saludo desde tierras mexicanas dondequiera que te encuentres allá en tu España amada.

Otra persona a quien quiero expresar mi agradecimiento es a mi compañera y amiga de la Preparatoria 4, Carmen Carbonell Espinosa, quien me hizo varias sugerencias de sentido común y observaciones editoriales. Carmen no cesa de sorprenderme por su paciencia y conocimientos, pues a pesar de ser veterinaria de profesión, tiene entusiasmo por todos los campos del saber.

Finalmente, tengo que reconocer que si no hubiera sido por mi esposa de aquel entonces, Bethany Good, nunca hubiera podido terminarlo. Hay personas que son perfeccionistas,

detallistas, meticulosas y puristas del lenguaje. Ella había estudiado en el Colegio Banard de la Universidad de Columbia en Nueva York y tenía ideas muy firmes del estilo y la propiedad del lenguaje escrito. Tuvimos epopéyicas discusiones. Yo afirmaba que había grandes diferencias entre el español y el inglés, mientras que ella argüía que en el lenguaje académico esas diferencias desaparecían. Como es natural, todas las discusiones generalmente las ganaba ella, ya sea porque tenía razón o por mi franco agotamiento. Y no solamente fue mi asesora de estilo, también fue quien transcribió a máquina mis ilegibles borradores a mano. ¡Gracias Bethany!

Para todos mis reconocimientos y profunda gratitud.

*Luis Emiliano Gutiérrez Santos Poucel
México, D. F. a 22 de diciembre de 2011*

***“Independencia, fuente de maravillas,
mitológica lucha de los asombros,
donde saltan los mundos hechos astillas
y sucumben los astros hechos escombros”.***

HORACIO ZÚÑIGA.

Prólogo a la 2ª Edición

Más que una segunda edición, este libro no es más que una conversión del libro impreso al formato digital. Aproveché el proceso de conversión para actualizar dos secciones: la de agradecimientos y el prólogo con el beneficio que da la reflexión del tiempo. También verifiqué y actualicé algunas cifras. Los cambios al resto del libro han sido mínimos, tratando en todo momento de dejarlo tal y como originalmente lo concebí en abril de 1969.

El viejo del 2011

La riqueza de este trabajo está precisamente en la inocencia de mi juventud, en las premisas de mi análisis, más apoyadas en lo “que quería que fuese”, que en lo “que podría ser”. Me acuerdo de aquella frase célebre que mencionó mi Maestro de Oratoria, el Lic. José Muñoz Cota al estar revisando este trabajo en 1969, frase atribuida a varios autores que decía: *“Quien antes de los 18 no es socialista, no tiene corazón, quien a los 30 sigue siéndolo no tiene cerebro.”*¹ Yo no sé si me calificaría como socialista en aquel entonces, pero si puedo asegurar que era muy idealista y algo irrealista.

Este libro representa mis sueños de juventud, mi honestidad de joven, el no estar comprometido con las necesidades del ingreso económico ni los compromisos del trabajo, el estar libre de las exigencias perversas de una realidad incierta. En otras palabras, éste es un libro franco y abierto, joven y sincero, no es para un Premio Nobel de Economía, sino para una juventud no comprometida, es una quimera de un joven que se hizo adulto y profesional en el decenio de los años 60s.

Para entender el libro y su lenguaje, hay que entender el contexto de la década en que me convertí de joven a adulto, de estudiante a economista.

Los 60s

El mundo vivía una serie de acontecimientos que transformaron radicalmente a la sociedad. La década de los 60 fue probablemente la época de mayor impacto político, social y cultural en la juventud de la segunda mitad del Siglo XX, la llamada generación de la postguerra. Era un tiempo de constantes cuestionamientos, en donde nada era sagrado: se cuestionaba el rol tradicional de la mujer, la autoridad paterna, el derecho de los gobernantes a gobernar, etc. El feminismo

¹ Aparentemente la frase se originó con François Guisot (1787-1874) durante el debate de si Francia debería ser una monarquía o una república al decir “No ser republicano a los 20 es no tener corazón; serlo a los 30 es no tener cerebro.” Luego el primer ministro francés Georges Clemenceau (1841-1929), un ex socialista, lo cambio diciendo “No ser socialista a los 20 es no tener corazón; serlo a los 30 es no tener cerebro.” La frase se le ha atribuido a varios pensadores de habla inglesa, entre ellos, Benjamin Disraeli, George Bernard Shaw, Winston Churchill y Bertrand Russell.

americano de igualdad tanto en la casa como en el trabajo, se manifestaba entonces como feminismo político y revolucionario en América Latina. Se extendió el uso de la píldora anticonceptiva y la minifalda. El movimiento pacifista y aislacionista de los hippies americanos, se reveló en los jóvenes europeos y latinoamericanos como activismo político y fervor revolucionario. Mientras que en Estados Unidos se propagaban las protestas contra la guerra en Vietnam, en Europa y América Latina los movimientos estudiantiles adquieren mayor progresión, especialmente en Francia, Chile y México.

En Europa se consolidan las bases de la reconciliación franco-alemana, sentando las bases para la construcción de un tercer bloque económico: la Unión Europea.

En Asia, la China de Mao vive la llamada “Revolución cultural”, que supuso una transformación de la milenaria sociedad de este país, mientras que Japón continúa desarrollando su reputación de potencia tecnológica y los productos provenientes de este país empiezan a competir en calidad y precio con los productos americanos y europeos.

En América Latina, se propagan, por un lado, los movimientos revolucionarios y por el otro, las dictaduras. El régimen revolucionario de Fidel Castro y el Che Guevara genera un acercamiento de América Latina hacia la URSS. Cuba se convierte en un incondicional de la URSS en detrimento de los intereses geoestratégicos de EE.UU. En Uruguay nace uno de los grupos guerrilleros más populares de América, el Movimiento de Liberación Nacional, mejor conocido como los Tupamaros. En 1964, los militares brasileños derrocan al presidente João Goulart. En 1966 se produce el 5º golpe militar en Argentina, que da lugar a una dictadura autodenominada Revolución Argentina. Ese mismo año, asesinan a Ernesto Che Guevara en Bolivia. En 1968 se producen importantes movimientos estudiantiles en Chile y México, culminando con la “Matanza de Tlatelolco”. Ese año se celebra uno de los juegos olímpicos más exitosos de la historia, los de México 1968.

En Estados Unidos también se presentan grandes transformaciones, que no solo afectan a la sociedad estadounidense, sino al resto del mundo. John F. Kennedy toma posesión como presidente en 1961, caracterizándose por su gran popularidad dentro y fuera de los Estados Unidos. Su administración encara varios desafíos, tales como la invasión de Bahía de Cochinos por exiliados cubanos entrenados por la CIA Americana, el inicio de la carrera espacial con la URSS, la construcción del muro de Berlín, la Crisis de los Misiles que casi se convierte en la tercera guerra mundial, el inicio de la Alianza para el Progreso (ALPRO). El 22 de noviembre de 1963 Kennedy es asesinado en Dallas, fecha impactante que casi todos recordamos incluyendo el lugar en donde nos encontrábamos cuando escuchamos la noticia.

En 1964 Estados Unidos comienza su intervención abierta en Vietnam, apoyando al régimen de Vietnam del Sur en guerra contra Vietnam del Norte apoyado por la URSS. Ésto contribuye al

surgimiento del movimiento de los hippies, una corriente juvenil que se harían notar por sus protestas anti-guerra, sus expresiones pacíficas, sus vistosos atuendos (medio hindús, orientales y árabes) y el uso de la marihuana. Otro factor que contribuyó al desarrollo de los hippies fue como resultado del aumento sostenido del ingreso *per cápita* de los americanos. El capitalismo pasó de su auge productivo al del consumismo, ante lo cual muchos jóvenes estadounidenses, que se sentían agredidos por la guerra de Vietnam, se revelaron.

Los hippies optaban, no por la transformación del mundo, sino por el aislamiento y la creación de un nuevo mundo alejado de la banalidad, la hipocresía y el consumismo. Su lema representaba su sentimiento de ahogo *“Haz el amor y no la guerra”*. Los hippies personificaban un sector moderno de contracultura, de resistencia al capitalismo bélico estadounidense.

El movimiento de los hippies se enlazó con un segundo movimiento en pos de la defensa de los derechos de la mujer. Fue una época de cuestionamientos en que se daba al traste con las ideas tradicionalistas de la sumisión de la mujer, del sexo y los dogmas conservadores. Así, se comenzó a pregonar y practicar el derecho al aborto, la igualdad femenina y la liberación sexual, colocando en entredicho instituciones como el matrimonio, la propiedad privada y hasta la familia.

Por si esto fuera poco, un tercer movimiento sacudió a las fundaciones de la sociedad americana: el de los negros por la igualdad racial. Martín Luther King, un reverendo protestante, fue el máximo exponente de la lucha no violenta por la igualdad. Paralelamente, se desarrollaron otros grupos de afroamericanos: el de Malcom X y el de las Panteras Negras. Malcom X creó un grupo de musulmanes negros que representaban la rebelión religiosa que debería acompañar a la liberación racial. Las Panteras Negras sostenían que la liberación negra solamente se podría lograr a través de la lucha armada contra los opresores.

Estos tres movimientos protagonizaron los años 60s. Hubo grandes manifestaciones, protestas estudiantiles y revueltas raciales, entre las cuales destaca la toma del Parlamento Estatal de California por los Panteras Negras. Las posturas extremistas conservadoras se radicalizaron hasta el asesinato de ambos líderes, Martín Luther King y Malcom X.

Robert F. Kennedy es asesinado en 1968, tras haber ganado las elecciones primarias de California. La esperanza de la razón sobre la violencia, como forma de expresión política del país más poderoso de la tierra, es nuevamente apagada con las balas, las mismas que probablemente cegaron la vida de su hermano John cinco años antes.

En 1969, los americanos triunfan en la carrera espacial iniciada por John F. Kennedy en 1961 al llevar con la misión Apolo XI al primer hombre (Neil Armstrong) a la Luna.

En México, el país estaba gobernado por un solo partido, el PRI, con Adolfo López Mateos como presidente de 1958 a 1964; un popular presidente regularmente ausente por sus constantes

viajes al extranjero y por una enfermedad terminal. Gustavo Díaz Ordaz llega a la presidencia en 1964, caracterizándose como el presidente más autoritario y represor del México de la posguerra. Si bien existían otros partidos, entre ellos el clandestino Partido Comunista de gran influencia en la juventud, no tenían ninguna posibilidad real de gobernar.

Diversos movimientos sociales caracterizaron al México de los 60s: el Magisterial, dirigido por Othón Salazar; la llamada guerrilla comandada por Genaro Vázquez Rojas en Guerrero y Rubén Jaramillo en Morelos; el movimiento Médico y el Movimiento Estudiantil por las Libertades Democráticas de 1968.

En el ámbito económico, el modelo denominado Desarrollo Estabilizador había generado un crecimiento constante del Producto Interno Bruto real a una tasa anual de 6.4% en el período 1945-1970, con lo cual la producción por habitante subió a un ritmo de 2.9%, superior a la meta del 2.5% fijado por las Naciones Unidas en su famosa Década del Desarrollo (1960-1970).

En el ámbito literario, el llamado Boom Latinoamericano encarnado, entre otros por: Miguel Ángel Asturias de Guatemala, Gabriel García Márquez de Colombia, Julio Cortázar de Argentina, Carlos Fuentes de México y Mario Vargas Llosa de Perú, generarían un gran impacto en nosotros. La cinematografía trajo grandes cintas a la pantalla que estimularon nuestra imaginación y nos hicieron pasar ratos muy agradables, tales como: *La dolce vita* 1960, *Psicosis* 1960, *Viridiana* 1961, *West Side Story* 1961, *Matar a un ruiseñor* 1962, *De Rusia con amor* 1963, *El gran escape* 1963, *Odisea del espacio* 1968, *El bebé de Rosemary* 1968, *Easy Rider* 1969, *The Wild bunch* 1969. Fue la época de los pantalones de campana, la minifalda, el bikini y la existencia de algunas playas nudistas, como Cipolite en Oaxaca, época que reflejaba el talante juvenil de la época. En la esfera de las drogas, la marihuana (mota) era la de mayor consumo que había transitado del ámbito militar al estudiantil.

En el ámbito musical, llegaron siguiendo al Rock and Roll de los 50s, nuevos géneros musicales como el twist, un baile nada tradicional que inició una etapa de individualismo desenfrenado, pues podía bailarse sin pareja, movimiento de pelvis en sincronía con los brazos popularizado por *Chubby Checker*. Los *Beatles* irrumpieron en México en 1964 y llegaron en su comienzo como “El Cuarteto Liverpool”, pegando tan fuerte como Elvis lo hizo en los 50s.

A principios de los 60 surgieron varios conjuntos de rock, que traducían los éxitos americanos al español, tales como Los Teen Tops, Los Hooligans, Los Rebeldes del Rock, Los Crazy Boys, Los Locos del Ritmo, y, mis favoritos, los Boppers, surgidos de mi querida Escuela Nacional Preparatoria 4 de Puente de Alvarado 50. Dos eventos musicales masivos habrían de caracterizar a la juventud de aquella época: El Festival de Woodstock en Nueva York y posteriormente el de Avándaro, en Valle de Bravo, México.

Ese fue el contexto en el que escribí el libro que tienes ante ti, mi querido lector. Un contexto de cambio en el que éramos agentes del cambio sin saberlo. Pero, ¡ya basta! No más de antecedentes y motivos. Estas fueron las últimas palabras del viejo de 2011, a continuación dejo hablar a aquel joven de 1969.

El joven de 1969

Este trabajo reúne, deshilvanadamente y con incipiente estilo, una visión general de un problema inquietante y que sirvió como tesis para mi Licenciatura en Economía. Esto es lo inmediato, pero lo trascendental fue tratar de expresar, en medio de naturales confusiones, el punto de vista de la juventud, la mía, en medio de un mundo que se desquicia, cuya tabla de valores está resquebrajada y que acusa, por todo ello, síntomas de descontento, de rebeldía, de inquietud angustiosa, y, también, manifestaciones de violencia sin límite y a veces hasta sin dirección precisa.

Se ha dicho, recientemente, que este panorama tiene que ajustarse a las estructuras particulares de cada nación –Francia, Alemania, Uruguay, México– en cuanto son causas específicas y diferentes las que lo motivan. Seguramente es verdadera la tesis en cuanto –en verdad –cada sociogeografía está moviéndose en virtud de impulsos individuales, sin embargo, hay que suponer que esta confluencia de intentos de revolución no puede ser casual, puesto que nada es casual en el devenir de la historia. Forzosamente existe una razón común, un denominador común, que hace que las nuevas generaciones se amotinen o rebelen contra los padres, los maestros y los gobernantes en turno.

Encontrar esta casualidad socioeconómica es tarea no sólo de pedagogos y hombres en el poder, sino tarea común que compromete a jóvenes y adultos en general, todo ello en bien de la humanidad y para salvar al hombre mismo de una derrota integral que resulta peor que la amenaza de la bomba atómica.

Es natural que algunas de estas expresiones de la rebeldía juvenil no sobrepasen el estadio de la emotividad. Son, en cierto modo, escapes para una emoción compleja donde se revuelven el descontento, la insatisfacción a los elementales derechos, la necesidad de ubicación, y, además, la sensación de asco, de coraje, de impotencia, frente a un espectáculo –el de los mayores en edad y gobierno– en el que campean la simulación, la concupiscencia, el hurto, el abuso de poder, la hipocresía en la vida íntima y el descarado cínico en la vida pública. Esto es: un espectáculo que no puede invocarse como ejemplo para ninguna juventud y que, por el contrario, estimula el menosprecio que los jóvenes sienten hacia las generaciones pasadas que ya no podrían esconder o disimular la decadencia de sus actitudes y lo podrido de sus conductas públicas y privadas.

Conviene puntualizar aquí el papel del joven universitario. Efectivamente, todos los jóvenes somos víctimas de este estado de injusticia. La juventud en el campo y en el taller, respectivamente, es una larga cadena de frustraciones, disimuladas por la rutina y la resignación frente a lo inevitable. Los “viejos” tienen controlados los medios de producción y de consumo y sólo dejan a los jóvenes la tarea mínima sin abandonar el fuero de la autoridad que se ejerce implacablemente. No es posible –por ausencia total de cultura– esperar que los jóvenes del campo y los de la fábrica ahonden en el análisis de la problemática actual. Hay, dentro de ellos, una emoción latente, una sensibilidad revolucionaria –permítaseme calificarla así; pero están carentes de tesis, de doctrina, de elementos de razonamiento. Corresponde, pues, al estudiante universitario enfrentarse a este cuadro clínico. Debe hacerlo. Tiene los elementos. Se supone que los tiene. Tiene, además, el deber de encararse a este mal social, aunque sea como parte de una responsabilidad que no puede rehuir.

Sólo que, ¿está el estudiante universitario, realmente, en condiciones de cumplir su misión?

En mi percepción, el estudiante universitario –en términos generales– carece de visión social. No tiene una ideología precisa. Camina a ciegas. Obra por emoción. Se mueve por instinto –si bien le va, o contagiado por la fuerza psicológica de los acontecimientos, sobre todo en la agitación que esporádicamente se enciende como réplica ante un exceso de autoridad y de injusticia. Así los movimientos estudiantiles han preconizado principios elementales, pero no han podido continuar –y la continuidad es la esencia de toda transformación revolucionaria– un programa ascendente de conquistas para bien no sólo de la clase estudiantil, sino de la juventud y del resto de la sociedad, por supuesto.

Los estudiantes sabemos por José Ortega y Gasset, *“que el hombre es él y sus circunstancias”*. Esto es, que el hombre, sin perder su individualidad, es un ente social. Desde este punto de vista, el hombre se desarrolla en consonancia, en correlación, en interdependencia con todos y cada uno de los elementos que informan el llamado “hecho social”. Es él –cada uno es diferente; pero también responde a los determinantes históricos, la estructura económica y política y las superestructuras. Todo lo que acaece es porque el hombre modifica las circunstancias y a su vez es modificado por ellas.

Concretamente, el hombre de hoy sufre la influencia de una era de industrialización y consumismo creciente que lo enajena y lo mantiene alienado.

Dentro de una atmósfera tensa provocada por las diferencias económicas, las injusticias, el hambre y la posible guerra atómica, la generación actual busca su escape por mil rumbos disímboles que van desde la rebeldía –denominada “sin causa”– hasta el fenómeno pintoresco de los hippies que no es otra cosa que una evasión romántica de un medio que aplasta a un buen número de jóvenes del primer mundo. Es, en síntesis, una señal de protesta muy especial, pero

en cuyo contenido se realizan las expresiones contra la maquinación, el automatismo, las fuerzas imperialistas, el colonialismo que no por anacrónico deja de ejercer su perniciosa acción. La suma de estos fenómenos que están golpeando sobre la conciencia, particularmente de los estudiantes, puede llevar a una conclusión peligrosa: que el hombre -como decía Hobbes -es el lobo del hombre²; que siempre, pero particularmente en nuestro tiempo, el peor enemigo del hombre es el hombre mismo; que a lo largo de la historia ha habido crímenes y robos, despojos e injusticias, guerras y campos de concentración; que todas las etapas y circunstancias sociales de la humanidad –como el Imperio Romano, Bizancio, China, la Iglesia Católica, la monarquía absoluta, el nacionalsocialismo, el capitalismo estatal y el socialismo, han producido un gran número de abominaciones, catástrofes y ruinas.

La psicología nos está gritando que el miedo maneja los hilos del hombre contemporáneo. La época actual está llena de desesperanza. Los estudiantes salimos de la universidad llenos de sueños y esperanzas para encontrarnos con una realidad de injusticias, de escasas oportunidades de trabajo, además mal remunerado y muy pronto el pesimismo se apodera de nosotros.

Sin embargo, la verdad es que, a pesar de lo anterior, el hombre perdura, perdurará; no será posible aniquilarlo; no ha sido aniquilado ni por los místicos ni por los tiranos; se salva de las dictaduras y de los políticos nefastos; todavía resistirá bien a la “ciencia”, a sus sistemas, a sus máquinas, a Malthus y al “progreso”; ya encontrará la forma de aislar la radiación, de contener los efectos destructores de la más mortífera de las armas hasta ahora usadas por el hombre enloquecido de poder y de ambición de mando.

Tiene razón Erich Fromm cuando exclama:

“Creo que hacen falta la esperanza y una nueva perspectiva que trascienda los estrechos límites del pensamiento positivista y mecanicista de las ciencias sociales en la actualidad, si occidente quiere salir con vida de este siglo de pruebas.”³

En este libro, cuyo origen fue mi tesis profesional, quiero –como participante de una juventud en lucha, juventud que fue la promotora del movimiento estudiantil del 68– tratar de escudriñar un tema trascendental para los pueblos del continente: el desenvolvimiento de América Latina, sus intentos por llegar a la definición plena de su autenticidad histórica y social; su lucha contra el colonialismo y su desorganizado y desesperado esfuerzo por elevar los niveles de su estructura para sobrepasar el tipo de naciones subdesarrolladas y conquistar su jerarquía socioeconómica a base de soberanía, de libertad, de justicia social y de bienestar económico.

² Thomas Hobbes, Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil (México: Fondo de Cultura Económica).

³ Erich Fromm, Marx y su concepto del hombre (México, 1962), p. 8.

Pretendo aprovechar estas páginas para asentar el testimonio de una juventud que acepta cabalmente su parcela de responsabilidad individual y colectiva. Pretendo también decirles quien soy yo a través de mi preocupación por la falta de equidad económica en Latinoamérica y de mi amor por México.

**Luis Emiliano Gutiérrez Santos Poucel
México, D. F. 25 de abril de 1969 y 22 de diciembre de 2011**

Índice General

Dedicatoria	iii
Agradecimientos	iv
Prólogo a la 2ª Edición	vii
El viejo del 2011	vii
Los 60s	vii
El joven de 1969	xi
Introducción	1
¿Por qué este libro?	1
¿Qué es América Latina?	2
¿Puede haber un latinoamericanismo económico?	2
¿Por qué no se ha dado el cambio?	3
I: Panorama General Económico de América Latina.....	7
Desarrollo y subdesarrollo	8
El subdesarrollo latinoamericano	11
El crecimiento económico y el crecimiento demográfico	18
El hambre y la producción de alimentos	21
La reforma agraria.....	24
La industria	29
Los capitales del exterior y la subordinación	32
La formación de capitales y la planificación	37
II: Relaciones Económicas con el Exterior	42
Los problemas del comercio exterior.....	43
El decaimiento de las exportaciones y la crisis del comercio exterior	47
Algunas perspectivas y soluciones del comercio exterior	50
La necesidad de una tecnología propia	53
El mundo inmediato: la integración.....	57
La cooperación internacional	62
La ayuda internacional y su signo	65
III: Condiciones Políticas Actuales	70
El neocolonialismo	71
La política de los Estados Unidos de Norteamérica	73
Las dictaduras y el absurdo	78
El bloque socialista.....	80
La irracionalidad y la anti-producción	83
Un solo camino: ¿la violencia?.....	89
A manera de epílogo	93
Bibliografía	97
Índice Analítico y de Nombres.....	101

Introducción

¿Por qué este libro?

¿Cuál es la necesidad de escribir un libro sobre un tema tan trillado como es el del subdesarrollo de América Latina?

Mi motivación es personal.

En 1968 hubo un movimiento estudiantil que involucró a mi Alma Mater, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y al Instituto Politécnico Nacional (IPN) en donde participamos no solamente los estudiantes sino profesores, intelectuales, amas de casa, obreros y profesionistas en toda la Ciudad de México. Más que un movimiento estudiantil fue un movimiento social. Se notaba el descontento estudiantil y popular y las evidentes ganas del cambio. El movimiento fue dispersado el 2 octubre de 1968 por el gobierno del Presidente Díaz Ordaz en la matanza en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco.

Muchos quedamos frustrados y con la semilla de la necesidad del cambio. Me preguntaba si una acción tan mezquina, como la de un gobierno de mandar al ejército a suprimir con balas una manifestación pacífica de su juventud, se podría dar en un estado desarrollado y democrático. Mi respuesta fue de que sí, de que sí se podía dar tanto en un país subdesarrollado como en uno desarrollado, tanto en un régimen totalitario como en uno democrático, pero había diferentes tonalidades de gris. Semejante reacción radical y criminal, como la del Estado mexicano en contra de la flor de su juventud, tiene más probabilidad de acontecer en un país subdesarrollado que en uno desarrollado, es más posible en un régimen totalitario que en uno democrático. Eso me llevó a una serie de cuestionamientos: ¿Por qué México y los países de América Latina no se han desarrollado?, ¿Qué es lo que han hecho mal? ¿Por qué otros países han crecido y Latinoamérica no?, ¿Por qué no tenemos regímenes más democráticos? ¿Cuáles son los verdaderos obstáculos al desarrollo económico y social de nuestros países?

Quería entender no solo por qué los países latinoamericanos no se habían desarrollado, sino por qué no se habían desarrollado más rápido. Era obvio de que la obvia situación de estancamiento de nuestras economías, las pobres perspectivas de desarrollo y las prácticas antidemocráticas de los gobiernos de la región, requerían nuevas explicaciones y alternativas a las tradicionales, a las que estaban en boga.

Esa fue la motivación de escribir sobre este tema.

¿Qué es América Latina?

Los comentarios sobre América Latina son, con frecuencia, tan abstractos que carecen de valor. Después de todo, ¿Qué es América Latina?

El término América Latina o Latinoamérica tiene varias connotaciones y significados. A veces se refiere a los países de habla española y portuguesa, excluyendo a Haití y a los países de habla inglesas como Suriname, Guyana y las islas caribeñas. La Real Academia Española define a “América Latina” como el conjunto de países del Continente Americano donde se hablan las lenguas romances: español, portugués y francés. Pero, de acuerdo con esta definición, “América Latina” incluiría a Hispanoamérica (países hispano parlantes), Brasil (de habla portuguesa), Haití (franco parlante), algunas provincias canadienses (Quebec, Nueva Escocia y Nuevo Brunswick), las islas francesas (San Pedro y Miquelón, San Martín, San Bartolomé) y otros territorios (Guayana Francesa, Martinica y Guadalupe). En éste libro entendemos como América Latina a todos los países al sur de los Estados Unidos, incluyendo los países del Caribe.

¿Qué hay de común, por ejemplo, entre Guatemala y Brasil, o entre México y el Uruguay?, mucho y, a la vez, muy poco. Latinoamérica viene, sí, de un origen común: con idénticas raíces étnicas, con la cultura indígena e ibérica, la conquista y colonización por españoles y portugueses –en lo que va ya una primera diferencia. Los procesos de independización fueron paralelos y parecidos. Los obstáculos y dificultades para estructurarse como naciones y progresar tienen la misma causalidad. Las comunidades latinoamericanas tienen un origen histórico, lengua y cultura parecidas y una evolución que en sus grandes líneas socio-históricas demuestra, por tanto, grandes semejanzas.

Más allá de esa similitud, sin embargo, esta región geográfica es un mosaico polifacético. El aislamiento que desde su independencia ha prevalecido entre los países de Iberoamérica ha acentuado sus diferencias. Esas, claro, existen desde un principio: Argentina, Uruguay, sobretodo y en buena medida Chile, son países prácticamente europeos, criollos; México, los países centroamericanos, Perú, Bolivia y casi todo el resto, en mayor o menor medida, son mestizos indo-hispanos; Brasil y las naciones del Caribe son mulatas o negras.

Hay diferencias de tipo demográfico, económico, cultural, geográfico, de relieve, de clima, etc. Hay zonas y naciones sobrepobladas en América Latina y territorios desiertos, inexplorados y vírgenes. La diversidad también alcanza un nivel dramático en lo económico. En este dominio, precisamente, se habla con frecuencia a la ligera de América Latina como un todo, sin tomar en cuenta los desniveles de su desarrollo socioeconómico.

¿Puede haber un latinoamericanismo económico?

De la lectura de la sección anterior se podría deducir que no existen las bases para una comunidad económica en América Latina. Pero, semejante deducción sería precipitada y falsa. En

primer lugar, aunque en distintos niveles, todos los países de América Latina son subdesarrollados, no son naciones industrializadas: exportan fundamentalmente productos primarios e importan artículos elaborados; padecen, en consecuencia, el deterioro de la relación de intercambio entre unos y otros; la industrialización está directamente vinculada a las técnicas extranjeras de los países avanzados; tienen escasez financiera y endeudamientos recurrentes; los mercados internos nacionales son estrechos e insuficientes, etc. En segundo lugar, la contraparte con la cual mantienen las naciones del área el grueso de sus relaciones económicas generales externas es una sola: Estados Unidos. Este país es el principal comprador de productos latinoamericanos y el principal vendedor. Estados Unidos es el principal inversionista de capital extranjero en la zona y también el gran acreedor financiero por créditos otorgados y regalías devengadas por el uso de patentes extranjeras en los países latinoamericanos.

Puede decirse que una minoría de nuestros pueblos avanza, mientras la abrumadora mayoría va quedando cada vez más rezagada. Inclusive aquellos que van adelantando, no crecen de manera sostenida y a la larga crecen en promedio por debajo de las potencias industriales del mundo, así como de las nuevas economías de Australia, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong. Aparte, el subdesarrollo de Argentina, Brasil y México, es notablemente distinto al de Bolivia, Ecuador o Paraguay.

No obstante, intereses y desafíos externos comunes dan la sustentación necesaria para buscar un latinoamericanismo económico como una vía factible para el desarrollo. Los caminos independientes no han permitido hasta ahora salir del subdesarrollo a ningún país latinoamericano. La unión de fuerzas, sacrificando un poco de la soberanía e independencia nacional en pos del interés regional y de un menor futuro, ofrece una ruta más viable para el crecimiento sostenido. Es lo único que nuestros países no han intentado y lo que probablemente deberían empezar a hacer. Lo importante es alcanzar el bienestar de la gente, así como la superación de la pobreza. Pero hay que reconocer que la unión latinoamericana probablemente va a ser muy difícil, si no imposible de lograr, pues habrá que superar muchos desafíos políticos e intereses de grupos dentro y fuera de la región.

¿Por qué no se ha dado el cambio?

El argumento central de este estudio es la necesidad del cambio estructural en América Latina, describiendo objetivamente, a juicio del autor, las condiciones que obstaculizan el cambio y, a la vez, lo hacen inaplazable. Esto se va a hacer en tres partes:

- 1) Examinando las causas del subdesarrollo latinoamericano.
- 2) Identificando los obstáculos que impiden encontrar el camino al desarrollo, o sea, qué es lo que entorpece el proceso de encontrar y solucionar la problemática del estancamiento.

- 3) Estudiando las opciones que se presentan dentro del contexto actual de América Latina para superar los obstáculos al desarrollo.

Empero, no necesariamente las opciones que se presentan a los países latinoamericanos en el momento y contexto actuales son las únicas que existen. A la mejor es necesario cambiar algunos de los parámetros del marco de referencia para poder encontrar mejores opciones, alternativas más viables, que permitan con mayor certeza alcanzar el desarrollo anhelado y superar la pobreza.

Nunca en el pasado ha habido tan grandes diferencias, en todos los sentidos, como existen en el presente, entre los que son pocos, los escogidos y los muchos olvidados de la humanidad. Un grupo muy reducido controla la economía, el poder, etc.; en otras palabras, maneja el destino de la humanidad, tiene una capacidad más allá de la imaginación, que cada día aumenta más, para destruir no sólo a un enemigo, sino a la misma sociedad humana. Si en el pasado hubo esclavos del hombre, en el Tercer Mundo hay en la actualidad, en términos absolutos, más esclavos de la naturaleza, pues casi no tienen medios para reducir sus paupérrimas condiciones de vida.

Ante esto debe uno de considerar que si la vida humana tiene algún valor y si es un crimen destruirla, entonces, el mundo actual es más criminal hoy que lo que haya sido en cualquier etapa pasada de su historia. Las tendencias no son positivas, si continuamos como hasta ahora, la concentración de la riqueza y el poder continuaran haciendo las diferencias ahondando las diferencias y alimentando el potencial para el caos, las revoluciones y las guerras entre los países.

Un tercio de la humanidad que puede comer bien está asustada de los otros dos tercios, que proclaman su sufrimiento cuando adquieren conciencia de esta situación. Este tercio habla mucho de la primera característica del subdesarrollo, “el hambre”, pero contra la cual obran muy poco. El hambre, junto con la bomba atómica, constituyen los dos grandes fenómenos de nuestro tiempo, dirigidos por el miedo, sentimiento que domina a la sociedad actual.

El mundo se encuentra dividido en dos sistemas rivales, cada uno de ellos representado por su centro y su respectiva zona de influencia: el capitalista occidental y el comunista soviético. Estos son bloques económicos y políticos en toda la extensión de la palabra, pues sus centros de poder, Estados Unidos y Rusia, reúnen las seis características fundamentales de los polos de dominio:

- 1) Son centros industriales y tecnológicos, sus industrias son las más productivas y poderosas, donde se invierte más en investigación y desarrollo y donde se genera el mayor número de innovaciones y tecnologías de sus respectivas zonas de influencia.
- 2) Son centros comerciales, sus empresas son los que más exportan y sus autoridades las que en última instancia imponen los términos de intercambio.

- 3) Son centros financieros, pues sus bancos son los principales prestamistas, los financistas de último recurso.
- 4) Son centros legales, pues sus leyes no solamente se aplican dentro de sus territorios sino en el de los otros países que conforman sus respectivos bloques.
- 5) Son centros militares, donde más se gasta para fines bélicos y armamentistas, donde se tienen los ejércitos más numerosos y mejor equipados para reforzar sus leyes y proteger sus intereses.
- 6) Son centros culturales, exportando su forma de vida y expresiones artísticas y culturales al resto de los países de su zona de influencia.

Es muy difícil para un país salirse de la zona de influencia de un bloque. Por ejemplo, los Estados Unidos no van a permitir otra Cuba. Lo mismo se puede decir de Rusia. El ejército soviético ha estado listo para invadir cada vez que se presenta una amenaza de liberación, tal y como lo hicieron en Hungría en 1956⁴.

En los años 50s estuvo muy en boga entre los políticos africanos y asiáticos, encabezados por Jawaharlal Nehru, la idea de que el “Tercer Mundo” podría ser capaz de mantenerse neutralmente al margen de las querellas entre el “Este” y el “Oeste”. Luego le tocó el turno al General de Gaulle quien, a mediados de los años 60s, elaboró su teoría de la “Tercera Fuerza”, que comprendería a una Europa desde el Atlántico hasta los Urales argumentando que la diferencia entre europeos y norteamericanos era más fundamental que entre comunistas y no comunistas. Lo sucedido en Checoslovaquia en agosto de 1968⁵, con la invasión rusa, demostró su error, pues uno de los efectos de la intervención en Checoslovaquia fue la de recordar a la gente en dónde se encontraba el centro de gravedad de cada una de las grandes hegemonías.

A partir de 1968, las juventudes progresistas, las llamadas de “nueva izquierda”, empezaron a buscar un tercer centro ideológico, pero parece difícil –al menos en un mañana previsible– que lo encuentren mientras no exista en el mundo un tercer núcleo de poder con respaldo militar que

⁴ La revolución húngara (23 de octubre hasta el 10 de noviembre de 1956) empezó como protesta estudiantil, se transformó en movimiento social contra el gobierno y las políticas impuestas desde la Unión Soviética y llevó a la formación de un nuevo gobierno de corte liberal. El ejército soviético invadió Hungría el 4 de noviembre reprimiendo toda oposición pública e instaurando un gobierno títere.

⁵ A principios de 1968, Checoslovaquia inició un movimiento de apertura que buscaba una forma no totalitaria de socialismo, permitiendo la existencia de otros partidos políticos y sindicatos, libertad de prensa y expresión, el derecho a huelga, etc. Las tropas soviéticas acabaron con este movimiento en agosto de 1968 invadiendo Checoslovaquia.

sea capaz de secundar ese intento de establecer una realidad política ajena a los actuales sistemas comunista y occidental.

No todo es pesimismo, se empiezan a abrir algunas oportunidades con el lento, pero seguro proceso de creación de la comunidad europea que tiene perspectivas reales de convertirse en una verdadera unión económica y eventualmente en un tercer bloque de poder. En un mundo con tres centros de poder será más factible para los países débiles encontrar una cuarta vía, una vía alternativa para lograr sus aspiraciones de desarrollo.

América Latina se encuentra en la encrucijada del estancamiento económico y la inestabilidad política. Se estima que si el *statu quo* mundial permanece igual, se necesitarán alrededor de 500 años para alcanzar el nivel de vida presente que hay en los Estados Unidos. Luego, se necesitarían miles de años para volverlo a alcanzar y así consecutivamente, por lo que la brecha entre riqueza y pobreza se seguiría ahondando. Este panorama es conocido por los gobiernos de la región, sin embargo no han podido generar las soluciones para poder salir de la trampa del subdesarrollo.

En suma, es necesario hacer examen de la realidad y –en la medida de lo posible– tratar de revertir estas tendencias intentando los cambios que lleven hacia un crecimiento auto-sostenido. Los principales obstáculos al cambio se presentan en tres áreas:

- 1) La económica vinculada a los factores de la producción y la creación, acumulación y distribución de la riqueza.
- 2) La externa asociada a las relaciones con el exterior en cuanto al comercio, las exportaciones e importaciones, el capital y tecnología externa, la cooperación internacional y la ayuda económica.
- 3) La política ligada a las condiciones políticas del contexto internacional que condicionan las opciones reales que se les presentan a los países de la región.

A continuación exploramos cada uno de estos apartados.

I: Panorama General Económico de América Latina

¿Qué se entiende por desarrollo y subdesarrollo? ¿Cuál es la relación entre los crecimientos económico y demográfico? ¿Qué papel juega la industria en el desarrollo y la agricultura en el subdesarrollo? ¿Cuál es el rol del capital externo y la ayuda económica en el crecimiento de los países latinoamericanos? Estas son algunas de las interrogantes que vamos a examinar en esta sección.

Desarrollo y subdesarrollo

Desarrollo es un término muy amplio y complejo, con numerosas variantes y sutiles implicaciones y sería un poco ingenuo e irresponsable intentar darle una definición precisa y rigurosa. El concepto es flexible y está cambiando de sentido; a menudo se le ha asociado con lo siguiente:

- 1) En relación con el concepto de riqueza, según la Economía Clásica (el desarrollo se mide en términos del Producto Interno Bruto de un país).
- 2) Con la evolución y el progreso (un país moderno y civilizado es desarrollado);
- 3) En función de los índices de crecimiento asociados con la teoría macro dinámica moderna (desarrollo se define por el ingreso *per cápita*).⁶
- 4) Tomando en cuenta el volumen de industrialización (el desenvolvimiento industrial se considera como sinónimo del desarrollo económico).⁷

Como se puede notar, se ha ligado el concepto del desarrollo con algún indicador económico dado, pero ésto, aunque correcto en lo específico, resulta engañoso en lo general. Últimamente se le ha relacionado con el concepto de bienestar. El proceso de desarrollo está orientado a un objetivo último de mejoramiento de las condiciones de vida con justicia social. Esto se entiende, ante el reconocimiento de que el desarrollo económico carece de sentido si no se le liga a una finalidad social, de ahí que ahora se empieza a denominar desarrollo económico y social.

Así, “el desarrollo se debe medir en términos de varios indicadores –y no de uno solo– de índole económico y social, que expresen la dirección y la magnitud del cambio”⁸, de tal suerte que hay que buscar si se ha presentado un desarrollo integral en la economía.

Sin embargo, el concepto de desarrollo es aún más complicado. Para entenderlo partamos de su común denominador, el de ser considerado el medio a través del cual las naciones buscan elevar el bienestar de sus poblaciones. En consecuencia, el crecimiento económico deberá venir acompañado de cambios de tipo estructural, para evitar que algún incremento en la economía no se refleje en una mejora en el bienestar general; de lo contrario, a la larga, los aumentos económicos pueden dejar al país en el mismo punto donde empezó, o, quizá, relegarlo aún más,

⁶ A finales de la década del 50 y principios de la 60, estaba muy en boga el distinguir a los países de acuerdo a su ingreso *per cápita*; así, un país de alto ingreso por habitante era un país adelantado y lo contrario una nación atrasada.

⁷ Confundían el desarrollo industrial como el fin de la economía, siendo que es un medio de la economía para impulsar el desarrollo económico; es decir, identificaban los medios con los fines.

⁸ Osvaldo Sunkel, Los conceptos de desarrollo y de subdesarrollo (Santiago de Chile, 1968), p. 12.

dado que determinados aumentos pueden significar que la riqueza se concentró aún más, con lo que se habrá hecho más patente el desequilibrio con respecto a los estratos más pobres. En los países subdesarrollados, la mayoría de la población es la que debe tomarse en cuenta para medir el desarrollo, pues es su peso relativo en la población total lo que determina el grado de desarrollo: entre mayor sea el peso relativo de los pobres en el total, menor será el nivel de desarrollo. En caso contrario, se puede hablar de riqueza, pero solamente en el ámbito de una clase en particular o de un sector privilegiado.

El desarrollo debe entenderse como un crecimiento aunado a un cambio. Esto es, el crecimiento estadístico de los volúmenes o valores de la producción no podrá ser comprendido como desarrollo por sí mismo, ya que esto debe implicar, con el incremento de los indicadores económicos, las reformas estructurales, o sea, el cambio. El crecimiento económico sin la distribución eficiente y equitativa del ingreso, no es desarrollo. El desarrollo tiene que venir acompañado de la disminución de las diferencias económicas y sociales. En la proporción en que se produzcan más satisfactores que los simplemente requeridos por el incremento de la población se generarán ganancias que requerirán de cambios estructurales para que se distribuyan de manera eficiente entre los factores de la producción y equitativa entre los estratos de la población: no solamente se busca reducir la pobreza, también se pretende aumentar el ahorro para invertir en el crecimiento. El desarrollo económico sostenido, equilibrado y sustentable requiere no solo de la eficiencia en la producción, pero de la equidad en la distribución.

Como se sabe, todos los países a lo largo de su historia han producido y consumido socialmente; es decir, ningún pueblo ha dejado de tener actividad económica. Sin embargo, solo unos cuantos pueden llamarse desarrollados, porque cuentan con altos niveles de productividad y canales adecuados de distribución, generando constantemente mejoras en el bienestar material. Los demás países, que comprenden la inmensa mayoría de la humanidad, tienen características diferentes y se les denomina “subdesarrollados”, “en vías de crecimiento” o “en proceso de desarrollo”, aunque también se le llama “coloniales”, “semi-coloniales” o “sobre explotados”. Las características de los así denominados son, entre otras muchas, son aquéllas que se refieren a: población sujeta a altas tasas de crecimiento, con mayoría de población rural, alto porcentaje de analfabetismo, elevados índices de insalubridad, determinante participación de las actividades primarias en el producto total, gran índice de dependencia y vulnerabilidad externa, inutilización o mala utilización de los recursos disponibles, deshonestidad ambiental,⁹ escasez crónica de

⁹ Este concepto se refiere a la venalidad y a la corrupción existentes en los países subdesarrollados, que son en cierto modo formas institucionalizadas –y casi racionales se podría decir– en las economías de estos países. Las manifestaciones son el robo de los funcionarios públicos, el pago monetario (la mordida) para superar las “trabas burocráticas o legales”, el pequeño robo sistemático de los empleados, las faltas éticas y morales de los funcionarios públicos, los sobornos de los empresarios,

capital por falta de ahorro interno, incipiente desarrollo de la industria, dando todo ello como consecuencia bajos niveles de vida de la población. Con estas características se puede integrar una lista de países que agrupan alrededor del 80% de la población mundial.

Los estados desarrollados o ricos exportan su técnica y sus productos a los subdesarrollados; en esta forma, éstos reciben los resultados de la laboriosidad y la inventiva de los primeros, convirtiéndose así en países dependientes y receptores.

Desde este punto de vista, el desarrollo y el subdesarrollo nacen a raíz de las desigualdades existentes entre los países y entre las clases sociales al interior de cada país. Estas desigualdades de grado y de forma obedecieron en un principio a razones de índole geográfica, social y cultural, a dotación de recursos y persisten en la actualidad como producto de las diferencias entre las estructuras institucionales, sociales y económicas entre países, así como por la manera de proceder de las naciones entre sí.

En el caso de las economías iberoamericanas, los factores que han condicionado su desarrollo y lo siguen haciendo son, entre otros: el colonialismo, el librecambismo, el imperialismo, el tipo peculiar de capitalismo que surgió y se perpetuó en las economías de América Latina, la dependencia, la tendencia a la concentración de la riqueza, el deficiente proceso educativo, la falta de democracia real, la corrupción y la impunidad, así como el cuadro desfavorable en que se desenvuelve el proceso de acumulación de capital.

El colonialismo fue el primer canal de acceso del capital europeo a los países latinoamericanos, provocando un capitalismo incipiente y subordinado. Posteriormente cuando éste se empezaba a consolidar y las naciones americanas conquistaban su independencia, fue el librecambismo, en el marco conceptual de la filosofía liberal, el vínculo que mantuvo en contacto a estos pueblos con el mercado mundial. Al pasar el sistema de la fase competitiva a la del monopolio, surgió el imperialismo, agudizando la explotación y el atraso colectivo. Este marco histórico es sin lugar a dudas diferente a aquél en que se desarrollaron los ahora países ricos.

La tendencia a la concentración se debe al acaparamiento del poder por los grupos privilegiados, que buscan el beneficio personal y de grupo. La injusta y regresiva distribución de la riqueza perpetúa el subdesarrollo, pues a bajos niveles de ingreso hay una reducida demanda efectiva y por ende se obstruye el ulterior crecimiento económico. Si cada vez que crece el país esos beneficios son mayores para los que más tienen, entonces el subdesarrollo se profundiza. Una manera simplista de ver el proceso de desarrollo es que entre mayor crece la clase media en relación a las clases rica y pobre, el país se está desarrollando.

etc. En dichos países se considera la dirección de los servicios del Estado como uno de los negocios más rentables. La deshonestidad ambiental lleva, tarde o temprano, a la violencia criminal y otras formas de delincuencia.

Todo lo anterior nos lleva a la siguiente conclusión: en el marco actual del subdesarrollo, el atraso es una noción de tipo estructural. La distribución de oportunidades (a la educación, al trabajo justo y bien remunerado, a la salud, a votar y ser votado) requiere de reformas estructurales. Por eso, ningún estudio que no parta de un examen crítico de la realidad latinoamericana, tal cual es, podrá formular una correcta exposición del atraso y de las soluciones para lograr el desarrollo de América Latina.

El marco teórico en el que se desenvuelve este trabajo es el contexto analítico de los principales conflictos y contradicciones fundamentales –que caracterizan la escena internacional– que limitan y reducen el campo de acción y respuesta de los países latinoamericanos. El entendimiento de esta problemática es cardinal para trazar un proyecto de desarrollo sostenido para los países atrasados. A grandes rasgos esas contradicciones fundamentales son cuatro:

- 1) Aquella que existe entre los países de alto poder económico y político y las naciones subdesarrolladas en su zona de influencia.
- 2) La que determina la confrontación dialéctica entre el bloque socialista y el capitalista.
- 3) Aquella que permite la confrontación de intereses entre las naciones de un mismo bloque.
- 4) La que funciona entre las clases que detentan el poder y las fuerzas populares en cada país.

Dentro de este contexto, se analizarán los conflictos en que, paradójicamente, se ven envueltos y desgarrados los países latinoamericanos, ya que precisamente por ser atrasados, carecen generalmente de estructuras económicas, sociales y políticas defensivas.

El subdesarrollo latinoamericano

En conjunto, con algunas excepciones, los países de América Latina se encuentran en una franca situación de atraso, en la que los obstáculos parecen engendrar y sostenerse recíprocamente, manifestándose en el círculo vicioso del subdesarrollo. Las naciones que son la excepción son las que han roto ese encadenamiento y se hallan en vías de desarrollo. Pero también estas últimas llegan a estancarse y algunas veces a retroceder en dicho proceso. En suma, ningún país latinoamericano ha podido encontrar el círculo virtuoso del desarrollo.

La evolución de la economía latinoamericana desde la posguerra ha sido inestable y lenta. Así, la tasa anual de crecimiento del producto bruto en el área, que fue de 5.0% como promedio en la segunda mitad de la década de los 40s, se redujo a 4.8% en los años 50s, aumentando ligeramente en el decenio de los 60s a 5.3%. Esto, relacionado con el crecimiento demográfico, influyó en la disminución del producto bruto por habitante que, de 2.3% en promedio en la

década de los 40s, bajó a 1.3% en los 50s y en la presente década (de 1961 a 1970) a 2.2%.¹⁰ Este reducido nivel marcó una auténtica paralización del crecimiento económico, ya que los niveles mínimos considerados por la Alianza para el Progreso (ALPRO) y por las Naciones Unidas para su década del desarrollo¹¹ fueron del 2.5%. Las metas y objetivos quedaron por lo tanto sin alcanzarse.

Este descenso del ritmo de crecimiento presenta características diferentes en los países de la región. De 1945 a 1950, cinco países tuvieron crecimientos del PIB *per cápita* superiores al 5% anual, encabezados por Venezuela y el Salvador con un crecimiento del 7.3%; seis países crecieron entre el 2.5% al 5.0% en promedio durante el período; mientras que ocho países crecieron por debajo del 2.5%, cuatro de los cuales con crecimientos negativos. En la década de los 50s, solo cuatro países crecieron por arriba del 2.5% anual. En los años 60s, siete países rebasaron la meta del 2.5% de aumento en la producción *per cápita*.¹² Esto se puede apreciar en el cuadro a continuación.

Cuadro 1: Tasas de crecimiento promedio anuales del PIB y el PIB PC de América Latina

	Producto Interno Bruto			Producto Interno Bruto per cápita		
	1945-50	1951-60	1961-70	1945-50	1951-60	1961-70
<i>Panamá</i>	0.4%	5.5%	7.5%	-2.2%	2.5%	4.3%
<i>Nicaragua</i>	6.3%	5.1%	6.8%	3.3%	2.1%	4.1%
<i>Costa Rica</i>	1.1%	7.6%	7.0%	-1.6%	2.9%	3.7%
<i>México</i>	6.3%	5.7%	7.3%	3.2%	1.7%	3.7%
<i>República Dominicana</i>	8.4%	5.1%	5.9%	5.8%	1.9%	2.9%
<i>Brasil</i>	6.1%	6.9%	5.6%	3.4%	3.8%	2.7%
<i>Venezuela</i>	10.6%	7.1%	6.1%	7.3%	3.0%	2.6%
<i>Ecuador</i>	9.4%	5.3%	5.6%	6.3%	1.9%	2.3%
<i>Guatemala</i>	9.7%	4.1%	5.6%	6.6%	0.9%	2.3%
<i>Colombia</i>	4.7%	4.7%	5.2%	2.6%	1.5%	2.3%
<i>El Salvador</i>	8.7%	5.0%	5.9%	7.3%	2.1%	2.2%
<i>Argentina</i>	3.9%	2.9%	4.0%	1.7%	1.4%	2.2%
<i>Chile</i>	2.9%	3.8%	4.3%	1.0%	1.5%	2.1%
<i>Perú</i>	4.5%	4.6%	5.1%	2.6%	2.2%	2.0%
<i>Paraguay</i>	2.1%	2.5%	4.5%	-0.2%	0.2%	1.7%
<i>Honduras</i>	4.1%	3.6%	4.9%	1.5%	1.0%	1.2%
<i>Uruguay</i>	5.4%	1.4%	1.4%	4.2%	-0.1%	0.8%
<i>Haití</i>	1.2%	1.9%	1.1%	-0.6%	1.4%	-0.4%
<i>Bolivia</i>	2.0%	-0.3%	1.0%	0.9%	-2.7%	-0.5%
<i>América Latina</i>	5.0%	4.8%	5.3%	2.5%	1.8%	2.4%

Fuente: Oxford University, "The Montevideo-Oxford Latin American Economic History Database", 2011.

¹⁰ Datos de Oxford University, "The Montevideo-Oxford Latin American Economic History Database", 2011.

¹¹ Naciones Unidas, Década del desarrollo de las Naciones Unidas: propuestas para la acción, Nueva York: UN, 1962.

¹² Comité Interamericano de la ALPRO (CIAP).

El economista Paul N. Rosenstein Rodán –uno de los “siete sabios” en la elaboración del Plan de la Alianza para el Progreso– agrupó a los países de la región en la siguiente forma:

Cuadro 2: Clasificación de la Población y el Ingreso en América Latina (1970)¹³

Grupos de Países	Población (Miles)	% del total	PIB Millones dólares	% del total	PIB <i>per</i> <i>cápita</i>
1. Argentina y Venezuela	34,030	13.0	33,414	24.5	982
2. Chile, México, Panamá y Uruguay	64,220	24.6	42,708	31.3	665
3. Brasil, Colombia, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Perú y Rep. Dominicana	142,830	54.8	56,465	41.3	395
4. Bolivia, Ecuador, Honduras y	15,480	5.9	3,594	2.6	232
5. Haití [<i>sic</i>]	4,240	1.6	410	0.3	97
Total	260,800	100.0	136,591	100.0	524

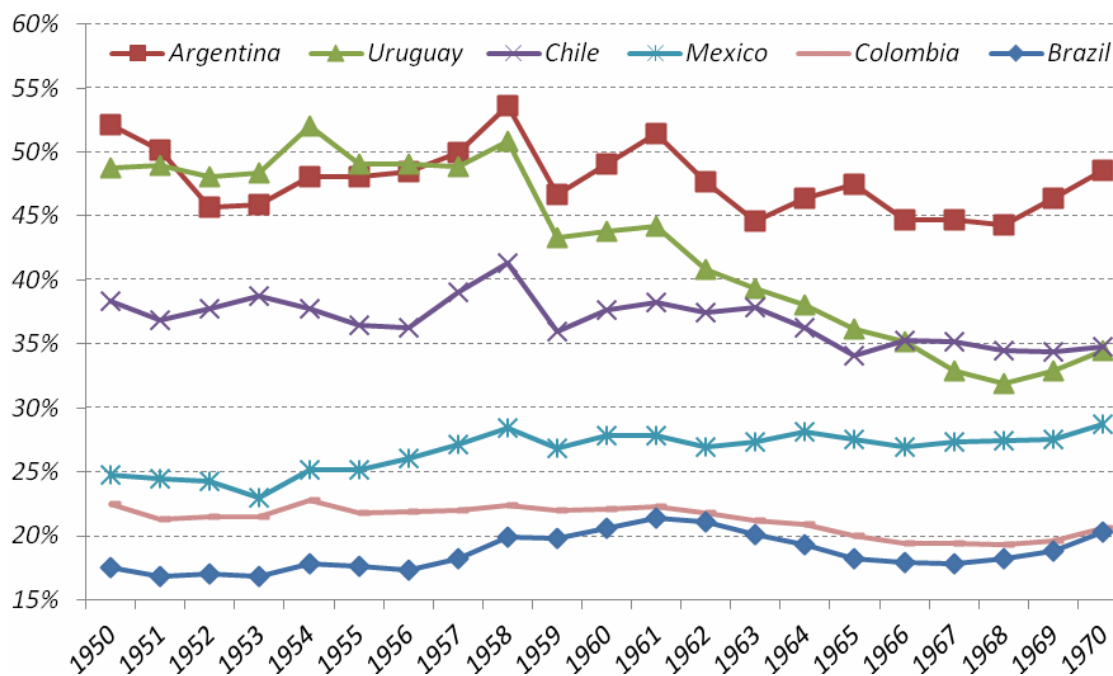
Este cuadro, reuniendo a cinco grupos de países, proporciona una panorámica de la región de acuerdo con el PIB *per cápita*. Parece claro, cuando menos, que existen dos grandes zonas sociales: la primera de ellas (grupos 1 y 2 en el cuadro) abarca el 37.6% de la población y el 55.7% del producto; la segunda región (los grupos de países números 3, 4 y 5) incluye el 62.4% de la población latinoamericana y dispone del 44.3% del producto. Estas cifras revelan, a escala continental, el enorme desequilibrio entre los países de América Latina.

El problema del escaso crecimiento se hace evidente cuando se comparan los países de América Latina con el resto del mundo. Tomando como base el ingreso real per cápita de Estados Unidos de Norteamérica, se nota que los países latinoamericanos no acortaron la distancia del desarrollo, sino se estancaron. En 1950 América Latina tenían en promedio el 26.2% del ingreso por persona de Estados Unidos y en 1970, 20 años después prácticamente estaba en el mismo nivel, 26.5%.

Los crecimientos relativos fueron diferentes para los países de la región; así, mientras Uruguay, Chile, y Argentina perdieron respectivamente -1.7%, -0.5% y -0.4% en promedio anual de su ingreso per cápita respecto al de EE.UU., México y Brasil ganaron 0.8%. Los países más pobres (Bolivia, Ecuador, Honduras y Paraguay) siguieron empobreciéndose aún más, cayendo su ingreso por persona a una tasa media anual de -0.9%, mientras que Haití siguió en caída libre, disminuyendo su ingreso por persona a un ritmo de -3.0% anual. Los países latinoamericanos de

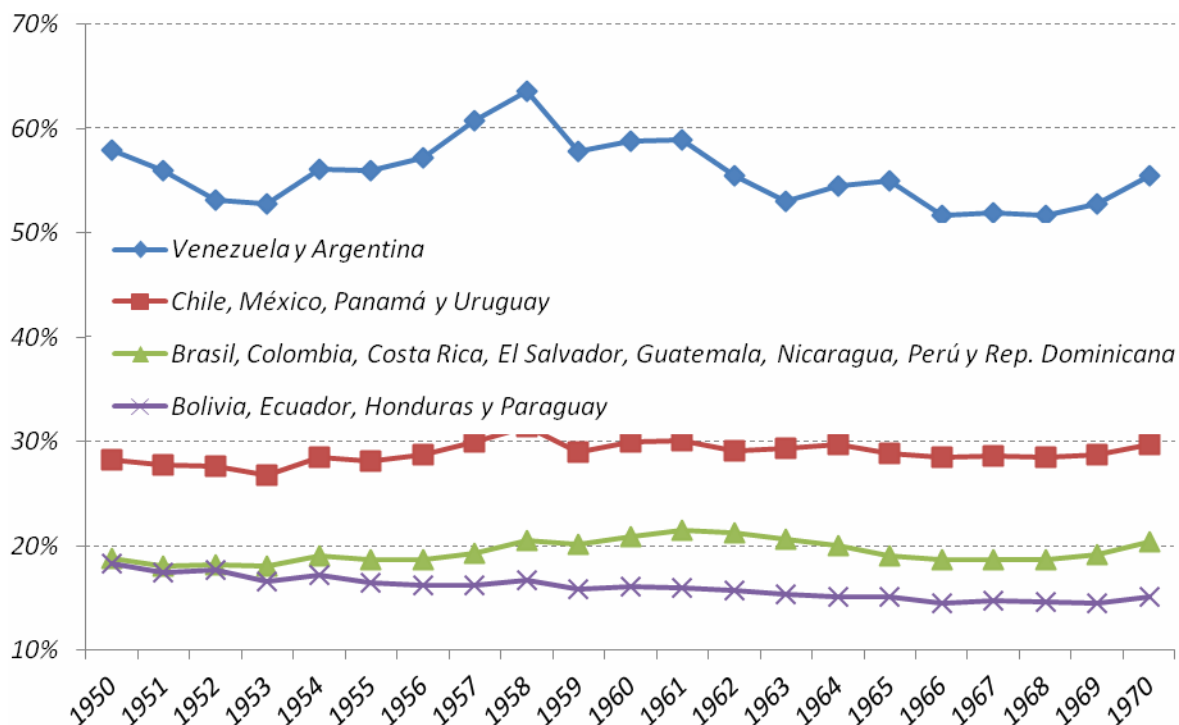
¹³ La agrupación de países corresponde a Paul N. Rosenstein Rodán en Banco Interamericano de Desarrollo, Las inversiones multinacionales en el desarrollo y la integración de América Latina (1968), p. 54; los datos fueron actualizados a 1969.

ingresos medios acortaron un poco la brecha con respecto a Estados Unidos, pero las ganancias fueron mínimas, creciendo a un ritmo inferior al 1% anual. Este panorama desolador se puede contemplar en las gráficas a continuación.



Gráfica 1: Ingreso per cápita real de algunos países latinoamericanos relativo al de EE.UU.¹⁴

¹⁴ Angus Maddison, *The World Economy: Historical Statistics*, Abril 2010.



Gráfica 2: Ingreso per cápita real de grupos de países latinoamericanos relativo al de EE.UU.¹⁵

Si alguna conclusión podemos sacar de este somero examen es de que en 20 años las economías latinoamericanas no han crecido en relación al resto del mundo: América Latina se ha estancado y no se vislumbra cómo emerger salir de su estancamiento. Los países de la región van a tener que encontrar la fórmula para crecer más rápido, o de lo contrario seguirán condenados a no salir de la trampa del bajo ingreso.

La diversidad alcanza un nivel más dramático al analizar el grado de concentración de la industria en el área: el 80% de la producción industrial de la región se genera en la Argentina, Brasil y México; el 17% corresponde a Chile, Colombia, Perú, Uruguay y Venezuela. Entre todos los demás países de la zona se reúne el 3% restante del producto fabril. Más de la tercera parte del valor total del volumen industrial latinoamericano se concentra en menos de 5,000 kilómetros cuadrados, formados por las áreas metropolitanas de Buenos Aires, Sao Paulo y la zona conurbada del Distrito Federal de México.¹⁶

No hay que olvidar, por otra parte, que la curva inflacionista ha ejercido una presión negativa sobre el desarrollo económico de varios países, entre los cuales se encuentran Uruguay (con un aumento en los precios al consumidor del 125% en 1969), Brasil con 92% en 1964, Chile con un

¹⁵ Ídem.

¹⁶ El Día, enero 20 de 1969.

incremento del 46% en 1964, Argentina con 32% en 1966, Perú con el 19% en 1968 y otros. La crisis uruguaya se ha reflejado hondamente en el producto interno *per cápita*, el cual tuvo un retroceso de -4.3% en 1967. El ingreso per cápita en Argentina y Brasil también cayeron en 1963 en -3.8% y -1.6% respectivamente.

El caso del Brasil ha sido delicado, no obstante que disminuyó su curva de inflación, puesto que el aumento de los precios (medido por el IPC, índice de precios al consumidor) descendió de un 92% en 1964 al 22.4% en 1970, pero las tasas de crecimiento de los precios todavía se mantienen muy elevadas, afectando negativamente las perspectivas de crecimiento.

México ha sido el país de América Latina que ha mostrado las cifras más satisfactorias de crecimiento, creciendo su ingreso per cápita a un ritmo del 3.4% en promedio anual de 1960 a 1970. Sin embargo, esto ha resultado en una serie de cuellos de botella estructurales que se proyectan como serias amenazas para el futuro.

El juicio sobre la estabilidad de México descansa en que ha podido evitar la devaluación de su moneda, siguiendo los preceptos de su modelo de crecimiento denominado de “Desarrollo Estabilizador”. Este modelo, establecido a partir de 1954, buscó la estabilidad económica para lograr un desarrollo económico continuo, manteniendo la economía libre de inflación acelerada, sin grandes déficits (fiscales y de balanza de pagos) y devaluaciones. El modelo siguió al modelo de Sustitución de Importaciones, aunque conservó los principales puntos para continuar con el proceso de sustitución.

El Desarrollo Estabilizador toma su nombre de la evolución estable de la economía mexicana en los 15 años que van de 1954 –año en que se lleva a cabo la devaluación del peso frente al dólar estadounidense y que permite la estabilidad cambiaria– a 1970. Sin embargo, aun siendo la estabilidad una condición necesaria para el desarrollo, no es suficiente, pues cuando el juego de las fuerzas internas de la economía dejan de operar a favor de la estabilidad se generan severas crisis.

El modelo descansa en el aumento sostenido de la productividad y mejora continua en la balanza comercial, es decir: reducción de costos de producción y aumento de ingresos de exportación. El problema empieza cuando no se distribuye adecuadamente las ganancias de la estabilidad entre las clases altas y las asalariadas, pues el mercado interno deja de crecer, no se generan suficientes ahorros para financiar la inversión necesaria, se presenta fuga de capitales, y gran parte de los recursos se distraen por el consumo suntuario. El desarrollo se entiende como un crecimiento y distribución del ingreso de manera sostenida en el largo plazo y, si no hay estabilidad funcional, no puede haber desarrollo real.

Se ha generalizado la opinión de que si México no logra vencer, o por lo menos aminorar, el desequilibrio en la distribución y la concentración de los beneficios de su crecimiento, corre el

riesgo de sufrir graves trastornos, amén de desaprovechar las posibilidades de ampliar su demanda efectiva, así como de no alcanzar la fuerza económica suficiente para lograr un desarrollo autónomo y sostenido. En efecto, la estabilidad atrae la inversión y fomenta la creación de empleos, pero si no se pasa la siguiente etapa del desarrollo, la de mejorar el capital humano a través de la distribución equitativa de los beneficios del crecimiento y el fomento a la educación para el desarrollo, se corre el riesgo de quedarse atrapado en un nivel de ingresos medio, sin crecimiento relativo a otros países. En última instancia, la principal fuente del crecimiento no lo son los recursos naturales ni el capital, sino la gente, ese es el factor de la producción más importante, el que permite que con o sin recursos el país alcance altos niveles de vida.

El largo crecimiento que ha experimentado la economía mexicana a partir de 1954 hasta 1970 ha hecho evidente las condiciones sociales de atraso en la mayor parte de las áreas rurales. Esto, junto con el desarrollo de ciudades como México, Monterrey y Guadalajara, resaltó la dualidad de la economía. El desigual desarrollo regional, como por núcleos humanos, es un fenómeno que se acentuará al paso del tiempo y en la medida que crece la nación. México requiere mantener una población que crece a una tasa de 3.6% anual, lo que significa tener que dar de comer, vestir y alojar a un millón y medio de nuevos mexicanos al año y dar ocupación productiva a medio millón –todo lo anterior con recursos limitados de capital. México requiere de una reforma fiscal integral que haga la captación y uso de recursos más eficiente y equitativo.

Se puede asegurar que la economía mexicana, aunque ha logrado positivos avances, no ha superado el subdesarrollo ni la dependencia. Son necesarias las reformas estructurales y una modificación en la administración pública que trate de solucionar los problemas de la mala distribución de las ganancias del crecimiento. La fórmula del Modelo de Desarrollo Estabilizador aunado al Sistema de Improvisación Mexicano que hasta ahora ha venido operando bien no podrá evitar los graves trastornos futuros que se le avecinan. El Estado mexicano requiere de los recursos necesarios para invertir más en la educación, crear una fuerza de trabajo altamente calificada y fomentar la investigación y desarrollo para reducir la dependencia tecnológica del exterior.

El conjunto latinoamericano presenta por lo tanto un futuro desolador y dificultades para avanzar por un camino seguro e independiente. La pobreza de las grandes mayorías engendra atraso económico, reduce y deforma el crecimiento del mercado nacional y frustra las posibilidades de incrementar el crecimiento firme de la industria y de las demás actividades económicas. No se puede alcanzar la justicia social bajo el actual marco internacional y nacional. Esto demuestra que es cada vez más necesario analizar la realidad y la naturaleza de los males para tratar de encontrar las fórmulas que permitan, en forma precisa, resolverlos en su origen.

El crecimiento económico y el crecimiento demográfico

América Latina presenta una de las más rápidas aceleraciones demográficas que haya conocido la historia de la humanidad. En efecto, la tasa de incremento anual de la región parece fluctuar alrededor del 3% —es decir, un promedio muy superior al de Europa Occidental, que se limita sólo al 0.8%.

No existe ninguna duda de que esta explosión demográfica estrangula muchas posibilidades de mejorar el nivel de vida de las grandes mayorías de América Latina. Tampoco hay que perder de vista que una región que crece demográficamente al ritmo del 3% doblará su población en 23 años. Así, se calcula que para el año 2001 esta zona contará con poco más de 600 millones de habitantes y con un crecimiento demográfico de 12 millones de seres humanos por año.¹⁷ Latinoamérica, bajo las condiciones actuales, no está preparada para afrontar las graves contingencias que, le depara el futuro y si las cosas no cambian, se encontrará en plena crisis, sin posibilidad alguna de organizarse en forma justa y eficiente y peligrosamente invertebrada,

Calculando que —increíblemente— sólo la mitad de la población tendrá, a principios del siglo XXI, estándares de vida suficientes para cubrir sus necesidades, entonces 300 millones de latinoamericanos vivirán en una situación bastante precaria, pues habrá que darles empleo, creando nuevas fuentes de trabajo, lo cual, a ese ritmo de crecimiento poblacional y bajo el statu quo actual, (es sencillamente imposible.

Se considera que para 1970, la población mundial será de 3,600 millones y la fuerza de trabajo de uno, 1,510 millones. Consecuentemente, se esperará que más de 280 millones de personas se incorporen al trabajo activo: 226 millones en las regiones menos desarrolladas y 56 millones en las industrializadas. En cuanto a los, países atrasados, este incremento se distribuye en la siguiente forma: 173 millones en Asia, 32 en África y 29 millones en América Latina. En lo que corresponde a Latinoamérica, habrá un subempleo de alrededor del 45% de la población activa en 1970. Esos trabajadores con sus familias representarán, cuando menos, 127 millones de personas de las 283.3 millones que se calculan para 1970.¹⁸

Aun cuando lo anterior es rigurosa y dramáticamente cierto, vale la pena tomar en cuenta otro dato esencial: *que cuando se crecía a un nivel demográfico mucho más bajo y las endemias y las enfermedades asolaban al Tercer Mundo, tampoco se había logrado el desarrollo, porque esa perspectiva de cambio no había sido contemplada por las clases dominantes nacionales o por los grupos monopolísticos extranjeros. Al contrario, el dilema entre crecimiento económico y crecimiento demográfico ha comenzado a ser el resultado de la indiferencia de las élites directivas de los países del mundo para tomar conciencia de que la marginalización y el hambre*

¹⁷ Naciones Unidas, Perspectivas de la población mundial (1967) , p. 142.

¹⁸ Cálculos del autor en base a datos tomados de Perspectivas de la población mundial, p. 142.

de grandes conglomerados nacionales o internacionales era una injusticia intolerable. La hipótesis de que el problema se solucionaría con obtener un decrecimiento de la tasa poblacional se ha convertido, por tanto, en una panacea que parece disculpar de otros esfuerzos.

Las ideas neomalthusianas han vuelto a cobrar auge en la década en curso; sus partidarios propugnan el control masivo de la natalidad, aplicado mediante la coacción moral y material a los pueblos subdesarrollados, como sucedáneo de las medidas verdaderamente profundas que se requieren para dar solución a los problemas del desarrollo. Estos adeptos, miembros de los países de alto poder económico y político y de las clases que detentan el poder en el seno de cada país, están asustados de que las mayorías adquieran conciencia de, su situación real. Se percatan de que los pueblos subdesarrollados o en desarrollo de Asia, África y América Latina crecen a una velocidad asombrosa y que ese mismo crecimiento, al complicar los problemas materiales, incrementa las posibilidades de que esa masa desesperada exija un trato equitativo y más justo en otra forma que débiles favores, cansada de esperar inútilmente que sus problemas sean resueltos.

La ceguera que impide apreciar soluciones justas al problema como son la mejor distribución de los ingresos, el aumento de la producción de alimentos mediante técnicas y recursos que hoy se aplican a perfeccionar los medios de destrucción, etc., tiene su origen en la codicia de los que todo lo tienen y que quieren aún más, sin importarles si con ello hunden en la miseria a otros pueblos menos favorecidos.¹⁹

No alterando la importancia que tiene en sí la explotación demográfica, conviene que también se tome en cuenta otro hecho: el desarrollo puede establecerse sobre un área con fuerte densidad demográfica por kilómetro cuadrado y no sólo al contrario. Partiendo desde este punto de vista, América Latina sigue siendo, todavía un continente vacío, con alrededor de 11 personas por kilómetro cuadrado en tanto que la densidad es superior a los 250 habitantes por kilómetro cuadrado en la República Federal Alemana y en Japón y aún mayor en otras áreas industriales europeas. La densidad nacional por kilómetro cuadrado de los países latinoamericanos, aunque tienen un enorme promedio demográfico, sigue siendo mínima: 8.3 en Argentina; 3.5 en Bolivia; 10.2 en el Brasil; 16.8 en Colombia; 29.7 en Chile.

¹⁹ Había codicia en los intereses de los que Malthus se convirtió en defensor: aquéllos que ante la desocupación provocada por la revolución industrial no veían otro camino que limitar la posibilidad de que los ejércitos de proletarios siguieran creciendo ilimitadamente. Un stock razonable de mano de obra les parecía conveniente, pues millones de seres humanos hundidos en el hambre y la desesperación eran material inflamable que ponía en peligro las ganancias, elevadas gracias a la introducción de los últimos descubrimientos técnicos y la estructura misma de aquella sociedad cada vez más feliz y próspera en sus capas altas.

Los países latinoamericanos se encuentran, por tanto, ante dos vertientes del problema que conviene, examinar en un mismo plano y no como hechos absolutamente aislados. Hay países desarrollados con altas densidades y con bajas. Las naciones europeas y Japón de elevada densidad de población por kilómetro cuadrado tienen una larga historia como naciones que les ha permitido consolidar las bases institucionales y culturales indispensables para el desarrollo. Los nuevos países de coeficientes semejantes a los latinoamericanos: Australia y Nueva Zelanda, con poco menos de dos personas por kilómetro cuadrado; Estados Unidos y Canadá, con 22 y 3 personas por kilómetro cuadrado, respectivamente,²⁰ también tuvieron una historia, aunque más corta que los países de Europa y Japón, que les permitió una unión cultural de identidad y adoptar modelos europeos de desarrollo sin los lastres históricos con los que tuvieron que lidiar los europeos y japoneses, permitiéndoles un desarrollo más acelerado.

El desarrollo económico no está en contradicción con el crecimiento demográfico; es más, se presenta como un problema que tiene forzosamente que resolverse aprovechando sus lados positivos: el capital humano (que debe ser utilizado y transformado para su completa y total capacidad) y la expansión real por territorios cuyos recursos y posibilidades no han sido explotados adecuadamente. En la región latinoamericana existe una relación favorable de hombre a recursos y una dilatada capacidad potencial de absorción de mayor población y fuerza de trabajo.

El problema demográfico existe, pero no en contradicción abierta con el desenvolvimiento económico. El aumento acelerado de los nacimientos disminuye la significación de muchos indicadores que podrían ser relativamente satisfactorios en su apreciación absoluta. En esta forma se puede asegurar categóricamente que la alta tasa de crecimiento obliga a un desarrollo más rápido que en el pasado.

En América Latina sólo el 33% de la población integra la clase trabajadora; en cambio, en los pueblos desarrollados esa cifra asciende a un 45%. En el caso de México, sólo el 29% de la población forma la fuerza de trabajo. Del total de dicha fuerza en los países atrasados, un gran porcentaje se dedica a las actividades primarias (especialmente la agricultura) y a los servicios no calificados o primitivos, tales como criados, boleros, mariachis, ciertos burócratas, vendedores ambulantes, cuidadores de coches, etc.

De todas maneras, lo que se trata de evidenciar en este apartado es que el crecimiento demográfico no cierra el camino a un desarrollo económico estable. En cambio, sí agudiza un desarrollo no equilibrado ni sostenido. El problema de la explotación demográfica es un síntoma de fenómenos económicos y sociales más complicados y no la causa de ellos. El incremento poblacional no origina el subdesarrollo, sino al revés: la miseria y la ignorancia provocan la

²⁰ Perspectivas de la población mundial, p. 26.

explosión demográfica. “Una de las razones para la crecida natalidad del Tercer Mundo es el costo relativamente bajo del individuo. Esto permite que; no existan grandes exigencias sanitarias ni posibilidades; de una educación sólida y completa y por tanto, costosas”.²¹

En América Latina el hecho de que la juventud predomine en la población es resultado de las altas tasas; de crecimiento demográfico. Se calcula que del total de la población el 40% es menor de 15 años. Esta parte de los habitantes es la que sufre en términos reales el hambre, la insalubridad, la falta de educación, etc., ello debido a las injusticias internacionales y nacionales, a la dicotomía económica basada, además, en la tiranía sostenida por la fuerza, en el temor a las nuevas inversiones y a la tibieza en el proceso del desarrollo industrial ante presiones internacionales.

El hambre y la producción de alimentos

“Cada 55 segundos muere un niño en América Latina”²²; “Uno de cada tres niños latinoamericanos muere de hambre antes de cumplir cinco años”²³; “Pavoroso índice de mortalidad infantil en Perú”... y así continúan muchos encabezados periodísticos, penetrando poco a poco en la conciencia social latinoamericana. La causa aparente de estos decesos, el hambre, pero ¿cuál es la verdadera causa?

Subsisten hoy, en este minuto de nuestra existencia, en el momento mismo de leer este trabajo, alrededor de 300 millones de niños en el mundo que, faltos de las proteínas y calorías necesarias, no tendrán un desarrollo normal.²⁴ Otros millones y millones de adultos, carentes igualmente de una alimentación completa, no podrán desarrollar las actividades y energías que la vida contemporánea obliga a ejercer para sobrevivir. A esta triste situación real los grandes conquistadores, colonizadores y explotadores suelen llamar con paternalista y piadosa condescendencia “la pereza de los nativos”.

Los países latinoamericanos tienen un elevado índice de mortalidad infantil. El caso de Perú habla por sí mismo: 40,000 niños mueren al año en esta nación por desnutrición.²⁵ Ante estos hechos lo que se hace es muy reducido en relación a las consecuencias. Claro que hay quienes proponen que para evitar el hambre haya controles mecánicos de la natalidad, tales como los

²¹ Y. Lacoste, *Los países subdesarrollados*, citado en El Día, abril 4 de 1969.

²² Frank Silvestre, Vicepresidente del Congreso Mundial de Pediatría, trabajo presentado en el Congreso de Pediatría en la Ciudad de México. El Día, diciembre 4 de 1968.

²³ León Gómez Guillermo, Coordinador General de la Campaña Continental Contra el Hambre de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), Buenos Aires, noviembre 7 de 1968. El Día, noviembre 8 de 1968.

²⁴ Véase de las Naciones Unidas, *International Action to Avert the Impending Protein Crisis*, 1968.

²⁵ Juan Manuel Baerth, Coordinador del Instituto de Nutrición Popular de la Universidad Cayetano Heredia, conferencia dada en el Hospital Centro de Salud del Rimac, Perú, diciembre 19 de 1968. El Día, diciembre 20 de 1968.

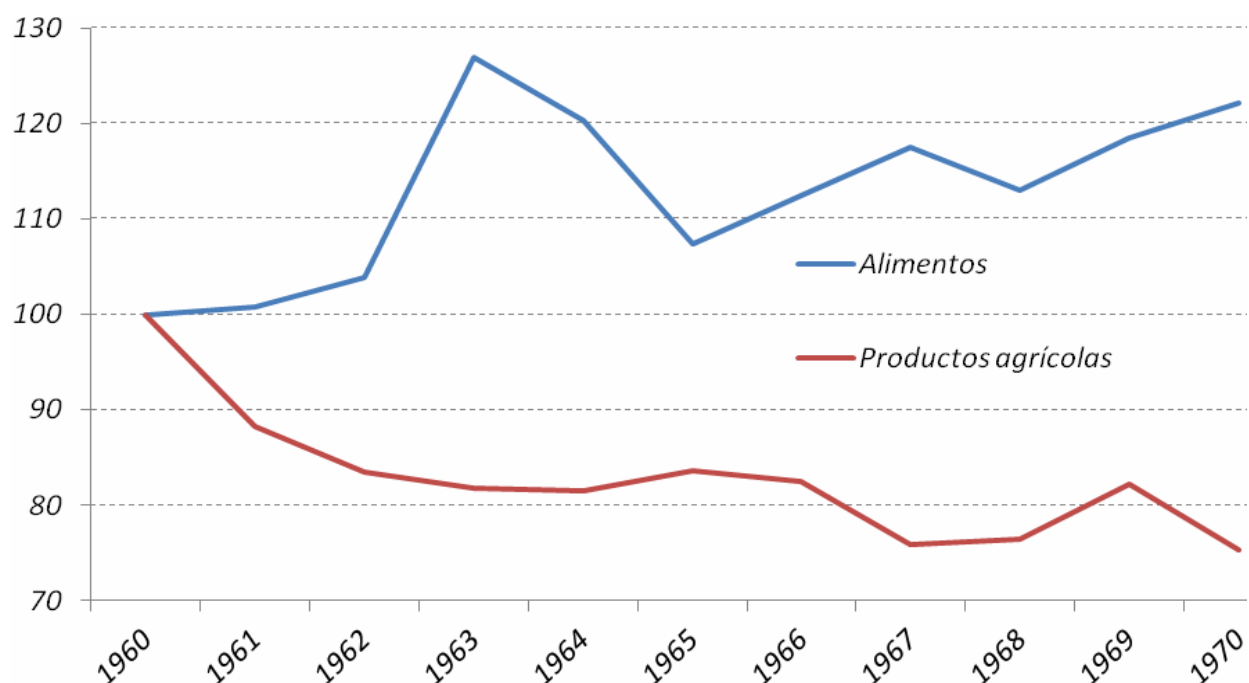
que ahora se emplean en la India, o que para salvar del hambre a las generaciones futuras, solamente los cónyuges de “mejor cepa” tengan un mayor número de hijos y los incapacitados para procrear niños sanos, inteligentes, etc., deben ser esterilizados.²⁶ Pero estas tesis peregrinas están formuladas en base a dejar las condiciones actuales estáticas, es decir, sin que se produzca el cambio.

En los países ricos, sin embargo, se ven obligados a pagar millones de dólares a los campesinos para que no cultiven determinadas áreas, al objeto de que, como es bien sabido, una excesiva abundancia de las cosechas no determine, una baja en los precios. Esta producción potencial de alimentos podría suplir muchas de las carencias nutritivas de la población mundial.

La producción de comestibles actual sumada a la potencial, bajo las condiciones tecnológicas dadas de cada región, sería suficiente para solucionar el problema del hambre. La cuestión estriba en la mala distribución de los alimentos y de los ingresos, en el desperdicio que de ellos se hace y en los intereses económicos que originan el trato de que son objeto los países atrasados por parte de los ricos.

Ante esta situación se presenta una ruptura histórica, pues la lucha del hombre contra el hambre ha alcanzado un verdadero punto crítico. Las sociedades de la opulencia no comprenden que ya no es posible que el hambre continúe a escala mundial puesto que de lo contrario esta necesidad de comer será el combustible de una revolución que sacudirá en sus cimientos a sus economías. Aún a pesar de ello, siguen los países ricos con su política de explotación, pagando precios injustos por los productos agropecuarios de las naciones atrasadas, quienes exportan materias primas agrícolas y productos alimenticios, dejando insatisfechas sus necesidades internas, por lo imperativo de la obtención de divisas para el financiamiento del desarrollo. Mientras las potencias industrializadas productoras de alimentos mantienen sus precios artificialmente elevados para proteger a sus productores domésticos. Esto se puede ver en la gráfica a continuación.

²⁶ Kenneth MacKenzie, Ministro Metodista, “Carta a los miembros de la Iglesia Metodista de Sandylands, Morecambe, Inglaterra”, El Día, enero 17 de 1969.



Gráfica 3: Índices de precios de los alimentos y materias primas agrícolas²⁷

La deterioración de los precios relativos entre los alimentos y los principales productos agrícolas de exportación de los países subdesarrollados es dramática. Tomando 1960 como base, al final de la década, en 1970, los precios de los alimentos subieron 22%, mientras que los ingresos por la exportación de materias primas agrícolas sufrieron una caída de casi 25%. En otras palabras, los términos de intercambio se deterioraron para los países pobres, teniendo que pagar más por los alimentos necesarios para sus poblaciones, mientras que recibían menos por sus exportaciones.

La distribución de alimentos en el mundo es irracional –los estados pobres, siendo productores por excelencia de productos agropecuarios, importan grandes cantidades de comestibles. En efecto, en 1967 importaron más de 36 millones de toneladas de ellos, muchos de los cuales fueron primero producidos por un pueblo subdesarrollado, vendidos a precios bajos a una potencia industrial, para luego revenderse a otra nación atrasada más caros. Se trata esto del noble negocio del comercio triangular que hace más ricos a los ricos y más pobres a los pobres.

En 1967 la producción mundial de alimentos creció en un 3% y en América Latina en un 5%;²⁸ este incremento fue mayor que en muchos años. Sin embargo, el comercio mundial de productos agrícolas, pesqueros y forestales no logró aumentar. En el caso de los productos agropecuarios, el descenso en las cantidades exportadas y sus precios redujo los ingresos a su nivel de 1964-65. Las importaciones de bienes alimenticios por parte de América Latina continuaron más o menos a su

²⁷ Datos provenientes de UNCTAD.

²⁸ Véase de la FAO, El estado mundial de la agricultura y la alimentación, 1968.

nivel anterior, no obstante haber subido su producción. En tal virtud, el problema de los alimentos en el mundo sigue agravándose.

Para este género de comportamiento económico y social, para ese modus de existencia política y económica no puede existir, en el alma de un joven, ningún respeto, puesto que ninguna explicación es válida. ¿Qué significado de justicia social tiene el que los millones de dólares (poco más de 180,000 millones de dólares en el mundo en 1968) del rearme anual se contabilicen como inversión y como productores de empleo y de incremento del producto nacional bruto? ¿Qué se acumula entonces? ¿No sería acaso más serio decir que una parte del crecimiento industrial, dadas esas condiciones, en vez de contabilizarse como producción debería incluirse en un capítulo nuevo que fuese la anti-producción?

Lo que no parece ser dudoso es que estos hechos imposibilitan, en el caso de América Latina, una canalización adecuada de recursos hacia las investigaciones en el mar y el campo. El mar es capaz de proveer la dotación esencial de proteínas para alimentar una población mundial igual a varias veces la actual, que asciende a unos 3,400 millones de personas.²⁹ El problema es económico: consiste en poder cosechar este caudal de proteínas.

En América Latina existen excedentes agrícolas al mismo tiempo que hay hambre: México, por ejemplo, exporta trigo, garbanzo, arroz, maíz, etc., a base de dumping, es decir, con subsidios. ¿Qué se hace para remediar el hambre? Se sigue la política agraria de hace 60 años y así no se podrá remediar la miseria. La única forma de hacerlo, dentro del concierto –o desconcierto– actual, es aumentar notablemente la tasa de inversiones en las actividades industriales.

En conclusión, el autor considera que los políticos, los hombres de Estado, “las gentes nobles y limpias” deben entender este problema que nos circunda, angustia y sobrepasa y tienen y tendrán que aceptar con humildad y con serenidad ese nuevo hecho: que el hambre existe y hay que resolverla; los elementos están dados. De no entenderlo y poner las bases para solventar este dilema, las consecuencias que acarrearán serán de proporciones catastróficas.

La reforma agraria

Una reforma agraria integral no se hace en abstracto, no es una medida aislada e inmutable. La reestructuración agraria se hace para desarrollar a un país; forma parte de una serie de providencias que sirven para integrar una economía y por consiguiente hay que concebirla en relación con toda una teoría de desarrollo económico y no en forma limitada y parcial.

Tomando en cuenta lo anterior, la reforma agraria se debe de entender como una medida económica y política. Económica, porque es necesario aumentar la productividad del campo de manera creciente. Política, porque es indispensable para mantener la paz social: darle la tierra a

²⁹ Perspectivas de la población mundial, p. 142.

quienes la trabajan. Es una medida dual (productiva y redistributiva) que pertenece a la misma familia que la política fiscal, la política monetaria, el racionamiento, los subsidios, la fijación de salarios, etc.,”³⁰ en otras palabras, un conjunto de acciones que la política económica utiliza para lograr una mayor productividad con justicia social.

La redistribución territorial ha constituido una de las principales preocupaciones para el desarrollo económico. En la práctica lamentablemente no se puede hablar, a escala continental, de reforma agraria. Los únicos ejemplos llevados a cabo en América Latina fueron la de México y la de Cuba. La primera se debió a la Revolución Mexicana, en la cual los campesinos fueron los actores principales y gracias al consenso general, en el ambiente político mexicano, de que la amplitud y complejidad de los problemas del campo impedían los avances en otros sectores económicos. En cuanto a la de Cuba, ésta se efectuó como corolario de la revolución democrática de 1959.

La necesidad de la reforma agraria se hace imprescindible en América Latina, para cualquier intento de elevar el nivel general de la población, ya que la mayoría de las fuerzas populares de los países latinoamericanos se encuentran en el campo. La reforma de cada país deberá obedecer a las condiciones que priven en él y tomando en cuenta las aspiraciones latinoamericanas. Obviamente, la reestructuración territorial en Argentina tendrá que ser diferente a la de Bolivia.

En el caso de México, pueden advertirse de manera fehaciente los beneficios de la reforma agraria. En efecto, siguiendo a Edmundo Flores en su obra citada, informa que en 1910, alrededor del 1% de la población era propietaria de la tierra productiva. Ahora, con la distribución del suelo, hay seguridad jurídica de su posición y propiedad, permitiéndose, en tal virtud, una estabilización política y que el desarrollo económico haya sido más sostenido. En un país, como el Perú, donde el 90% de la propiedad de la tierra es del 3% de la población, no puede presentarse un desenvolvimiento económico equilibrado.

Una reforma agraria es una medida redistributiva de tierras, ingresos y poder político en un país subdesarrollado. En una nación adelantada los terratenientes no son los únicos que mandan, pues no constituyen el sector más importante. Se trata de una sociedad plural, donde no sólo ordenan los dueños de la tierra, sino además los burócratas, los empresarios, los industriales, la gente de la ciudad, mientras que en un país atrasado donde la propiedad territorial está en unas cuantas manos, los que tienen el poder son los terratenientes.

En suma, una reforma agraria redistribuye capital, tierras, ingresos y poder político. Esta redistribución agiliza la capilaridad social y aumentar el mercado interno, lo que da margen para

³⁰ Edmundo Flores, conferencia dictada el 9 de febrero de 1968 ante la Asociación de Agricultores del Río Culiacán, en Culiacán, Sinaloa, El Día, agosto 3 de 1968.

experimentar y encontrar nuevas formas de organización que permitan producir más para satisfacer la demanda creciente de alimentos y materias primas para la industrialización.

En el caso de México, ¿de dónde provinieron los ahorros para financiar la industrialización? Entre 1917 y 1941 no vino capital extranjero a México debido a la Revolución y la inestabilidad interna; a la política nacionalista que pugnó por la repartición de tierras y la nacionalización del petróleo; porque se había perseguido a la Iglesia Católica; en fin, por todos esos hechos que se conocen tan bien. En ese período hubo dos casos insólitos de llegada de capital: el capital judío europeo que arribó a México cuando Hitler tomó el poder en Alemania y el capital proveniente de los refugiados españoles, cuando la España Republicana perdió la guerra. Fuera de estos inusitados casos no provino capital del exterior para el lapso considerado. Sin embargo, de 1925 a 1940 es cuando se fincaron los cimientos del desarrollo industrial mexicano. Quienes financiaron este desenvolvimiento fueron la mayor parte de la población mexicana de aquella época, varias generaciones con salarios reducidos y viviendo en malas condiciones. En esta forma se sufragaron las obras de infraestructura de los gobiernos revolucionarios de ese período, no con impuestos, sino principalmente con financiamiento deficitario.

Actualmente los bajos impuestos en América Latina frenan el desarrollo agrícola. Se afirma que una política que favorezca a la agricultura se verá seriamente obstaculizada por los pésimos sistemas tributarios de que adolecen las economías latinoamericanas. En efecto, diferentes publicaciones han comprobado el hecho de las altas utilidades de los empresarios de la región y de la reducida tasación que de ellas se hace. Aunque este hecho se ha considerado tabú en casi toda Latinoamérica por la estrecha ligazón existente entre los gobiernos y las élites de los industriales nacionales, los terratenientes y los monopolios extranjeros es un hecho que no puede pasar inadvertido.

El campo de América Latina se encuentra en crisis: frente a dilatadas llanuras de gran fertilidad sin explotación, se levanta el latifundio regresivo o el minifundio antieconómico; en medio de la abundancia de materias primas, su aprovechamiento industrial es aún reducido. Existe un acentuado monocultivo y como consecuencia sus exportaciones dependen de uno, dos o tres productos. Esta especial característica, aparte de que hace a las economías extremadamente vulnerables, sometiendo a los países a los vaivenes de la política económica de las grandes potencias, impide una gran ayuda potencial para la financiación de la industria latinoamericana.

En efecto, se calcula que América Latina tiene aproximadamente 1,500 millones de hectáreas de tierras agrícolas y de bosques. De ese total, 968 millones son bosques y 528 millones son tierras aprovechables para el cultivo. Y se estima que sólo 162 millones de hectáreas se están cultivando y que los 376 millones constituyen pastos naturales.³¹ Algunas de las tierras que hoy

³¹ Según Clyde Mitchel y Jacobo Shatan de la FAO. El Día, enero 7 de 1968.

son pastos naturales podrían dedicarse a cultivos, pero ante esta posibilidad se levanta el obstáculo de los latifundistas que controlan estas propiedades. Sólo en la provincia de Buenos Aires, que abarca las tierras más ricas de la pampa argentina, 536 terratenientes controlan 3.5 millones de hectáreas, según los datos (nada subversivos) de la junta de planificación de esa misma provincia.³²

Obvio es concluir que algo semejante sucede en otros países latinoamericanos y que la simple anunciación de la reforma agraria ha hecho que caiga más de un régimen político. Ello se explica ante el hecho de que los terratenientes controlan las tres cuartas partes de la superficie agrícola de la región, correspondiente al 10% o al 15% de la población del área y por tanto necesariamente tienen el poder político, como ya se ha explicado anteriormente. El 80% o el 90% de los agricultores cultivan pequeñas fincas de pocas hectáreas cuya extensión no pasa del 5% de la superficie de muchos países latinoamericanos.³³

En el siguiente cuadro se puede formar una idea de las características feudales de la posesión territorial en América Latina:

Cuadro 3: Distribución de la Tierra en América Latina³⁴

Tamaño de las propiedades (Hectáreas)	Cantidad de propietarios		Área	
	Miles	Porcentajes	Hectáreas (Millones)	Porcentajes
Hasta 20 hectáreas	5,445	72.6	27.0	3.7
De 20 a 100 hectáreas	1,350	18.0	60.6	8.4
De 100 a 1,000 hectáreas	600	8.0	166.0	22.9
De 1,000 en adelante	105	1.4	470.0	65.0
Totales	7,500	100.0	723.6	100.0

Aunque el cuadro corresponde al año de 1965, las líneas generales de esta situación siguen estando vigentes y se puede comprobar el carácter regresivo, latifundista y antieconómico de la tenencia de la tierra latinoamericana.

Las consecuencias de esta situación son múltiples. La distribución desigual de la riqueza tiende a perpetuar las divisiones de clases que se asemejan por su rigidez al sistema de castas feudales. La pobreza de los pequeños agricultores y de los jornaleros sin tierra se traduce en hambre, ignorancia, desnutrición, enfermedades, miseria, apatía y descontento. La producción agrícola se estanca porque los propietarios de las fincas insuficientemente explotadas no tienen alicientes

³² Hernando Pacheco, "La escena internacional", El Día, enero 7 de 1968.

³³ Ídem.

³⁴ Jacques Chonchol, "Land Tenure and Development in Latin America", en *Obstacles to Change in Latin America* (Londres, 1965), citado por Gino Germani en su artículo "América Latina y Tercer Mundo", Aportes (octubre 10 de 1968), p. 23.

para mejorarlas y porque los minifundistas no disponen de recursos para hacer las inversiones imprescindibles y, en muchos casos, para evitar la pérdida pura y simple de sus tierras por efecto de la erosión.

He aquí, repetido hasta el cansancio y lo traumático, el “ciclo del cangrejo” que dice Josué de Castro, al hablar del subdesarrollo y de la alimentación insuficiente –las calamidades de una situación estructural que hacen difíciles las posibilidades de la creación de un mercado interno suficiente para un desarrollo industrial en función del hombre y de la colectividad humana.³⁵

Todo esto ha contribuido a la agudización de las contradicciones de las clases sociales, a que se ensanchen las diferencias entre el campo y la ciudad y a la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo físico. Las divisiones en la estratificación social en América Latina no obedecen de manera fundamental al color de la piel, sino a diferencias socioeconómicas; esto se traduce a las discrepancias del mismo tipo entre la ciudad y el campo y quienes practican el trabajo mental y el manual. Como, no corresponde a este estudio el analizar este fenómeno, baste con mencionarlo como un hecho irrefutable.

No estaría de más recordar que al inicio del progreso industrial, la dicotomía entre las islas de pobreza ro el campo y la ciudad se hacen más evidentes. Esto también determina el desplazamiento de la población “las ciudades, atraída por la vida urbana, por la luz eléctrica, por la modernización, etc., es decir a las zonas donde se evidencian unos modelos más altos de vida, pues ahí es más difícil morir de hambre que en el campo. Este fenómeno trajo al Sr. Galo Plaza, Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), a hacer la siguiente afirmación:

“En la actualidad las ciudades latinoamericanas deberían estar construyendo un millón de nuevas unidades de vivienda al año para hacer frente a la necesidad creciente y, para 1975, el ritmo de construcciones de viviendas debería ser de 1.8 millones al año. Sin embargo, se está iniciando la construcción de sólo 400,000 viviendas al año. La diferencia se suple con chozas que afean el aspecto de nuestras ciudades.”³⁶

Este texto es realmente notable, pues evidencia la presión del medio, es decir de las clases dominantes, a las cuales va dirigido el discurso. El Secretario General de la OEA no las quiere molestar ni herir y llega a reducir unos claros fenómenos sociales a una simple abstracción

³⁵ Josué de Castro, Geografía del hambre. Su trágica teoría sobre “el ciclo del cangrejo” en donde los cangrejos son parte de la cadena alimenticia de los pobladores de las favelas ribereñas –los barrios pobres. Los humanos se comen a los cangrejos que se alimentaban de sus excrementos. Así, los gobernantes depredadores se roban los recursos públicos necesarios para el desarrollo, minando la estructura institucional y capacidad productiva del país.

³⁶ Galo Plaza, “Carta Semanal de la Alianza para el Progreso”, El Día, diciembre 9 de 1968.

estética. Es decir, el déficit de viviendas es un puro azar, un elemento de crisis cuya connotación es, simplemente, de fealdad o belleza.

Si se insiste en esta parte sobre estos hechos, no es para repetir lo ya sabido, sino para ratificar las claves del desarrollo y las causas que impiden, a la larga, las modificaciones estructurales y la estrategia de la redistribución del ingreso, esto es, del progreso económico y social. Los grupos rurales y urbanos pobres deben ser la base política de todo plan de desarrollo y será preciso poner el acento en: a) la máxima eficiencia y reducción de costos en el proceso de comercialización, b) un incremento sustancial de los rendimientos físicos por hectárea y por hombre, e) una disminución en el costo de los insumos agrícolas y d) una redistribución de ingresos dentro del propio sector rural.

Estos son algunos aspectos básicos de la formidable y compleja tarea que corresponde realizar en el sector agropecuario para que éste haga una contribución sustancial al proceso de crecimiento industrial y a la larga de desarrollo económico y social de América Latina, mediante la ampliación del excedente exportable y la substitución de importaciones y a la atenuación de la dependencia fuera de la zona.

Para resolver este problema, es imperativo pensar de acuerdo con nuestra época. Hay que respetar, por supuesto, las ideas de Zapata, de los agraristas, de Morelos, de Bolívar, de los hombres que crearon a América Latina. Pero además hay que someter la circunstancia actual a una desapasionada revisión analítica, o ensayar soluciones originales para resolver los problemas de un mundo y de una América Latina nueva y desconcertante.

La industria

El proceso de desarrollo industrial en América Latina ha sido diferente entre los países, derivado esto de las condiciones especiales y de las circunstancias históricas particulares de cada país; pero este curso –aunque diferente– se dio bajo características similares: de rápido crecimiento demográfico, urbanización acelerada, gran desigualdad en la distribución del ingreso, lento crecimiento del sector agrícola, penetración del capital extranjero, violentas fluctuaciones en el comercio exterior, falta de planes de desarrollo, etc. A ello se agrega que el proceso de industrialización aparece siempre determinado por la necesidad de sustituir importaciones. Esa sustitución se presenta en los países latinoamericanos como una necesidad imperiosa y como el principal estímulo a la industrialización.

El proceso de suplir importaciones ha acelerado la industrialización en América Latina hasta que, en los últimos años, la marcha muestra síntomas de debilitamiento, principalmente en los países que fueron pioneros en el campo de la industrialización. El curso de sustitución implicó, en la mayoría de las naciones, elevadas tasas de expansión, para poder atender a una demanda que hasta entonces se satisfacía con productos importados. Como es sabido, este proceso tiende a

debilitarse en cuanto se llena la oportunidad inicial y se pasa a depender del aumento del ingreso y de la incorporación de nuevas capas sociales como consumidores efectivos de manufacturas. Esta evolución, desde luego, se ha registrado en grado y modalidad diferente de acuerdo con las circunstancias particulares de cada país; los pueblos de América Latina muestran grandes variaciones entre sí, como se ha dicho.

El desarrollo industrial no programado y la sustitución de importaciones, no efectuada con criterios selectivos, o bajo condiciones de competencia, contaron en América Latina con la protección arancelaria. De esta forma surgieron empresas ineficaces, con cierto grado de monopolio. Los empresarios, adormecidos por los éxitos económicos tan fácilmente obtenidos, descuidan en algunos casos la renovación de su maquinaria y en otros la selección de ella, resultando que algunas fábricas tienen equipos obsoletos y anticuados, en contradicción con otras dentro del mismo país que tienen tecnologías altamente capitalizadas. Todo ello se traduce en altos costos, agravados al no poder usarse plenamente la capacidad instalada.

Hay un consenso general que el proteccionismo exagerado se traduce, muchas veces, en los altos niveles de costos y de precios de los productos manufacturados en la región. Esto a su vez determina un bajo consumo nacional y graves dificultades para competir en el exterior. En tal virtud, algunos gobiernos han dictado medidas para contrarrestar esto. México hizo público el aviso de que aquellas empresas que produzcan sin eficacia no podrán gozar de la defensa que restringe la importación y que sólo se alentará a las que estén en condiciones de competir internacionalmente.

Sin embargo, el proteccionismo se sigue otorgando sin considerar la ventaja comparativa de establecer dicha industria en el país. Una buena medida de política económica apoya a una industria que se daría bajo condiciones de libre competencia, pero no la de proteger a una que va en contra de las leyes del mercado. El apoyo público debe considerar las posibilidades de disponer de materias primas y bienes de origen nacional. De lo contrario, si bien desciende la importación de bienes finales, aumenta la demanda de partes y refacciones fabricadas en el exterior. Otro aspecto de este problema es que el auxilio se ha seguido dando sin distinción de la nacionalidad de la empresa: en tal virtud, algunas compañías extranjeras gozan del amparo oficial, con el claro resultado de monopolizar más el mercado, frustrando los intereses de los empresarios nacionales por participar en esa rama.

Ante esto se impone la necesidad de revisar los mecanismos proteccionistas. Hay que hacerlos más flexibles, de manera que se conviertan en un instrumento efectivo de promoción de empresas nacionales, que estimulen, en ciertos casos, la creación de nuevas industrias y, en otros, el mejoramiento de la productividad de las ya establecidas. Es decir, habrá que aplicar el criterio de la protección selectiva: no tratar de sustituir toda importación ni proteger cualquier clase de industria.

Entre otros problemas se podría referir a que la industrialización no ha creado suficientes fuentes de trabajo, en relación al crecimiento de la fuerza trabajadora. Esto se debe al insuficiente crecimiento del sector industrial y a la importación de técnicas de producción que no han sido siempre las más ajustadas a la realidad latinoamericana.

La concentración industrial causa notables desequilibrios regionales. Esto se debe a la falta de una planificación del sector manufacturero, ya que las medidas aisladas de promoción regional no han sido capaces de contrarrestar las ventajas de las economías externas que ofrecían las áreas metropolitanas. La aglomeración de empresas fabriles en un espacio insuficiente ocasiona pérdidas económicas, dificultades en los transportes, envilecimiento de la atmósfera, etc.

Se acepta que todavía no se ha avanzado lo suficiente por el camino de la industrialización en América Latina. En efecto, el sector industrial aporta en la presente década alrededor del 24% del producto bruto de la región y ocupa no menos del 14% de la población activa.³⁷ Además, la economía latinoamericana ha mostrado un menor dinamismo en el sector manufacturero y un mayor nivel en la actividad agropecuaria. El sector agropecuario y el minero (incluyendo la extracción petrolera) avanzaron a un ritmo promedio de 4% en el período 1960-65, estancándose en 1966 y creciendo un 5.5% y un 8.5% en 1967, respectivamente. La industria manufacturera, que creció a una tasa promedio anual del 5.7% k 1960 a 1965, pasó al 6.4% en 1966 para descender al 3.6% en 1967.³⁸

Otro elemento de fundamental importancia es la política que se sigue con respecto a las empresas extranjeras que operan en el sector industrial, la cual no se diferencia a la seguida frente a los inversionistas nacionales. Los inversionistas industriales extranjeros, para evitar perder ese mercado ante el proteccionismo de los países de la zona, han llevado a cabo inversiones dentro de la región. Estas no siempre crean nuevas fuentes de trabajo, sino que se dirigen a la adquisición de compañías latinoamericanas ya instaladas. A este fenómeno ha dado en llamársele la “extranjerización de empresas nacionales”. No se trata esto de un hecho nuevo, pero suscita preocupación el que se esté expandiendo rápidamente en los tres últimos años. Aquí, la contribución de capital y tecnología se puede considerar insignificante, pues ya son industrias establecidas, muchas de las cuales corresponden a negocios tradicionales. Esto significa que, aparte del escape hacia el exterior de los recursos en divisas generadas en los países latinoamericanos, la inversión extranjera en estos casos deja de representar una adición neta a la capacidad productiva o nuevos aportes tecnológicos y limita sensiblemente las posibilidades de formación y ampliación de una clase empresarial autóctona.

³⁷ Comisión Económica para América Latina (CEPAL), Informe del Simposio Latinoamericano de Industrialización (Santiago de Chile, 14 a de marzo de 1966), p. 9.

³⁸ Datos tomados de Comercio Exterior (mayo de 1968), pp. 414-15.

Ante esto los gobiernos de la región deben adoptar una política de inversiones extranjeras más adecuada a la realidad. Las empresas extranjeras nacieron en mercados competitivos, por lo que no requieren protección pública. Los consumidores no deberían de pagar más por estos productos que si fueran libremente importados.

Los inversionistas extranjeros son bienvenidos siempre que creen nuevas empresas y trabajos, pero si entran a actividades existentes adquiriendo empresas nacionales, no deben de contar con protección arancelaria. Aparte, con criterios de reciprocidad, hay que limitar la participación de las empresas extranjeras en aquellas actividades que ya estén funcionando y que se consideran de importancia nacional en el país de la nacionalidad de los inversionistas y en el país receptor.

De lo anterior se infiere que la estrategia industrial latinoamericana que tendrá que ponerse en práctica para acelerar el desarrollo económico zonal, aparte de tomar en cuenta lo antes mencionado, deberá asimismo estar encaminada a aumentar los consumos nacionales y regionales, el desarrollo de una nueva etapa en la sustitución de importaciones –esta vez a nivel regional– y a la realización de la integración industrial en todo cuanto este proceso significa, poniendo especial énfasis en el peligro que representa la proliferación de industrias verticales extranjeras.

Los capitales del exterior y la subordinación

Entre las dificultades que caracterizan la fase actual de la evolución de América Latina están las relaciones económicas de la región con la economía mundial y la acentuación de su posición dependiente. En efecto, además de los problemas tradicionales del comercio con los estados ricos, en los últimos tiempos ha tendido a cobrar mayor relieve la situación del crónico y creciente endeudamiento externo, que afecta a varias repúblicas latinoamericanas. El desequilibrio exterior, casi secular de estas naciones, tiende al extremo de que las nuevas obligaciones contraídas no supongan ninguna contribución neta a la capacidad para importar, sino que apenas alcancen a cubrir el servicio de la deuda de los compromisos adquiridos.

Ante esto los gobiernos latinoamericanos, viéndose presionados por una parte a aceptar la dependencia respecto de los recursos externos de capital, incluyendo el capital privado, por la supuesta o real escasez de ahorro interno y enfrentándose, por la otra, a una amplia hostilidad interna derivada de la noción de creciente dependencia económica respecto de intereses extranjeros, han considerado más conveniente abstenerse de realizar investigaciones profundas sobre el asunto.

De lo anterior se desprende que las cifras con que se cuentan en muchos casos adolecen de errores. Sin embargo, con los datos que se manejan en el presente trabajo, se podrá formar una idea de la situación de América Latina en relación a las inversiones del exterior.

La principal fuente de capitales y financiamientos de América Latina está constituida por Estados Unidos. Aproximadamente el 80% del total de capitales y financiamientos que recibe la región proviene de ese país. Inclusive, en algunos casos como el del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), buena parte de los préstamos que conceden a América Latina, sobre todo en los de muy amplio plazo, se hacen con fondos dados en fideicomiso por el gobierno norteamericano,³⁹ y con los mismos opera los créditos de la Alianza para el Progreso.

En lo que se refiere a los capitales de corto y largo plazo, se ha venido observando una tendencia a disminuir los créditos a largo plazo. En el caso de México, es probable que el capital a corto plazo supere el 90% del capital total en los últimos años de la presente década.⁴⁰ Esto es un hecho que preocupa, pues los créditos a corto plazo vienen bajo condiciones inconvenientes a los intereses de los países solicitantes y significan una mayor dependencia al país prestamista.

Las condiciones de los empréstitos varían de acuerdo al prestamista. Por ello, conviene precisar quiénes son los principales acreedores de los países iberoamericanos, exceptuando a Cuba: a) el Banco de Exportación e Importación del gobierno de los Estados Unidos, b) los bancos internacionales BID y BIRF, respectivamente Banco Interamericano de Desarrollo y Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, c) los bancos comerciales americanos, de Europa y, en parte, de Japón y d) la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) del gobierno de los Estados Unidos.

Como se puede ver, de las cinco fuentes de créditos extranjeros, dos son agencias del gobierno de los Estados Unidos, otras dos son organismos internacionales con sede en Washington y la restante está formada principalmente por bancos privados norteamericanos. Esto significa que los factores determinantes en el otorgamiento de capitales a América Latina están influenciados casi totalmente por los intereses de Estados Unidos.

Las condiciones bajo las cuales se conceden los préstamos de las agencias de crédito de un país y los bancos privados hacen que se les denomine “créditos atados”. Esto quiere decir, entre otras cosas, que el país deudor se obliga a comprar las mercancías en el mercado del estado prestamista. Las condiciones del crédito cada vez son más estrictas, de tal manera que los empréstitos son muchas veces simples programas de exportación de la nación acreedora. Así, estos préstamos se convierten en créditos circulares otorgados por los Estados Unidos que pasan

³⁹ Los Estados Unidos controlan el 42% de la votación dentro del BID. Se necesita el 65% de los votos para conceder los créditos; por lo tanto, EE. UU. usa este poder, de decisión para presionar económicamente a los países latinoamericanos, eliminando de tal virtud el carácter multilateral que pretende el Banco.

⁴⁰ Aproximaciones del autor.

por el país latinoamericano y regresan a Estados Unidos en forma de utilidades incrementadas doblemente: ingresos por exportaciones aseguradas y ganancias por intereses.⁴¹

El desembolso de este tipo de empréstitos por EE. UU. y organizaciones crediticias a América Latina totalizó 9,190 millones de dólares durante el período 1961-67, pero la afluencia de capital neto en el mismo lapso fue de sólo 4,331 millones de dólares, debido a los pagos de intereses. Además de los intereses, Latinoamérica pagó (de 10% a 20% más por las mercancías compradas con los préstamos de EE. UU., porque los mismos están condicionados necesariamente a compras de productos norteamericanos.⁴²

En algunos casos de créditos atados, los países de la zona pagan hasta el 50% sobre el costo de las más baratas mercancías disponibles en otros mercados y los costos aumentan debido a que se deben de usar barcos norteamericanos en lugar de otros transportes más económicos.

El otro factor agravante de la situación latinoamericana, o sea, el encarecimiento de los créditos, se ha tornado más significativo a partir de 1965. En el año de 1960, la tasa de interés promedio que América Latina pagaba por tal concepto al sector externo era de 6.5%, en tanto que en 1967 la tasa promedio ascendió al 8%.⁴³

Esto ha traído consigo que el total de pagos de servicios financieros –ganancias, intereses y amortizaciones– al exterior, que absorbía alrededor del 26% de los ingresos corrientes de exportaciones de bienes y servicios al comenzar la década actual, en 1966 representase más del 30%.⁴⁴ La deuda externa de la región, que en 1960 se elevaba a los 6,580 millones de dólares, aumentó a 12,620 millones de dólares en el año de 1966. De esto resulta que el 75% de las entradas brutas de capitales en América Latina es absorbido por los servicios e intereses de la deuda, por lo que se está en vías de llegar a un callejón sin salida en materia de financiamiento del exterior.

Ante lo anterior, si las tendencias observadas continúan, los nuevos préstamos a América Latina representarán un serio problema, pues su capacidad para cumplir futuros compromisos financieros externos parece un tanto limitada, en cuanto que una fracción mayor de sus ingresos corrientes en divisas es absorbida ya por el servicio de capital precedente invertido en la región.⁴⁵

⁴¹ Véase del autor, “Análisis crítico de la Alianza para el Progreso”, El Día, diciembre 10 de 1968, p. 10.

⁴² CIAP, “Estimaciones preliminares”, publicadas en El Día, enero 31 de 1968.

⁴³ Datos tornados de Comercio Exterior (mayo de 1968), p. 414.

⁴⁴ Carlos Quintana, “El desarrollo latinoamericano: problemas viejos y nuevos”, Comercio Exterior (junio de 1968), p. 476.

⁴⁵ Véase del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA), “El financiamiento externo en el desarrollo económico de América. Latina”, fragmento publicado en el Boletín Quincenal del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (marzo de 1963).

Dentro de este orden de ideas, a pesar de todo, las inversiones directas e indirectas extranjeras siguen aumentando año con año. Las necesidades del desarrollo requieren financiamiento externo dado que el ahorro interno de los países latinoamericanos es insuficiente, pero hay que tratar de reducir sus efectos negativos con una buena política de inversión y crédito externo.

Las inversiones directas son positivas cuando entran sin protección arancelaria, cuando la puerta de entrada está abierta para rivales propios y externos. Solamente la amenaza de la competencia y/o de las importaciones, hace que las empresas produzcan de manera eficiente y vendan a precios competitivos. En cambio, cuando se le concede protección a las inversiones directas cerrando las fronteras a la importación y los sectores a la entrada de nuevos productores, se engendra la ineficiencia y la dependencia.

Las inversiones indirectas pueden ser –de acuerdo al prestamista– creadoras de subordinación. Es preferible contratar un préstamo a largo plazo con un organismo internacional, que las otras opciones. Los créditos internacionales son convenientes porque permiten: a) un mayor grado de iniciativa de los gobiernos receptores, b) son más transparentes y limitan la corrupción, c) no están atados a la compra de los insumos de una sola empresa o de los proveedores de la nacionalidad del banco que presta, d) permiten la adquisición competitiva de los bienes y servicios del proyecto, e) ofrecen tasas de interés más bajas y periodos de amortización más largos. En otras palabras, los créditos de proveedores, agencias de desarrollo y fomento a las exportaciones de países desarrollados y bancos comerciales extranjeros aumentan los costos del desarrollo, limitan el margen de maniobra y restan independencia al país subdesarrollado que recibe tales préstamos.

Los préstamos para el desarrollo siempre serán necesarios. Así como las empresas exitosas no financian sus inversiones con sus ingresos corrientes, sino con préstamos productivos o capital de riesgo, las naciones financian sus proyectos de infraestructura, sus inversiones de largo plazo, con créditos al desarrollo.

Hay que tomar en cuenta otro hecho que permite evidenciar los problemas que se gestan para el futuro latinoamericano si no se adoptan buenas políticas de financiamiento externo. Cada vez que hay una crisis financiera o económica en el país que presta, las condiciones en que sus nacionales prestan o invierten cambian. Así, el plan de austeridad del Presidente Lyndon B. Johnson a finales de 1967, para poder corregir la balanza de pagos de su país, obligó a los inversionistas a repatriar desde los territorios receptores cantidades más o menos fijas, impidiéndoles hacer grandes desembolsos fuera de los Estados Unidos. Esto trajo una tácita “desinversión” en los países latinoamericanos. La limitación en la salida de capital de los Estados Unidos ocasionó que las subsidiarias en nuestros países recurrieran a las fuentes crediticias domésticas, reduciendo y encareciendo el financiamiento interno. Éste intento de EE. UU. de sanear su economía y resolver los problemas de balanza de pagos, no consideró los efectos

negativos en los países latinoamericanos y otros subdesarrollados de las medidas adoptadas, pues independientemente de los problemas que nos pudieran causar, están en plano superior sus intereses como metrópoli dominante.

Resumiendo, el principal propósito de los países fuentes de crédito es el de asegurar la movilidad de sus capitales con sus consabidas ganancias, frustrando las políticas nacionalistas, manteniendo sus respectivas áreas de influencia. En esta forma los créditos se convierten en instrumentos legales para impedir los principios de autodeterminación de los pueblos y de no intervención, para el mantenimiento de su statu quo.

No es una casualidad, por lo antes dicho, que paralelamente al aumento de los créditos exteriores se haya ido operando una expansión de las empresas norteamericanas en Iberoamérica. Ambos capitales extranjeros –las inversiones directas a actividades existentes y los empréstitos atados– van cogidos de la mano. De ello proviene el gran peligro de que se dependa en grado tan elevado de éste tipo de créditos externos y la necesidad de que América Latina base su desarrollo en una vigorosa movilización del ahorro interno y el uso adecuado de sus recursos. Las necesidades de financiamiento al desarrollo deberá provenir fundamentalmente de los organismos internacionales para el financiamiento del desarrollo: BID y BIRF.

Es indiscutible que el financiamiento del crecimiento económico debe descansar en los recursos propios de América Latina. De esta manera la riqueza sería explotada por latinoamericanos y se lograría un desarrollo más independiente. Las remesas de utilidades al exterior y los pagos por concepto de amortizaciones e intereses bajarían. Claro está que se debe fomentar, por un lado, la inversión extranjera competitiva cuando traiga aparejado nuevas tecnologías y tenga efectos multiplicadores del ingreso, y, por el otro, la contratación de créditos externos sin ataduras, ajustándolos a la capacidad de pago del país y constituyéndose sólo como recursos complementarios.

Para llegar en la práctica a una política de inversiones complementarias y de desarrollo basada en recursos propios, es necesario que vaya acompañada de medidas que fomenten el uso óptimo de la riqueza. Esto implica políticas racionales y eficaces:

- 1) una política fiscal eficiente (que grabe más a los ingresos que al consumo, que grabe más al gasto que a la inversión) y justa (que grabe más a los ricos que a los pobres),
- 2) una política robusta de captación de capitales (que se base más en créditos de organismos internacionales y en inversiones productivas directas a nuevas actividades), y
- 3) una política racional de gasto e inversión (que canalice los recursos a las actividades más productivas, con criterios de jerarquización económicos y evaluaciones transparentes de proyectos).

Es decir, se requieren las reformas estructurales y la planificación del desarrollo económico, con metas realistas y claras y con una instrumentación ajustada a las condiciones de cada país latinoamericano.

La formación de capitales y la planificación

El análisis anterior desemboca en un problema genérico de los pueblos atrasados: el peligroso círculo vicioso del bajo capital y del bajo ingreso y, en consecuencia, la escasa generación de ahorro interno, lo que algunos han denominado la trampa del bajo ingreso (*“low income trap”*). En otras palabras, a bajos niveles de capital físico (infraestructura y capacidad productiva) y un crecimiento acelerado de la población, la generación de ingresos es insuficiente para generar los ahorros necesarios para financiar el desarrollo, perpetuándose los bajos ingresos.

Los países subdesarrollados requieren invertir grandes cantidades de capital para salir del círculo vicioso de la pobreza. En América Latina la tasa de formación fija de capital fue de 16.5% del PIB en los 50s, pasando al 20.9% en la de los 60s, mientras que en los países europeos andaban arriba del 20% en ambas décadas.⁴⁶

La necesidad de incrementar la tasa del ahorro interno y, por tanto, el promedio de las inversiones, se ha convertido en un factor fundamental en la planeación del desarrollo económico. La cuestión, sin embargo, entraña serios problemas, puesto que elevar el volumen de la inversión significa en América Latina necesariamente tener que reordenar la estructura entera de la economía.

Hay naciones de América Latina que apenas invierten para el crecimiento económico. Así, tenemos que durante los años de 1960 a 1969 el promedio de inversión de Bolivia fue del 14% de su producto interno bruto; de Argentina, del 21% del PIB; de Brasil el 16%; de Chile el 21%; de México el 18%, etc. El resultado de esto es el empobrecimiento continuo y la imposibilidad de aumentar la riqueza por habitante.

En cambio, los coeficientes de inversión en las potencias industriales son, al contrario y por supuesto, muy altos. En la República Federal Alemana fueron en el mismo lapso (1960-69) del 26% de su producto interno bruto; Holanda, del 24%; Francia, del 21%; en promedio los miembros de la Comunidad Económica Europea tuvieron un coeficiente de inversión del 22%. Además, recuérdese que estos pueblos tienen un incremento demográfico muy reducido –esto es, del 0.8% frente al 3% global de América Latina.

⁴⁶ Datos de Oxford University, “The Montevideo-Oxford Latin American Economic History Database”.

Lo anterior demuestra que es necesario aumentar las tasas de ahorro y de inversión de los bajísimos niveles que oscilan entre el 5% y el 8% del producto bruto de la región, a por lo menos un 20% o un 25%.⁴⁷

No estaría de más mencionar el consumo irracional, es decir, el consumo suntuario y ostentoso, el cual representa un derroche y despilfarro de capital. Si se pudiera canalizar una fracción de dicho gasto a la inversión en mejorar y expandir la infraestructura y la capacidad productiva, los países y poblaciones de la región se beneficiarían inmediatamente. Raúl Prebisch lo ha demostrado con suavidad, pero sin escape posible:

“Los estratos superiores que constituyen más o menos el 5% de la población latinoamericana tienen casi los tres décimos del consumo personal total.

“En el otro extremo social el 50% de la población apenas consume dos décimos de ese total. Y entre ambos grupos, los estratos medios, que abarcan alrededor del 45% de la población, poseen aproximadamente la mitad restante del consumo total.”⁴⁸

En esta impresionante desproporción en el consumo y añadiendo el ingreso que las capas altas transfieren al exterior para inversiones y atesoramiento, existe una dilatada potencialidad de ahorro que permitiría elevar intensamente el volumen de inversiones e impulsar el ritmo de crecimiento económico.

Para comprobar esto Raúl Prebisch añade:

“Si se redujese el consumo de los estratos superiores en forma tal que no excediese 11 veces al consumo de los inferiores, se podría pasar de una tasa de 1% anual de crecimiento del ingreso por habitante a una tasa de 3%; y si redujese la diferencia a 9 veces, la tasa ascendería al 4% anual y por habitante.”⁴⁹

A esto suele llamarse revolución.

Todo esto plantea la necesidad de llevar a cabo una reasignación del ingreso al ahorro y a fines productivos. ¿Cómo se puede lograr esto? A través de una reforma fiscal que comprenda los dos lados de la moneda: el ingreso y el gasto público. Esto es una reforma hacendaria integral que considere la captación impositiva y la orientación del gasto e inversión pública. Se requiere un sistema fiscal acorde con las necesidades de crecimiento sostenido y distribución equitativa del ingreso.

⁴⁷ La Unión Soviética implantó la política que se llamó de “cinturón apretado”, en la cual todos pasaron algo de hambre durante el tiempo que llevó al país a desarrollarse, mientras que el producto nacional bruto se reinvertía, en vez de que se lo comiera la gente.

⁴⁸ Citado en El Día, noviembre 4 de 1968.

⁴⁹ Ídem.

Una economía de mercado es inherentemente inestable, sujeta a fluctuaciones abruptas y a ciclos de corto, mediano y largo plazo. Un buen sistema fiscal le brinda estabilidad y certidumbre para que: a) el país pueda competir, b) las empresas puedan producir y generar empleos, c) las personas tengan ingresos dignos y d) haya estabilidad de precios. La meta de cualquier gobierno democrático es mejorar y defender el bienestar económico de su población, por lo que tratará de introducir las políticas e instrumentos fiscales necesarios para remover los obstáculos y lastres al crecimiento económico sostenido.

La reforma fiscal integral debe enmarcarse en un plan económico nacional que abarque todos los sectores, los tres niveles de gobierno (federal, estatal y municipal) y los tres órdenes de gobierno (ejecutivo, legislativo y judicial). El plan debe tomar en cuenta los fenómenos económicos resultantes del trato entre los países de América Latina y las naciones desarrolladas y enfocar la atención a los intereses comunes de Latinoamérica –es decir, hacia la integración económica– y la única forma para lograr esto es mediante la vigorosa intervención de los gobiernos, mediante reformas estructurales.

El instrumental que permita satisfacer la meta indispensable de una acumulación de capital acelerada para romper del círculo vicioso de la pobreza, debe responder a un diagnóstico de la situación actual de cada país, del estado de la concentración de la riqueza, de la utilización de los recursos productivos y principalmente los potenciales; marcar alternativas para la utilización óptima de dichos recursos; debe “señalar en forma clara y precisa la participación y responsabilidad de los diferentes sectores productivos de la economía y sus interrelaciones para alcanzar el objetivo deseado”.⁵⁰

La planificación del desarrollo y el mejoramiento de los niveles de vida de los pueblos atrasados se plantean en la actualidad como problemas políticos, que se deben analizar dentro del panorama actual; esto es, las posibilidades de superar la creciente brecha entre las “tenencias” y las “carencias”.⁵¹ Esta realidad básica tiene dos facetas fundamentales: por un lado el impresionante crecimiento de la capacidad productiva en algunos países y, consecuentemente, de la riqueza y el poderío como resultado del avance de la ciencia y la tecnología; por el otro, la gran dualidad existente entre el elenco de países ricos y poderosos y los subdesarrollados. Esta dicotomía tiende a ampliarse y de hecho así ha sucedido.⁵²

Es imposible permitir el libre juego de las fuerzas económicas, sociales y políticas, pues únicamente convertirán en más fuertes a las potencias industriales, mientras que las naciones

⁵⁰ Alfredo Navarrete, “La planeación regional”, conferencia dada en las Jornadas Industriales en Guadalajara, Jalisco, agosto 12 de 1967.

⁵¹ Términos empleados por Ignacy Sachs en Obstáculos al desarrollo y planificación (México, 1967), p. 13, provenientes del inglés, *the haves and the have nots*.

⁵² Ver de Jawarharlal Nehru, “India Today and Tomorrow”. AICC Economic Review (marzo 15 de 1959).

atrasadas se sumirían más en la miseria. La forma de impedirlo, aunque sea en parte, es la planeación dirigida hacia la integración económica de los países indoibéricos. Es muy difícil salir del área de influencia a la cual pertenece América Latina, pero se puede lograr un desarrollo básicamente independiente si se mueven los resortes de la planeación y la integración en forma apropiada.

El problema no es tan sencillo. Es bastante más amplio y complejo pero proviene de un mismo fondo: las disparidades económicas y sociales del mundo actual que trascienden al trato entre las naciones y dentro de los mismos países. Comprendiendo esta verdad, se podrán tomar medidas para acortar el camino del desarrollo y éstas no pueden ser otras que un plan económico racional tendiente a un latinoamericanismo económico.

Los intentos de planificación en América Latina se puede afirmar que se iniciaron en 1961, en Punta del Este, Uruguay, en la conferencia de mandatarios de América. Los beneficios de la planificación se propusieron en esta reunión, ante los progresos del empleo de la llamada planificación “indicativa” en Europa Occidental y, sobre todo, porque el triunfo de la revolución cubana presionaba a hacer algo para mejorar las condiciones de las masas y de esta manera evitar otro posible estallido revolucionario. Al margen de ello, estuvo también presente el reconocimiento general de que el mecanismo tradicional de los precios era incapaz de impulsar el desarrollo económico con la rapidez necesaria.

Estos planes de desarrollo debían servir para cuantificar, jerarquizar y coordinar los objetivos fundamentales, para obtener mayor ayuda financiera externa, armonizar los esfuerzos nacionales a escala continental, etc. A pesar de esto, la práctica de la planificación en América Latina ha dejado, desde un principio, mucho que desear. Lo que pareció fácil en aquel entonces se convirtió en una teoría de muy difícil aplicación a la realidad. A tal efecto dice Alonso Aguilar Monteverde:

“No existían planes integrales sino meros programas de inversión pública; algunos planes partían de proyectos concretos y de intentos de programación sectorial; no siempre se precisaba la forma en que habrían de financiarse las inversiones; faltaba claridad y precisión en las metas y mecanismos para seguir la pista al cumplimiento o, en su caso, incumplimiento del plan.”⁵³

De ello se saca que la planificación latinoamericana ha sido ineficaz para atenuar los efectos del atraso y para lograr mayor fuerza política. Ha sido incapaz hasta la fecha por qué no ha tendido a modificar las estructuras económicas inestables y dependientes, llevar a cabo la reforma agraria

⁵³ Alonso Aguilar Monteverde, Teoría y política del desarrollo latinoamericano (México, 1967), p. 197.

integral, etc. Parece ser que únicamente fueron programaciones, en lugar de planes y *“con el objeto manifiesto de negociar créditos exteriores”*.⁵⁴

De acuerdo con lo antes dicho, para que la planificación tenga éxito, debe involucrar la máxima iniciativa y la mayor participación de todo el pueblo de cada país, esto es, necesita de la aceptación de la mayoría de los sectores donde se va a aplicar con carácter obligatorio. Se precisa su vigilancia real en cada etapa del proceso de producción y distribución de bienes y servicios y su capacidad para hacer las correcciones necesarias y –lo más fundamental– ha menester lograr que se produzca el cambio ya impostergable de la situación actual.

Los latinoamericanos deben pugnar para que se lleven a cabo las reformas estructurales, porque la riqueza que su trabajo hace posible sea para beneficio de todos los que la generan y no esperar recibir muestras de altruismo de una minoría que monopoliza los recursos de la sociedad. Es imperativo exigir el derecho a un sistema de oportunidades similares. Sólo se disminuirán los grandes males latinoamericanos del hambre, el bajo nivel educativo, la insuficiente capacitación de la mano de obra, del desperdicio de tiempo y de recursos escasos, mejorando la gobernabilidad y evitando las inversiones extranjeras leoninas, las innecesarias, las necesarias pero excesivamente costosas, las improductivas por largos períodos, con elevados gastos en divisas por falta de sincronización en su formulación, ejecución y puesta en marcha; y la acaparación del ingreso y del consumo. Lo anterior deberá estar comprendido en el marco de planes regionales bien meditados y coordinados dentro del plan nacional de desarrollo, que obedezca en última instancia a un plan general de América Latina tendiente a la integración económica total, a un banco central y a una moneda única.

Semejantes planes y metas requerirán de disciplina, dinamismo en las regiones y en los países, audacia en materia social, racionalización en el uso de los recursos y de los medios, pero sobre todo: voluntad política. Estas son algunas de las exigencias a que deberán responder los gobiernos latinoamericanos y que se les deben de recordar obstinadamente. La historia juzgará a cada gobierno de la región en torno al objetivo de la integración total como el medio más factible para lograr el mejoramiento sostenido del bienestar latinoamericano.

⁵⁴ Ídem.

II: Relaciones Económicas con el Exterior

Hoy en día ningún país puede desarrollarse a puerta cerrada, requiere de capital, recursos y conocimientos externos para detonar el crecimiento sostenido. Los países latinoamericanos precisan importar los bienes de capital, tecnologías, bienes de consumo y servicios que demanda el proceso de crecimiento económico y la población de sus países. Para poder adquirir estas importaciones, los países requieren vender al extranjero los bienes y servicios que solicita y para los cuales los países latinoamericanos tienen una ventaja comparativa en su producción. La internacionalización es un fenómeno que va en constante aumento, es una realidad que América Latina tiene que aceptar. Por lo tanto, el desarrollo es un proceso cada vez más ligado al sector externo.

En este apartado, vamos a examinar las siguientes cuestiones: ¿Cuáles son los principales obstáculos al comercio exterior de América Latina? ¿Por qué no hemos mejorado nuestras exportaciones en lo que va del siglo XX? ¿Cuáles son las perspectivas del comercio externo? ¿Cómo podemos mejorar la posición comercial? ¿Qué nos ofrece la integración regional? ¿Cuál es el rol de la cooperación internacional y la ayuda económica en el desarrollo de los países latinoamericanos?

Los problemas del comercio exterior

Duro y difícil es el camino que tienen que recorrer los países de América Latina para alcanzar el desarrollo económico sostenido. A los obstáculos propios de sus estructuras arcaicas, se agregan los que interponen las naciones desarrolladas cada día menos atentas a sanear las relaciones comerciales internacionales.

Al parecer, pese a todos los pronunciamientos que se hacen en contra, las grandes potencias están empeñadas, posiblemente sin proponérselo, en ahondar el abismo que las separa del submundo económico.

Este cuadro funesto y típico de las relaciones actuales entre los países altamente industrializados y los que se debaten en el subdesarrollo se sigue repitiendo regularmente, con caracteres más agudos. Dentro de este marco se encuentran las economías latinoamericanas, en las que el comercio exterior sirve para aumentar la dependencia a las naciones industrializadas, en particular los Estados Unidos.

La importancia del comercio exterior como factor de crecimiento debe radicar, fundamentalmente, en que proporcione los bienes indispensables para el desenvolvimiento económico, que todavía no se elaboran en los países atrasados, así como la obtención de las divisas por concepto de exportaciones, necesarias para la adquisición de dichos bienes; y, por el otro lado, en que propicie una actividad económica mayor e independiente.

Para destacar la importancia que tiene el comercio exterior dentro del marco de la economía de un país en proceso de desarrollo, baste señalar algunas cifras, resultado de una encuesta llevada a cabo por las Naciones Unidas en 54 naciones en vías de desarrollo, para el período comprendido entre los años de 1960 a 1965, en la que se demostró una clara tendencia a la vinculación estrecha entre el ritmo de desenvolvimiento económico y el comercio exterior. Del total de esos países, 18 tuvieron crecimientos anuales de poco más del 6% en su producto nacional bruto y alcanzaron un ritmo de aumento de su intercambio comercial externo de más del 8% anual, como promedio. Por el contrario, 15 países del total analizado, con crecimiento de su PNB de apenas 4% como promedio anual, sólo alcanzaron un 3.2% de crecimiento en su comercio exterior.⁵⁵

A pesar de lo anterior, hay que destacar que ciertos países con bajos índices de comercio exterior obtuvieron substanciales incrementos en el volumen de la producción total, como fue el caso de China.

⁵⁵ Citado por Antonio. Calderón Martínez, "La política mexicana de comercio exterior", Comercio Exterior (julio de 1968), p. 581.

También la encuesta demostró que el creciente comercio exterior de una nación atrae mayores transferencias financieras del extranjero; en efecto, los 18 primeros países obtuvieron un financiamiento del exterior de 5.7 dólares *per cápita* en promedio, mientras que los otros 15 países obtuvieron sólo 2.8 dólares por habitante.⁵⁶

Aunque posiblemente las cifras antes expuestas adolezcan de ciertas fallas, permiten darse cuenta que el comercio exterior es importante como impulsador del crecimiento y que por lo general trae consigo mayor financiamiento externo. Sin embargo, cuando este intercambio no se lleva a cabo sobre bases honestas y equitativas, ocasiona otras medidas y consecuencias de tipo económico-político, como la dependencia y da cabida a una mayor vulnerabilidad en las economías subdesarrolladas a los vaivenes de la política de las naciones desarrolladas.

Ante la natural importancia del comercio para los pueblos atrasados y en particular los de América Latina, se anteponen los intereses de los estados desarrollados. Los subsidios y las políticas autárquicas de las potencias industriales son graves obstáculos para las exportaciones de los países menos adelantados. La compra de productos primarios no crece rápidamente en las naciones poderosas, por la limitación de sus mercados internos, por la competencia interna y debido a los impuestos que inciden negativamente en la demanda. También la demanda de materias primas crece lentamente, en parte como consecuencia de la sustitución de los productos sintéticos y, además, por las políticas restrictivas en la importación.

Junto con lo anterior, es significativo mencionar el hecho de que los países adelantados del bloque capitalista controlan la mayor parte del comercio mundial, en detrimento de las naciones subdesarrolladas y del bloque socialista. En efecto, Estados Unidos, Japón y los estados occidentales plenamente desarrollados controlaban en 1966 el 70% del comercio mundial de exportación, o sea, un aumento del 3% en los años de 1963 a 1966. Los países atrasados y los comunistas bajaron un punto de porcentaje cada uno en el mismo período, o sea que en 1966 controlaban el 19% y el 10% del mercado, respectivamente. En el mundo del subdesarrollo, las naciones africanas se mantuvieron en 4%, pero América Latina bajó del 6.3% en 1963 al 5.7% en 1966 y Asia pasó del 9% al 8% del control del mercado mundial.⁵⁷

Esas grandes desigualdades en el comercio agudizan las disparidades de la demanda internacional. No se puede seguir considerando a las naciones del mundo iguales en el comercio, pues únicamente está haciendo más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. Son patentes las diferencias económicas entre América Latina y Estados Unidos, de manera que son un punto fundamental, al que no se le ha dado la importancia debida en las reuniones internacionales para impulsar el comercio y el desarrollo de estos países. Raúl Prebisch dice al respecto: “Y así, ni la

⁵⁶ Ídem.

⁵⁷ El Día, diciembre 13 de 1967.

Carta [de La Habana], ni el Acuerdo [respectivo], establecen distinción alguna entre países desarrollados y países en desarrollo al perseguir la rebaja o eliminación de aranceles y restricciones para estimular el intercambio. Y como se parte del supuesto de homogeneidad, estas rebajas tienen que ser en todas partes equivalentes”. Más adelante agrega, “no se ha tenido en cuenta que aquellas disparidades colocan en situación totalmente opuesta a los países de exportación primaria e industrial”.⁵⁸

El peso de los productos primarios en la exportación global de América Latina es enorme. Ello propicia la tendencia al desequilibrio externo que se debe a la expresión de la disparidad con que tienden a crecer las exportaciones primarias en comparación con las importaciones de bienes industriales. La demanda de artículos manufacturados en los países en desarrollo es más dinámica que la de productos primarios en las naciones industrializadas. Además, la tendencia de los precios de los materiales básicos pone en situación desfavorable a éstos, con respecto a los industriales. Aparte del efecto directo sobre la capacidad para importar, la baja de los precios de los productos básicos significa que los aumentos del producto interno son todavía más bajos con respecto al ingreso real.

El carácter de monocultivo de las economías latinoamericanas ha persistido, entre otros factores, en virtud a la creciente dependencia de un solo mercado, el de los Estados Unidos. El caso de México habla por sí solo: este país se encuentra sujeto a una dependencia casi absoluta, desde el punto de vista de las exportaciones y las importaciones, al mercado de los EE.UU. En el año de 1966 el 63.8% de las importaciones fueron hechas en Estados Unidos y el 62.9% de las exportaciones mexicanas tuvieron como destino ese mismo mercado.⁵⁹

La desigualdad de fuerzas con que se enfrentan Estados Unidos y América Latina tiende a un saldo deficitario persistente, que para el caso de México es en promedio de 270 millones de dólares al año, como se puede observar en el siguiente cuadro:

⁵⁸ Raúl Prebisch, Nueva política comercial para el desarrollo (México, 1966), p. 40.

⁵⁹ David Ramos Galindo, “Deterioro en el comercio agrícola con los Estados Unidos”, El Día, marzo 3 de 1968.

Cuadro 4: Balanza Comercial de México con Estados Unidos de Norteamérica⁶⁰
(Miles de dólares)

AÑOS	Exportación*		Importación		Saldo
	Valor	% del total	Valor	% del total	
1960	532,982	72.1	855,108	72.1	-322,126
1961	582,852	72.5	795,083	69.8	-212,231
1962	636,913	70.8	779,974	68.2	-143,061
1963	662,009	70.7	849,134	68.5	-187,125
1964	687,116	67.2	1,022,327	68.5	-335,211
1965	696,173	62.5	1,024,872	65.7	-328,699
1966	750,635	62.9	1,024,125	63.8	-273,490

*Cifras revaluadas.

Los obstáculos al comercio exterior de América Latina, son entre otros muchos, los crecientes saldos negativos en la balanza comercial con Estados Unidos; la falta de estabilidad de los precios de las materias primas; y los altos aranceles para los productos latinoamericanos, sobre todo para los semi-manufacturados y manufacturados.

Se ha tratado en las reuniones interamericanas de que Estados Unidos permita un acceso más equitativo y fácil a su mercado; tanto para los productos básicos como para productos terminados, en este sentido se les han propuesto convenios de todo tipo. Pero no se ha podido llevar a cabo nada en concreto, gracias a la indiferencia de los Estados Unidos.⁶¹ Aparte de esto, las exportaciones de manufacturas siguen creciendo menos que las importaciones, lo cual ha acentuado el déficit de la balanza comercial de América Latina.

La falta de liquidez de los países latinoamericanos se deriva en lo esencial del déficit de la balanza de pagos, por la desfavorable e inequitativa relación del intercambio con los estados industrializados, los cuales no toman en cuenta las diferencias entre sus naciones y con las que comercian. No estaría mal recordar que las desigualdades son tan hondas que, mientras no menos de 40 pueblos subdesarrollados tenían en 1966 un ingreso promedio *per cápita* de 120 dólares al año, los puros gastos militares anuales por habitante fueron, en el mismo año, en Alemania, de 76 dólares, en Francia, de 91 dólares, en Inglaterra, de 120 dólares y en Estados Unidos de 346 dólares.⁶²

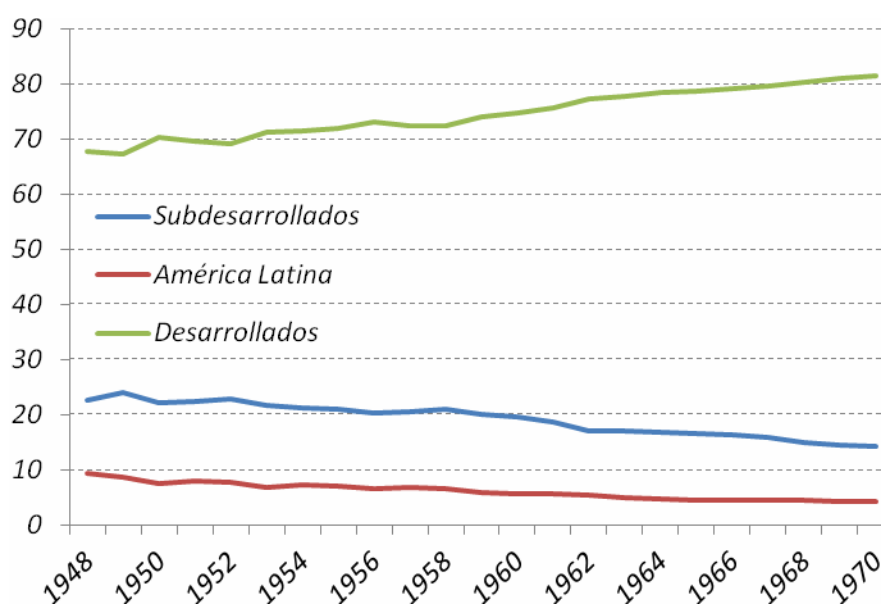
⁶⁰ Ramos Galindo, op. cit.

⁶¹ Círculos importantes de América Latina pugnaban por que los Estados Unidos tuvieran hacia sus países el mismo trato que la comunidad europea mantenía con sus antiguas colonias en Africa (esto es, un trato de preferencia a las exportaciones). Los resultados de estas tibias presiones no son nada consoladores: los Estados Unidos mantienen su política tradicional, la cual mantendrán, si es preciso, con la fuerza militar.

⁶² El Día, diciembre 20 de 1967.

El decaimiento de las exportaciones y la crisis del comercio exterior

Las exportaciones de los países de América Latina vienen experimentando una constante caída en términos relativos. En 1950 la participación de la zona en el comercio mundial era del 7.4%, bajando al 4.25% en 1970.⁶³ Esta disminución también se observó en los otros países subdesarrollados del mundo, cayendo su participación del 22.2% en 1950 al 14.3% en 1970. Sin embargo, la caída relativa de las exportaciones de los países latinoamericanos fue mayor que la de los otros países subdesarrollados. En efecto, mientras la tasa de crecimiento promedio de las exportaciones de los primeros fue de 3.5% de 1950 a 1970, la de los otros países subdesarrollados fue de 4.5%. Claro los países industrializados aumentaron su participación en las exportaciones globales, pasando del 70.4% del total en 1950 al 81.5% en 1970, creciendo sus exportaciones a una tasa promedio anual de 8.4%.



Gráfica 4: Participación de América Latina en las exportaciones totales

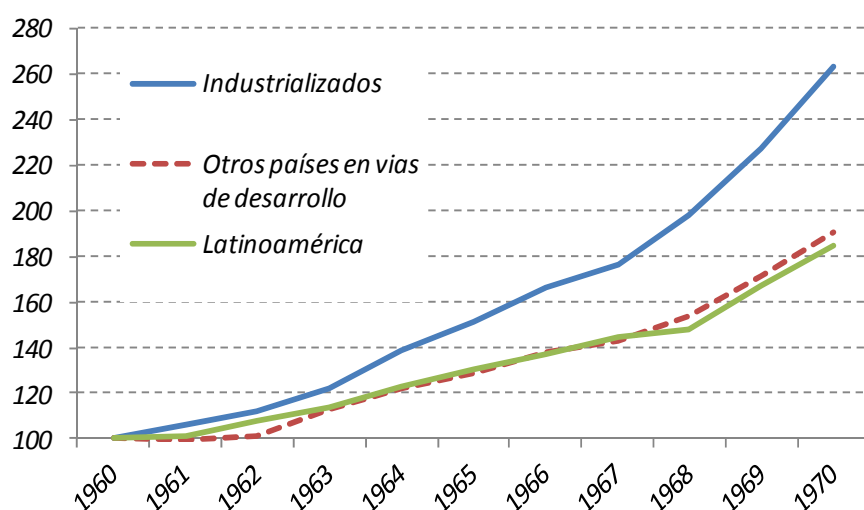
El quantum de las exportaciones aumentó de 1950 a 1970, pero no así su valor, pues bajaron los precios de los artículos primarios. Las importaciones se comportaron de manera opuesta, su valor, o sea sus precios, subieron mientras su quantum bajó. El déficit de la balanza comercial como porcentaje de las importaciones paso del -3.9% en 1960 al -5.7% en 1970.

La coincidencia entre el aumento en el costo de las importaciones y el estancamiento de los ingresos de exportación significó para América Latina una reducción del excedente comercial y un mayor desequilibrio en la cuenta corriente de la balanza de pagos, cuyo déficit aumentó desde 397 millones de dólares en 1960 a 855 millones en 1970.⁶⁴

⁶³ Datos de la UNCTAD.

⁶⁴ Datos de UNCTAD.

El comercio de bienes primarios disminuyó de valor en un 25% de 1960 a 1970 y los países en proceso de desarrollo fueron los más afectados por esta evolución. Esto se debió en parte a que los estados ricos acumularon grandes excedentes de estos productos y en gran medida al deterioro de los precios de los materiales básicos en el mercado internacional. Las potencias desarrolladas continuaron aumentando la producción primaria, gracias a las nuevas técnicas de elaboración de artículos sucedáneos y a la mecanización del agro. El volumen de los ingresos en la exportación de productos agrícolas declinó en 1967 a 21.3 miles de Millones de dólares. De esta suma le correspondieron a las naciones subdesarrolladas 10,123 millones de dólares y la cantidad de 9,854 millones a las desarrolladas.⁶⁵



Gráfica 5: Exportaciones Mundiales (1960-1970)

La *Gráfica 5* ilustra la desfavorable posición de América Latina con relación a las exportaciones mundiales. Las exportaciones de América Latina han ido empeorando; ha continuado el distanciamiento de los altos niveles alcanzados por los países industrializados y, en menor medida, de los demás países en vías de desarrollo. Como el comercio mundial siguió ascendiendo, aunque a ritmo inferior al de años anteriores, lo ocurrido en América Latina quiere decir que ha sufrido un nuevo deterioro en su posición relativa al no participar de aquel aumento.

Las exportaciones *per cápita* en América Latina sólo aumentaron desde 39 dólares en 1960 a 55 dólares en 1970; su crecimiento en volumen físico corresponde en los últimos 15 años a una tasa anual de 5%, pero el poder de compra que generaron —esto es, la capacidad efectiva para adquirir

⁶⁵ Ídem.

importaciones— sólo aumentó en un 3.6%, como consecuencia de la evolución adversa de los precios.⁶⁶

Dentro de este marco, el papel de América Latina se caracteriza por su defectiva estructura de producción, la cual en parte importante ha frenado hasta ahora su crecimiento; la porción sustancial de sus exportaciones proviene del sector agropecuario y de las industrias extractivas, que se producen casi en exceso en el ámbito mundial para la demanda efectiva, con el consecuente deterioro de sus precios. Los factores adversos que pesaron sobre las exportaciones latinoamericanas en la década actual no se vieron suficientemente atenuados por la expansión del comercio entre los países de la región; este comercio también mostró un relativo estancamiento en los 60s.

Otro hecho que viene a empeorar el panorama del comercio mundial es la crisis monetaria internacional, en la cual se desenvuelve. Ello ha determinado una recesión de la demanda de importaciones debido a la disminución del crecimiento de algunos estados desarrollados, situación que se comunica a otros que, a su vez restringen sus compras externas en previsión de desequilibrios de sus balanzas de pagos, con los consecuentes efectos perturbadores a los pueblos en desarrollo. La devaluación de la libra esterlina y de las monedas de su área de influencia provocó trastornos en América Latina. Las exportaciones de estos países a la zona de influencia de la libra disminuyeron, bien porque los productos fueran más caros y no fue posible competir, o por la desconfianza de los empresarios de las potencias desarrolladas ante la libra y la inflación en el área del dólar.

Es de suponer que las crisis monetarias que azotan periódicamente a las economías capitalistas continuarán en línea con los ciclos económicos. Estas crisis conducen a contracciones de la economía global y quienes resienten más sus efectos son obviamente los pueblos subdesarrollados.

El proteccionismo excesivo implantado por el gobierno de los Estados Unidos —aparte de lo anterior dicho— también obedece a que piensan que América Latina debiera ofrecer concesiones recíprocas para obtener ventajas comerciales. ¿Pero qué acaso esas concesiones no fueron entregadas por anticipado y se siguen entregando actualmente, mientras que las de Estados Unidos están todavía por recibirse?

La situación de América Latina se ha ido agravando. Así, tenemos que las exportaciones de EE. UU. a Latinoamérica en 1960 fueron de 2,740 millones de dólares, pasando a 5,100 millones en 1968 y se calcula que en 1970 fueron poco más o menos de 6,900 millones de dólares. Las ventas de los Estados Unidos a América Latina en el período 1960-70 crecieron en promedio anual al 9.7%, significando un incremento de 151%, mientras que las exportaciones latinoamericanas

⁶⁶ UNCTAD.

destinadas a ese mercado aumentaron tan solo al 4.2% anual, esto es un aumento porcentual de tan sólo 51%.⁶⁷ Esto sitúa a Iberoamérica dentro de los tres primeros mercados para las exportaciones de Estados Unidos. A pesar de lo anterior, dicha potencia continúa con su tradicional política, que ocasiona serios perjuicios a las economías latinoamericanas; en 1960 el porcentaje que le correspondía a la región del mercado norteamericano era de 21.3% y pasó a 13.3% en 1970.⁶⁸

La falta de equidad del comercio con los países desarrollados y en especial con Estados Unidos, resalta aún más por el hecho indiscutible de que mientras a las exportaciones de la América Indo-ibérica se les imponen precios y cuotas que causan severas pérdidas a sus respectivas economías, América Latina se ve obligada a importar productos industriales al precio que establece el vendedor. Estas relaciones comerciales, como es fácil comprender, afectan la balanza de pagos de la región: cada día son más las divisas que se tienen que desembolsar para adquirir bienes elaborados y menos las que se reciben por concepto de venta de materias primas.

Sin embargo, es justo reconocer que existen otros factores, no atribuibles a las naciones industrializadas, que conspiran lenta pero firmemente en contra de la economía latinoamericana. Uno de ellos es el contrabando; otro es la insólita compra, en los mercados de naciones desarrolladas, de bienes de consumo inmediato y duradero que América Latina produce y exporta a estos mercados. Se trata del asombroso negocio de comprar a sobreprecio la misma mercancía que se ha vendido.

En cuanto a las causas de la importación de mercancías propias, se deben al desconocimiento real del mercado nacional, lo que conlleva el peligro de excederse en las exportaciones y dejar insatisfechas las necesidades internas. De ello se plantea la urgente necesidad de mejorar y ajustar a la realidad la planeación de la producción, así como la de satisfacer con productos propios de calidad (y a precios más bajos que los importados) los requerimientos de los estados de la región, que prácticamente dependen de mercados extranjeros.

Ningún pueblo, ni siquiera los que se ufanan de un alto desarrollo, puede darse el lujo del despilfarro mucho menos los países de América Latina que requieren de todos sus recursos, por insignificantes que sean, para mantener su ritmo de progreso.

Algunas perspectivas y soluciones del comercio exterior

Las perspectivas del comercio exterior de América Latina, bajo las condiciones actuales, no son nada halagüeñas. En efecto, después del crecimiento relativamente pobre de las exportaciones de la región del 6.3% en promedio anual en los 60s, comparado con el crecimiento del 6.8% de las exportaciones de otros países subdesarrollados y del 9.3% para las exportaciones globales, se

⁶⁷ Datos provenientes de UNCTAD y U.S. Census Bureau, Foreign Trade Division.

⁶⁸ Ídem.

contempla que dicha tendencia continúe en los 70s. Ello significa que América Latina sigue perdiendo terreno en el comercio internacional.

Según las estimaciones de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo (UNCTAD), para el año de 1975 el déficit anual de la balanza comercial de los países en vías de desarrollo será de 3,000 millones de dólares, si los estados desarrollados crecen –hasta entonces– a un ritmo de 4.2% anual. En el caso de un crecimiento más elevado (4.7%), el saldo negativo anual de la balanza comercial alcanzaría 8,000 millones de dólares. Pero el déficit de la balanza de pagos se elevaría, en precios de 1960, a una cifra comprendida entre 17,000 y 26,000 millones de dólares.⁶⁹

Estos cálculos, junto con lo antes dicho, proporcionan una idea de la magnitud de los reajustes que América Latina deberá hacer en cuanto a sus estructuras y sus políticas económicas. Esos reajustes, dentro del status quo actual, tienen dos etapas posibles:

- 1) pugnar hacia el cambio de la ordenación productiva, aumentando el intercambio regional y las exportaciones fuera de la zona. Esto deberá venir acompañado con un aumento en la tecnología propia de las naciones y la creación de empresas multinacionales; y
- 2) tratar de disminuir las importaciones de productos provenientes de países fuera de la zona en forma equitativa o paralela a las exportaciones latinoamericanas a esos territorios y formar un bloque económico que les dé la fuerza necesaria para negociar, de igual a igual, con las potencias industrializadas. En tal virtud se evitaría la práctica de contratación de la asistencia limitada y atada, descansando fundamentalmente en una política de recursos propios.

Las posibilidades de que los pueblos latinoamericanos aumenten sus ventas fuera de la zona se ven mejoradas ante la coyuntura histórica que representa para el comercio de las naciones atrasadas los estados socialistas.⁷⁰ Un objetivo de la integración sería el de usar el Mercado Común Latinoamericano para reducir desventajas absolutas frente a los países industriales, a fin de estar más cerca de persuadirlos para que cesen de expandir su capacidad en actividades donde tienen ventaja relativa, dejando en cambio que sean los latinoamericanos los abastecedores de esos productos. También es de suma importancia para el futuro de las exportaciones de la zona el desplazarse hacia mercados de productos no tradicionales, sobre todo de manufacturas, semi-manufacturas y partes de maquinaria, para diversificar las

⁶⁹ *The Economist* para América Latina (mayo 15 de 1968), p. 39.

⁷⁰ Como la posibilidad de incrementar las relaciones comerciales con el bloque socialista es de tipo político, este tema se tratará en el Capítulo III, referente a la situación política dentro del mundo actual.

exportaciones en aquellos renglones donde se puede obtener precios inferiores o cercanos a los del mercado internacional.

El paso de la exportación de bienes primarios a la de artículos industrializados es uno de los elementos básicos para el desarrollo económico de los países de Iberoamérica. Esta afirmación no entraña subestimación alguna respecto a la producción y a la venta de materias primas y alimentos. Ambas actividades pueden contribuir positivamente al crecimiento económico pero la aceleración de éste y las posibilidades de inversiones más productivas (así como la mayor absorción de mano de obra, mejores retribuciones para los trabajadores y la elevación del bienestar general de la población de América Latina) requieren de una creciente industrialización que se desarrolla y fortalezca con el intercambio de sus productos en el mercado interzonal y con la exportación a los mercados del exterior.

Los países industrializados exportaron casi 300 dólares por persona en 1970, mientras que Latinoamérica exportó 55 dólares *per cápita* en promedio, tan sólo el 18% de lo que exportaron los países ricos. La tendencia es que se profundice dicha brecha, pues las exportaciones *per cápita* de los países de América Latina crecieron al 3.5% en promedio anual en los años 60, mientras que el crecimiento de los otros países subdesarrollados fue de 8.7% y el de los países ricos, de 9.1%.

Durante los años 50, el crecimiento del producto bruto por habitante en Latinoamérica estaba en un promedio del 2.1%. En la década de los 60, parece haberse situado en el 2.5% acordado en Punta del Este.⁷¹ Empero, el futuro no se puede ver con optimismo: no existe una técnica propia y adecuada para fabricar los bienes de capital y productos intermedios necesarios para elaborar los artículos objetos de la sustitución de importaciones. De hecho, en esto ha radicado una de las fallas centrales de la política de suplir compras externas.

No hay que descuidar asimismo que la técnica extranjera trae, entre otras consecuencias, una capacidad productiva ociosa que repercute directamente sobre los precios, como ya se ha indicado y agudiza la dependencia comercial a unos cuantos mercados, impidiendo en muchos casos la diversificación de la estructura comercial de América Latina.

El problema del comercio en la zona se plantea en términos de toda una crisis mundial en el comercio internacional, que promete incidir aún más en la ya injusta relación de intercambio, en prejuicio –como es lógico– de los países en desarrollo.

En resumen y no podía ser de otro modo, el comercio de la región refleja los vicios y los males que se dan en sus partes a causa, entre otras cosas, del trato de que son objeto por parte de los estados adelantados. La única solución sigue estando, al parecer, en la coordinación y en la

⁷¹ Comercio Exterior (febrero de 1969), pp. 89 y 132.

integración multinacional. Más, para caminar resueltamente hacia ellas han de cumplirse prerequisites que aún esperan su hora: entre otros, invertir en la investigación y crear técnicas apropiadas y ajustadas a la realidad latinoamericana.

La necesidad de una tecnología propia

Ningún país de la tierra puede aspirar, hoy en día, a satisfacer las necesidades de su desenvolvimiento en base a una tecnología exclusivamente suya. Esto debe quedar claro desde el principio, de modo que cuando se lea esta parte del trabajo y se postule la exigencia de una tecnología propia como una necesidad que los tiempos nuevos han traído a América Latina, no haya lugar a falsas interpretaciones. Incluso la nación que va a la cabeza de todas en investigación científica y tecnológica se sirve de los avances conseguidos por otros pueblos y también de los técnicos formados por ellos.

El requerimiento de una tecnología propia no tiene, así, un significado absoluto: es una exigencia que debe entenderse en los términos planteados por la situación económica y social de Iberoamérica, o de otras zonas en condiciones de algún modo similar, en el mundo moderno.

La relación entre la situación económica y la investigación científica y tecnológica es muy estrecha. Los países que alcanzan una base productiva con tecnología propia son los que logran mantener crecimientos sostenidos. Claro, la relación entre, por un lado, la creación tecnológica y la calidad de la investigación y, por el otro, la educación y preparación de la mano de obra es directa: entre más educada es la fuerza de trabajo, mayor la creación de tecnologías. De ello se sigue que las diferencias entre las naciones se hayan ido acentuando conforme al avance de la tecnología, dado que la educación en los países subdesarrollados no ha recibido el énfasis necesario.

Los estados industrializados pueden explotar los recursos de los pueblos atrasados, pues aparte de su fuerza política, tienen una fuerza de trabajo capacitada y las formas de organización que permiten esa utilización. Esto ha llevado a lo que se le suele llamar la dependencia científica del extranjero. Esta supeditación origina que los beneficios de la ciencia logrados en la explotación de los recursos, de los países atrasados no residan en ellos, sino que se trasladen a la metrópoli. De tal manera, los problemas del Tercer Mundo en torno a la investigación científica y el desarrollo tecnológico no sólo se han agudizado, sino que se aproximan a una situación de deterioro de consecuencias catastróficas. En el Siglo XX se han experimentado cambios vertiginosos en la ciencia y en la técnica. Las innovaciones tecnológicas ayudan a nuevos descubrimientos; así, cada día se incrementan los saberes tecnológicos en proporción siempre mayor. Sin embargo, no todas las naciones se benefician.

Las causas recientes de la brecha tecnológica son, entre otras muchas:

- 1) El volumen de los recursos financieros destinados a la investigación científica y tecnológica;
- 2) El nivel y la cuantía de la educación general y universitaria;
- 3) La captación de talento externo (“fuga de cerebros”);
- 4) La brecha en la dirección de la producción, que disminuye la eficiencia del uso de los recursos disponibles;
- 5) El volumen de las empresas públicas y privadas.

La incidencia de cada una de estas causas en América Latina está reflejada, entre otros, por los siguientes datos y hechos: la región gasta en su conjunto alrededor del 0.2% de su PNB en investigación mientras estos desembolsos son del orden del 3.4% en Estados Unidos. El gasto norteamericano en su política de desarrollo científico es tres y media veces superior al de todos los países europeos: sólo Inglaterra se le acerca con el 2.8% y la Unión Soviética con 2.3% de su producto bruto.⁷²

El grupo humano teóricamente comprendido entre los 20 y los 24 años estudiando en las universidades latinoamericanas es insignificante comparado con el 44% de los Estados Unidos, el 25% en la Unión Soviética y entre el 5% y el 16% en las naciones industriales de Europa.⁷³ Los resultados de estas diferencias son ya ostensibles.

En lo que respecta al problema de la fuga de cerebros de los países de América Latina a los desarrollados, se está de acuerdo en que no existe en realidad un adjetivo que capte el dramatismo de este fenómeno insólito – fenómeno que ocasiona pérdidas irreparables para los pueblos en desarrollo.

La emigración de profesionales latinoamericanos está orientada de preferencia hacia los Estados Unidos. No se dispone de antecedentes sobre el éxodo a naciones europeas, pero se sabe que no es muy numeroso. Entre 1961 y 1965 partieron a EE. UU. 2,515 médicos latinoamericanos, lo que representa un promedio de 500 médicos anuales. Se calcula que esta cantidad equivale a la producción de tres facultades de medicina, que costarían a Estados Unidos 60 millones de dólares por concepto de edificación y 15 millones de dólares anuales para su funcionamiento. Estas sumas son superiores al total del aporte de EE. UU. a Latinoamérica por concepto de salubridad.⁷⁴

⁷² Comercio Exterior (mayo de 1968), p. 435 y El Día, febrero 6 de 1969.

⁷³ El Día, diciembre 14 de 1967.

⁷⁴ El Día, octubre 7 de 1968.

Una subcomisión del Senado de los Estados Unidos presentó un informe sobre este problema, el cual indica que casi 8,000 científicos y técnicos latinoamericanos emigraron hacia los Estados Unidos en 1965. De Argentina salieron 973 profesionistas, seguida de cerca por México, con 929 y luego Colombia con 868; los cinco países centroamericanos analizados en su conjunto sufrieron la pérdida de 946.⁷⁵ Estas cifras se elevarían si se considerara en el análisis a los estudiantes latinoamericanos que fueron a esa nación a cursar estudios superiores y que por alguna razón se quedaron ahí.

Según el estudio del Senado de Estados Unidos, el costo de la educación superior de un profesionista es de 3,000 dólares. Si a esto se le suma los estudios anteriores (primarios, secundarios y preparatorios), la cifra se remonta a 20,000 dólares:⁷⁶ de esto se infiere que América Latina ha aportado en personal capacitado a los EE. UU., durante 1965, alrededor de 156 millones de dólares.⁷⁷

La fuga de cerebros de América Latina se ha ido acelerando en los últimos años. Las consecuencias de este fenómeno son dramáticas. Se estima que el total de profesionistas que egresan al año de las universidades de Iberoamérica (70,000) es insuficiente para las exigencias del desarrollo de la región, calculando que se necesita un total de 120,000 anuales.⁷⁸

Ello representa el peligro de que la diferencia entre las naciones industrializadas y las no industrializadas –como es el caso de América Latina– se ahonde aún más, pues para desenvolverse se necesita de ese volumen de técnicos y hombres de ciencia, sin los cuales el desarrollo, si no imposible, sí se torna extremadamente difícil y pasa a depender de la técnica y la ciencia extranjeras, como se ve que ocurre. Para subrayar lo dramático de este fenómeno y su significado para América Latina, citemos una declaración de Albert Einstein, que en cierta ocasión dijo:

“Si a un loco se le ocurriera asesinar a doce hombres de ciencia cuyos nombres no voy a mencionar, el actual potencial de progreso científico sufriría un retraso de dos siglos.”⁷⁹

Las principales causas de esta situación son, por una parte, la falta de una estructura adecuada de los sistemas universitarios; la ética y moral ambiental; deficiencia en la estructura productiva para la absorción pronta de profesionistas egresados; los bajos salarios que imperan en el sector profesional; y la falta de reconocimiento y estímulo al trabajo especializado.

⁷⁵ Ibid., noviembre 12 de 1968.

⁷⁶ U. Thant, “Informe a la Asamblea General sobre el éxodo de personal calificado de los países en desarrollo”, El Día, noviembre 28 de 1968.

⁷⁷ Aproximación del autor.

⁷⁸ El Día, noviembre 13 de 1968.

⁷⁹ Citado en El Día, noviembre 12 de 1968.

Las soluciones inmediatas a este insólito problema son, entre otras, a) la creación de un “pool internacional de cerebros” al que los países desarrollados podrían contribuir en “sustancia gris” o en dinero y del que los países menos ricos podrían solicitar personal especializado;⁸⁰ b) que los profesionistas egresados tengan un rápido acomodo dentro del cuadro general del país, dándoles la plena certeza de que su labor está siendo debidamente apreciada, en beneficio de la colectividad (para esto hay necesidad de modificar la estructura productiva, mediante una vigorosa intervención estatal) ; c) una presión moral para que se queden en el país, no porque sea su patria, sino porque sencillamente la educación es una inversión como cualquier otra que la nación costea mediante el esfuerzo general; y d) salarios más remunerativos.

Fácil es darse cuenta que estas medidas son de difícil aplicación y que la mayoría de ellas obedecería a cambios más profundos, esto es, cuando se creen las estructuras económicas y sociales capaces de promover el desarrollo, eliminando las formas anacrónicas de dominación social y las relaciones externas de tipo colonial o semi-colonial.

A pesar de lo anterior, las limitaciones al desarrollo científico y tecnológico en América Latina, aunque agudas, no son insalvables. Empero, el dilema es muy grave y conlleva a la siguiente consideración: la tecnología y la estrategia industrial van a cambiar al mundo en las dos próximas generaciones. O se está en esa dirección, o Latinoamérica quedará al margen de la construcción real de ese mundo, tal como ocurrió durante la Revolución Industrial a naciones como España y Portugal que, como ha sido patente, no han levantado desde entonces la cabeza.

Lo peor del caso es que América Latina se está quedando todavía más atrás. En los países industrialmente desarrollados se realiza ya una revolución técnico-científica, en la cual se observa un proceso de amplias y profundas transformaciones cualitativas de las fuerzas productivas, que abarca todos los campos de la vida social – desde la estructuración y organización de los procesos de producción, los resultados de ésta, el conjunto de sistema de enseñanza y hasta las condiciones generales de vida espiritual y cultural de la gente.

Del análisis hasta aquí visto es obvio que el latinoamericano contemporáneo gravite hoy en función de cuatro coordenadas fundamentales: el cambio, la revolución, la ciencia y la integración.

La reforma educacional es necesaria para América Latina, si se percata uno de que en el momento histórico actual es posible proceder a la construcción del futuro sobre bases racionales. Está al alcance del pueblo latinoamericano el seleccionar las tasas de inversión por sectores y controlar las de consumo, transformar los sistemas educativos y eliminar las actividades

⁸⁰ Sugerencia de U. Thant, en su informe presentado ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. El Día, noviembre 26 de 1968.

estériles. En suma, América Latina puede planificar su crecimiento en base a la ciencia; pero para ello es necesaria la educación como instrumento revolucionario del desarrollo y del cambio.

El problema no termina con la invención y aplicación de técnicas, sino de una cadencia o regularidad con la cual unos productos o procedimientos nuevos son difundidos en el conjunto de la economía del país. En otras palabras es la organización de la investigación científica, el mejor camino para lograr óptimas decisiones. Es aquí donde se plantean las metas de la ciencia y de la técnica: el ¿qué? y el ¿para qué?

En conclusión, solamente con base en un incremento de la productividad, sustentada en una tecnología propia, será posible aumentar los índices de desarrollo en América Latina y sólo a través de la integración económica latinoamericana podrán estos países estar en condiciones, si no de acortar, sí de detener el ensanchamiento del déficit tecnológico que los separa del mundo industrializado.

La necesidad de una tecnología propia para una integración adecuada es una nueva exigencia – inaplazable–nacida de la situación presente de Iberoamérica y es clave de su futuro. Olvidar esas circunstancias es jugar al desarrollo sin tener en cuenta sus verdaderas dimensiones.

El mundo inmediato: la integración

En la hora presente el pueblo latinoamericano debe pensar en términos de una América Latina unida, superando nacionalismos estrechos o exclusivos para formar una conciencia supranacional que permita una integración real. En ese orden de cosas las lecciones más elocuentes son, por un lado, el que está brindando Europa, que venciendo los chauvinismos, odios y tradiciones generados por las guerras pasadas, aún a esfuerzos y constituye con seis de sus más importantes potencias un Mercado Común; por el otro lado, no menos significativo es el ejemplo de los países socialistas en el Consejo de Asistencia Económica Mutua (COMECON).

No se subestiman las dificultades que encontraría América Indo-ibérica en tal empresa y la magnitud y los escollos del camino por recorrer, pero es de preocupar que los pocos intentos hasta ahora llevados a cabo no hayan reportado los frutos esperados. Más aún, conviene anotar que aunque muchos llamen la atención sobre los obstáculos al progreso de la integración, hoy muy pocos ponen en duda que Iberoamérica no tiene otra alternativa que integrarse, en este mundo actual de grandes polarizaciones multinacionales y de enormes oportunidades y desafíos, para aprovechar al formidable veneno del avance tecnológico, lograr un desarrollo económico más independiente y obtener condiciones más equitativas en sus tratos económicos.

En la conferencia de Presidentes de América que tuvo lugar en Punta del Este, Uruguay, en abril de 1967, se decidió crear un mercado común – esto es, una unidad económica con todos los países de la región latinoamericana para que cada uno de los miembros produjera aquello para lo

que mejor estuviese capacitado, de mejor calidad y a bajos precios y en base a un mercado más amplio que el nacional. Sin embargo, desde la Declaración de los Presidentes Americanos, nada de verdad importante se ha hecho que pueda facilitar el cumplimiento del programa trazado hacia el Mercado Común Latinoamericano, que debería estar sustancialmente en funcionamiento en un plazo no mayor de quince años.

Al Mercado Común Latinoamericano se llegaría a través de los organismos de integración ya establecidos – según la Declaración de Presidentes de América. Estos organismos eran la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y el Mercado Común Centroamericano (MCC).

El funcionamiento de la ALALC se ha caracterizado por la lentitud de su desarrollo y los obstáculos aparentemente insalvables que ha encontrado a su paso. Se han logrado avances en materia de intercambio, pero al relacionar estos adelantos con el comercio global de los países miembros, se observa que la significación de los incrementos disminuye grandemente. En efecto, la compra-venta intrazonal no alcanzó el 9% del total de su intercambio con el exterior en 1965, en tanto que ya en los años posteriores a la II Guerra Mundial, las transacciones comerciales entre los países que hoy constituyen la Asociación había llegado a representar el 10% del total de las exportaciones de la zona.⁸¹

El MCC se puede decir que ha avanzado más, con respecto a la ALALC; sin embargo, también ha confrontado tropiezos enormes. En efecto, la formación de la zona de libre comercio prevista para el 4 de junio de 1966 no ha sido completada. En la formación del arancel externo común se ha tropezado con obstáculos similares; las dificultades de balanza de pagos a que se enfrentan los países miembros son tremendas; los problemas suscitados con los países de menor desarrollo, como Honduras y Nicaragua, se han ido agravando (aunque el de Honduras ya se resolvió en principio); y, por último, podríamos citar la población del área, que en conjunto es de alrededor de 13 millones de habitantes, la cual es muy reducida para proyectar el desarrollo de nuevas industrias que abastezcan la región, basadas precisamente en el mercado conjunto.

En función de lo anterior, han surgido en los últimos tiempos dentro de América Latina grupos subregionales, sobre todo que afectan a la ALALC. Aparte del MCC, está el grupo andino (Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia y Chile), que ha decidido formar su propio mercado; luego, las negociaciones recientemente aceleradas entre Argentina y Brasil en el marco de la “Comisión Especial Brasileño-Argentina de Coordinación”.

Considerando estos acontecimientos, parece ser que de los 16 posibles participantes en un futuro mercado latinoamericano, 13 están organizándose conforme a tres mecanismos subregionales,

⁸¹ Samuel Gorbán, “La ALALC y la realidad económica de América Latina”, Investigación Económica (julio-septiembre de 1965), p. 555.

quedando al margen México, Uruguay y Paraguay. Dado que los dos últimos países son apéndices de las economías de Argentina y Brasil y en cualquier momento podrían asociarse, el único país que se encuentra sin ninguna liga directa es México.⁸² Debido a esto México necesita apurar a la Asociación a la cual pertenece, hacer un gran esfuerzo para ayudarla a salir de su estancamiento, el cual impulsa a los distintos grupos hacia los arreglos subregionales.

Volviendo a las dificultades con que han tropezado las líneas trazadas para la integración económica, se puede agregar que el capital extranjero ha planteado un problema a la integración.⁸³ Efectivamente, si la inversión extranjera es objeto de especial atención y está sujeta a determinadas condiciones para salvaguardar la soberanía nacional y la independencia económica de un país subdesarrollado dado, es lógico esperar que en el caso de un conjunto de naciones como la ALALC, que busca como nieta final la elevación de los niveles socioeconómicos de toda la región, se refuerce esta posición defensiva.

La posible existencia de un gran mercado común, integrado por componentes que en el orden productivo y financiero son débiles, constituye un foco de atracción para los grandes centros económicos. Parece que si las condiciones y la política actuales de la integración no se modifican, van a tender a la “sucursalización” acelerada de la región, ya que son, en principio, las empresas subsidiarias de una matriz multinacional en Estados Unidos las que se encuentran en mejores condiciones de planificar sus actividades, con miras a la explotación óptima de una zona de libre comercio y a desplazar de la misma –y aún de los mercados internos– a las empresas latinoamericanas.

Ejemplo inequívoco y aleccionador de esta amenaza es el poderoso Mercado Común Europeo, que pese a estar integrado por grandes potencias económicas, ha tenido que hacer frente a la penetración del capital norteamericano.⁸⁴

¿Y qué se está haciendo en la América Latina para detener al capital estadounidense? Desafortunadamente, nada. No se han puesto en práctica las medidas concretas que acarrearía su control. Dichas inversiones responden a su interés particular, como es lógico y no en provecho de los países latinoamericanos. Por eso, es importante mantener esta penetración dentro de límites seguros, de tal forma que sea complementario y no determinante. Sin embargo, a los problemas inherentes de la zona, el rival que hay que combatir es muy poderoso. Efectivamente, es un hecho patente que la tercera potencia industrial del mundo, después de los Estados Unidos y la Unión Soviética, resultan ser las compañías norteamericanas implantadas en el extranjero.

⁸² Véase del Banco del País, S. A., ‘México ‘y la integración económica de América Latina’, Comercio Exterior (mayo de 1968), pp. 387-88.

⁸³ Ver de Mauro Jiménez. Lazcano, Integración económica e imperialismo (México, 1968).

⁸⁴ Véase de Jean-Jacques Servan-Schreiber, *Le défi américain* (París, 1967).

Según el Boletín oficial de la Cámara de Comercio Americana, la producción de las fábricas estadounidenses en otros países ascendió en 1967 a esta impresionante suma: 120,000 millones de dólares. Si se toma en cuenta que el producto nacional bruto de la República Federal Alemana puede situarse, en números redondos, en 1967 en unos 115,000 millones de dólares,⁸⁵ llegamos a la conclusión que existe un inmenso poder centrífugo cuyos caracteres, formas, tensiones y efectos no han sido calculados ni examinados todavía en su totalidad.

De aquí, es necesario que se deba convertir en una preocupación fundamental de los pueblos de América Latina que los sectores fundamentales sean planificados en virtud de las necesidades de la región y no de la estrategia de la tercera potencia industrial del mundo, es decir, de las compañías norteamericanas en el extranjero.

Otro hecho interesante son las quejas de los comerciantes norteamericanos ante los países latinoamericanos por el trato –según ellos– discriminatorio que estiman dan estas naciones a las importaciones procedentes de los Estados Unidos y, como corolario, por el trato preferencial que conceden a los otros estados hermanos, agrupados en un organismo integrador. Estas quejas tienen una clara intención monopolística del comercio exterior de un “país amigo”, que se aparta mucho de lo que deben ser las relaciones comerciales entre dos naciones interesadas en mejorarlas sobre bases sanas.⁸⁶

La necesidad de prevenir este peligro y hacer compatible la insuficiencia de recursos internos de capital, en el marco de las asociaciones integradoras, con el crecimiento sostenido de la economía regional, fue recalcado por México a través del Secretario de Relaciones Exteriores, Sr. Antonio Carrillo Flores, al analizar el estado que guarda el proceso de integración latinoamericana y las causas del temporal estancamiento de las negociaciones políticas. Advirtió el canciller que:

“Es precisamente la sombra de la participación del capital extrazonal en los beneficios de la integración lo que ha motivado en gran medida el retraso en el cumplimiento del tratado de Montevideo y de los acuerdos de Punta del Este.”⁸⁷

El aceptar públicamente un problema significa un adelanto, pues da lugar a que se busquen las soluciones. El siguiente paso será poner en marcha las medidas correctivas.

Posiblemente el mayor obstáculo al proceso de integración haya sido la falta de decisión ocasionada por la brecha existente entre los países más pobres y los más avanzados de la región. Ello significa que los gobiernos latinoamericanos no se encuentran preparados psicológicamente

⁸⁵ El Día, enero 8 de 1968.

⁸⁶ “Entre dos amigos sólo uno de ellos es el amigo del otro”, dice un conocido refrán mexicano. Y así lo entienden, al parecer, los Estados Unidos.

⁸⁷ El Día, febrero 29 de 1969.

para tal empresa. En efecto, las naciones de mayor desarrollo no quieren llevar las cargas adicionales de ayuda a las menos desarrolladas, mientras tengan dentro de sus fronteras vastas zonas de pobreza, donde podría usar recursos adicionales para fomentar su crecimiento económico. Sin embargo y a pesar de ello, estos gobiernos deberían comprender que es necesario dar algo a cambio por la seguridad del mañana; es imperativo decidirse y dar los pasos hacia un latinoamericanismo económico.

En suma, las dificultades a la integración en América Latina provienen de tres fuentes principales:

- 1) Los métodos tradicionales de las negociaciones anuales acerca de las listas nacionales de concesiones arancelarias y de las negociaciones trienales, en torno a una lista común, parecen haber obedecido a presiones políticas;
- 2) La ALALC y (en menor medida) el MCC, no han conseguido sentar las bases necesarias para un proceso integrador de carácter permanente: la armonización - de cara al exterior- de las políticas comerciales y fiscales (trato al capital extranjero) y un denominador común mínimo de las legislaciones económicas;
- 3) Se ha permitido que arraigara el virus del temor de los países más pobres a ser engullidos por los más prósperos del Hemisferio.⁸⁸

Por todo ello, es fundamental considerar las desigualdades regionales y centrar los objetivos inmediatos de la integración en la concertación de acuerdos productivos, particularmente en relación con las ampliaciones de capacidad productiva en el sector de los bienes básicos de producción, en base a una tecnología propia y a través de empresas, consorcios o *trusts* estatales o mixtos multinacionales latinoamericanos –es decir, en la planificación multinacional de las actividades industriales básicas existentes y adicionales.⁸⁹ También es muy importante elaborar una verdadera plataforma política, con capacidad ejecutiva progresiva, que permita abordar con valentía los problemas del subfondo real que son los que impiden el progreso de la integración y de la economía en su conjunto. Pero para ello se necesita la voluntad de hacerlo, es decir, desear la unidad económica.

América Latina necesita de la creación de una posición que tiene que ser de autodefensa de los intereses extranjeros. Esto se puede hacer a través de la propia integración y de medidas colaterales; en esta forma se evitarán que los frutos de la unión económica paulatina no sean para los latinoamericanos y que se frustren los ideales de una América Latina unida y fuerte. Los países de la región no pueden permitirse el lujo de que las naciones industrializadas se dirijan a

⁸⁸ *The Economist* para América Latina (mayo 2 de 1969), p. 33.

⁸⁹ Véase del BID, Factores para la integración latinoamericana (México, 1966), especialmente pp. 1270 y Apéndices B y F.

esta zona a explotar los recursos, para luego esperar, como dádiva de ellos, una cooperación o una ayuda de carácter muy extraño. Hay que crear esa posición de autodefensa que, sin pretender perjudicar a nadie, exija de los demás comprensión y respeto. No existe nada más injusto que la pretensión del rico de sentarse a la mesa puesta por el pobre.

La cooperación internacional

Desde hace muchos años ha sido en América Latina y las demás regiones subdesarrolladas muy grande la preocupación por obtener cambios en las relaciones con los países más poderosos. A finales de la década de los 50 y principios de la de los 60, como consecuencia del persistente deterioro de la relación de intercambio de 1954 a 1962, esos esfuerzos se renovaron y condujeron a la creación en 1964 de un organismo mundial dedicado a este problema: la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo (UNCTAD).

Como la UNCTAD se creó bajo la presión de los estados pobres, su propósito era el de solucionar el problema heredado de la colonización económica y sus armas para resolverlo eran la superioridad numérica, la coacción política y moral y la persuasión. Se esperaba que el uso conjunto de dichos medios les proporcionara el suficiente poder de negociación. En tal virtud, se efectuaron reuniones entre las naciones atrasadas para poder ofrecer un frente común a las adelantadas. En esta forma se llevó a cabo la primera conferencia en Ginebra, del 23 de marzo al 15 de junio de 1964, con el claro intento de tratar de acelerar la cooperación entre los países y solventar el problema del trato económico injusto.

La cuestión proviene de la dicotomía existente entre las naciones del orbe. Los estados de Europa Occidental, Estados Unidos y Canadá –con el 16.5% de la población mundial– controlan el 54% del ingreso y de ellos solamente EE. UU. –con el 6.4% de la población– monopolizan el tercio del ingreso.⁹⁰ Del otro lado, Asia, que representa el 50.2% de la población global, apenas disponía en 1966 del 13.7% del ingreso total.⁹¹

Esta discrepancia es todavía más profunda y se refiere, aparte de los valores concretos –aviones, automóviles, maquinaria, etc.– a dimensiones más abstractas del poder como son las esencias que implican, en última instancia, el factor de decisión: esto es, la distancia entre los países opulentos y pobres no sólo ha persistido, sino que aumenta año con año, obedeciendo teóricamente a leyes rigurosas y descarnadas que se llaman la capacidad de inversión, la potencialidad de utilización del capital humano, etc.

Viendo el problema a través de otras variables económicas, como la riqueza impresionante de los 3,800 dólares por habitante en los Estados Unidos en contraste con los 120 dólares *per cápita* de una cincuentena de pueblos subdesarrollados y que mientras los países industrializados

⁹⁰ El Día, abril 12 de 1968.

⁹¹ Ibid., febrero 25 de 1968.

agregaron, en lo que va de la década actual, 69 dólares anuales a sus ingresos por persona, los atrasados no consiguieron elevar sus bajos ingresos *per cápita* más que en dos dólares por año,⁹² la atrocidad de esas diferencias es un hecho angustioso.

A pesar de ello, cada año que pasa las potencias industriales comercian más entre sí y expolian más a las regiones subdesarrolladas a mayores precios, importando comparativamente y relativamente menos de estas últimas. Sin embargo, en las sociedades adelantadas la situación no es mejor: el dólar se tambalea frente a la actual crisis monetaria mundial y la economía opulenta produce “subproductos” trágicos como la guerra del Vietnam, o presupuestos inflacionarios que culminan en gastos colosales en la defensa, que a la vez impiden la redistribución equitativa del ingreso. Ejemplo de esto es que en los Estados Unidos 32 millones de personas, entre negros, mexicanoamericanos, puertorriqueños y blancos empobrecidos, viven en situación bastante precaria, presentándose entre ellos el hambre y la desnutrición. En la reservación de los Navajos, en los EE. UU., se registra un índice de mortalidad infantil de los más altos del mundo: 40.3 por mil; siete adultos de cada diez no saben leer.⁹³

Es extraño –pero explicativo– que los pueblos opulentos no se den cuenta de estos grandes problemas. Habría necesidad de poner en la mesa de su comedor un muerto por inanición, tal y como falleció –medio desnudo y sucio– para que entonces comprendan la gravedad del problema y presionen a sus gobiernos para la resolución de la pobreza mundial. Ellos cierran los ojos para que la verdad no se interponga en el disfrute de sus comodidades.

A pesar de lo anterior, en el actual decenio del desarrollo se siguieron beneficiando los países ricos, en detrimento de las naciones atrasadas; parece ser que la década para el desarrollo fue exclusivamente en provecho de los estados adelantados. Estos continúan con sus prácticas establecidas, anteponiendo innumerables condiciones para la transferencia de recursos financieros, convirtiéndola en una gestión que comienza fuera del país, pero termina retribuyéndoles ingresos adicionales por concepto de dividendos y exportaciones aseguradas.

Dentro de este contexto, los planteamientos de los estados en desarrollo dentro de la UNCTAD, en relación a la cooperación con los países ricos, se han referido principalmente al acceso de productos semi-manufacturados y manufacturados a los mercados de las naciones industriales; a la eliminación de impuestos internos, tarifas y trabas a la importación de los productos básicos que exporta la periferia; a los convenios de estabilización de precios de estos productos o mecanismos de compensación financiera; a un mayor grado de elaboración de los bienes primarios en los países subdesarrollados; a términos menos onerosos en el financiamiento

⁹² El Día, abril 12 de 1968 y octubre 29 de 1968.

⁹³ Elías Condal, Imagen estructural del gorila (México, 1968), p. 8.

externo; a mayores inversiones privadas extranjeras; a una mayor ayuda financiera y técnica apropiada.

En torno a esas cuestiones, los países de América Latina, África y Asia coincidían. Desgraciadamente, los delegados de los estados opulentos aunque reconocieron la necesidad del cambio, no estaban facultados para suscribir compromisos que afectaran sus intereses. De esta forma, la primera y la segunda confrontación entre ricos y pobres fueron estériles.

En vez de cumplirse la promesa formulada el año de 1964 en Ginebra de dedicar el 1% de su PNB a la ayuda del Tercer Mundo, el promedio ha descendido desde el 0.95% en aquel año (en 1962 era del 1.02%) al 0.88% en 1966.⁹⁴

En lugar de llevar a cabo las reformas del sistema monetario internacional susceptibles de fomentar la ayuda sin condiciones, cada día se “ata” más esta asistencia; la promesa de colaborar en la instauración de convenios internacionales de estabilización de los precios de los productos primarios no gozó del respaldo efectivo de los países industrializados.

La segunda conferencia de la UNCTAD, llevada a cabo en Nueva Delhi, India, en 1968, se caracterizó por discusiones agudas sobre puntos muchas veces sin importancia y por una serie de dificultades opuestas por los estados desarrollados. Esta reunión terminó con resultados desalentadores. En el tema central de las preferencias a acordar a las exportaciones de manufacturas de las naciones en vías de desarrollo, se lograron algunos resultados concretos, pero se vieron nulificados con las experiencias recientes. En efecto, Occidente ha dado a entender –a través de su actitud– que no se comprometió irremediablemente. En cuanto a la ayuda financiera, en la que los países industrializados se supone aceptaron dedicar el 1% de su PNB, en vez del 1% de su renta nacional, no se fijó una fecha límite, ni se mencionó el problema concreto que acarrearía su aplicación.

Estas conferencias que tanto significaban, que eran de vital importancia para tantos seres humanos, fracasaron, defraudando brutalmente muchas esperanzas. Fallaron porque no satisficieron las aspiraciones de los pueblos pobres. Entre las causas del fracaso se pueden citar:

- 1) La insuficiente voluntad política de los países desarrollados;
- 2) La falta de poder de decisión de los delegados;
- 3) La falta de agilidad de la maquinaria institucional de la UNCTAD;
- 4) La excesiva rigidez de las plataformas en cuestión de todas las naciones.

⁹⁴ *The Economist* para América Latina (enero 26 de 1968), p. 8.

Como es fácil darse cuenta, las causas principales son las dos primeras, pues es ahí donde reside la voluntad y el poder de llevar o no a cabo una cooperación eficaz y justa que solucione los problemas al Tercer Mundo.

La cooperación solicitada por los países en vías de desarrollo, de los cuales forma parte América Latina, no se obtendrá –y no sólo por el egoísmo impresionante, feroz y terrible de las sociedades adelantadas, sino porque éstas padecen, a nivel de riqueza, la enfermedad misma de las atrasadas: la desconfianza, sectores pobres, dentro de su sociedad opulenta, la crisis entre crecimiento económico y estratificación estructural. Las naciones ricas, cuando actúan en el marco de sus países respectivos, lo hacen sin consideración de las repercusiones que sus medidas correctoras de carácter económico tendrían para el resto del mundo; ejemplo de ello es el programa del ex presidente Lyndon B. Johnson para solucionar el déficit de la balanza de pagos de Estados Unidos puesto en marcha en 1968. Este estado es el primer exponente de esta actitud.

Ante estos hechos, América Latina debe sacar una conclusión esencial: que el mundo entra en una fase de crecientes tensiones económicas, políticas y sociales, o sea, una tirantez revolucionaria que es preciso entender y racionalizar. El progreso de los pueblos en vías de desarrollo no se va a lograr por la ayuda, la cooperación o el desprendimiento de las naciones industriales, sino por su propio esfuerzo. Esta es la verdad que es necesario entender.

La ayuda internacional y su signo

Para los hombres que se reunieron en Nueva Delhi, durante la segunda conferencia de la UNCTAD, no había ninguna duda de que la ayuda económica no resolvía ningún problema, al menos bajo las condiciones que hasta entonces se había otorgado, pues cuando no actúa como un factor de presión política, es un método para la subvención de las exportaciones de quien presta la ayuda. Los resultados concretos de esa reunión, en cuanto a la asistencia económica, fueron la falta de coordinación, entre sí, de las naciones que la conceden y la ausencia de arreglo, a su vez, de las que la reciben. Como es lógico, este fracaso de la conferencia en poder delimitar la ayuda dentro de ciertos preceptos, acarreó que se continuase con la práctica hasta entonces establecida de asistencia bilateral, sin coordinación de fuentes y necesidades, con sus claros efectos influenciadores en las economías receptores. Ello trae a la larga consecuencias benéficas a los países que prestan esta ayuda, como se podrá ver en lo subsecuente.

En efecto y repitiendo, la falta de organización entre los estados otorgantes determina que los convenios de ayuda sean, en la mayor parte de los casos, de carácter bilateral, por lo tanto con una clara tendencia a favorecerlos y a servir como un medio de presión económica y política. En tal virtud, la ayuda se convierte en una tienda de raya.

El empleo que se hace del término “ayuda” es indebido cuando en realidad se trata de préstamos concedidos a los países subdesarrollados. Es decir, se usa este vocablo con claros fines políticos, pues se ha pretendido presentar una operación de crédito común y corriente cuya característica es la obtención, de más beneficios con la caritativa etiqueta de ayuda: cuando los italianos hacen préstamos al 6.5% de interés, hablan de ayuda; cuando los japoneses pagan reparaciones, hablan de ayuda; cuando los Estados Unidos otorgan un crédito para que se le compren mercancías, hablan de ayuda; cuando los británicos pagan por que algunas colonias embarazosas se independicen, hablan de ayuda; cuando los franceses dan dinero a los países africanos para indemnizar a franceses, hablan de ayuda; cuando una compañía petrolera encuentra un yacimiento, habla de ayuda.⁹⁵ Todo esto es muy extraño; calificar a los préstamos, los créditos atados, las reparaciones, la inversión privada, etc., como ayuda es un error muy injusto, pero explicable.

La falta de coordinación, por el otro lado, de las naciones que reciben esta “ayuda”, hace posible que persista el uso indebido de este término y que la asistencia se oriente hacia casos particulares del desarrollo, o específicos que responden a intereses diferentes a los del crecimiento económico, cuando que el asunto debiera ser considerado en un contexto regional más amplio –ya que no hay sólo problemas aislados, sino cuestiones que remiten, casi siempre, a dilemas más extensos. El caso del Perú es explícito a este respecto: el banco estatal de desarrollo agrícola, apoyado financieramente por Estados Unidos a través de la ALPRO, otorgó desde 1957 a 1967 créditos por 350 millones de dólares a 26,000 grandes propietarios agrícolas, prestando a 230,000 pequeños agricultores apenas 115 millones de dólares.⁹⁶

Obvio es decir, por supuesto, que se está haciendo una globalización y simplificación del “toma y daca” de esta situación, pero las grandes líneas generales son muchas veces de ese temple; por lo tanto, se justifica la necesidad de la abstracción para estudiar el problema en su magnitud real.

Es conveniente pasar ahora a analizar a donde van a parar finalmente los recursos económicos canalizados a través de la asistencia internacional. La Administración para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos informó que el 9% de los 1,400 millones de dólares en mercancías financiadas con sus programas de ayuda en el año fiscal de 1967 fue adquirido en su país. América Latina fue considerada la segunda gran zona de compras. Más adelante, comentó que el alza, con respecto a los años anteriores, reflejaba los esfuerzos de esta dependencia norteamericana para neutralizar los posibles malos efectos de los programas de ayuda sobre la balanza de pagos: cerca de 1,350 millones de dólares en mercancías se adquirieron en

⁹⁵ “La crisis de la asistencia externa”, Comercio Exterior (agosto de 1968), pp. 643.45.

⁹⁶ *Ídem*.

Norteamérica, mientras que solamente 52 millones fueron gastados en productos fuera de este mercado. La mayoría de estos fueron envíos de emergencia a Vietnam.⁹⁷

Los esfuerzos de esta dependencia se tradujeron en 1968 en un gran beneficio para la balanza de pagos de Estados Unidos. En efecto, el administrador de la AID, Sr. William Gaud, reveló ante la Comisión Mixta Económica del Congreso de su país en enero de 1969 que en el transcurso de 1968 la asistencia económica de EE. UU. a las naciones en vía de desarrollo se había traducido en un beneficio aproximado de 175 millones de dólares para la balanza de pagos norteamericana.⁹⁸

Pero, ¿cómo es posible que el benefactor sea el principal beneficiario de la ayuda que se supone otorga? El caso es simple: los países que reciben este tipo de asistencia se comprometen a destinarla a compras en los Estados Unidos, con la agravante –según propias palabras del ex administrador de la AID⁹⁹– de que *“ciertos productos pagados con créditos de la Agencia pueden costar entre un 10% y un 40% más caros que con otros proveedores cuando llegan al mercado de un país particular”*.¹⁰⁰

Se prestan dólares, se cobran intereses y se obliga a invertir el empréstito en la compra de productos norteamericanos a un precio superior a lo normal, lo cual tiene repercusiones positivas para las exportaciones y la balanza de pagos del país acreedor. Para el deudor, tiene efectos similares a los que reciente el trabajador que se ve obligado a recurrir a la tienda de raya para adquirir sus subsistencias.

El negocio es redondo y los números no mienten. En 1968 las salidas directas en moneda estadounidense alcanzaron la cifra de 178 millones de dólares, del total de 1,914 millones de dólares con que se cubrieron los programas de ayuda económica. En este mismo lapso, por concepto de intereses y devolución de préstamos anteriores, las naciones subdesarrolladas pagaron 259 millones de dólares.¹⁰¹ El saldo favorable al país acreedor 50 fue de 81 millones de dólares. Agregados a los 94 millones de dólares que, según estimación del Sr. Gaud, constituyeron los beneficios por las compras obligadas y a precios no competitivos en el mercado norteamericano, que realizaron los países deudores, hacen el gran total de 175 millones de dólares que la asistencia externa aportó al fortalecimiento de la balanza de pagos de esa potencia.

Volviendo al caso concreto de Iberoamérica, se considera que de 1961 a 1968 la ayuda neta de los Estados Unidos a la región fue de 3,000 millones de dólares, o sea, una cifra anual que no

⁹⁷ El Día, mayo 21 de 1968.

⁹⁸ El Día, enero 15 de 1969.

⁹⁹ Ex administrador, pues renunció a su cargo el 14 de enero de 1969.

¹⁰⁰ El Día, enero 15 de 1969. El subrayado es del autor.

¹⁰¹ Ídem.

llega a los 430 millones de dólares.¹⁰² Gran parte de esta contribución, en realidad préstamos, América Latina la ha estado amortizando desde entonces.

En suma, a tenor de los datos del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, resulta que las naciones latinoamericanas amortizaron ya 2,000 millones de dólares del principal en 1968 y pagaron otros 734 millones por concepto de intereses. Ello hace posible que la asistencia neta procedente de los EE. UU. se estime sólo en 1,000 millones de dólares¹⁰³ –lo cual, repetimos, no es ayuda como la del tiempo del Plan Marshall, sino préstamos atados, con intereses, lo que en realidad no constituye ninguna colaboración sino un buen negocio. En suma, la “ayuda” externa a un país subdesarrollado se convierte en un préstamo circular, que pasa por el país deudor y regresa a la nación prestataria en forma de utilidades incrementadas.

Es claro que, bajo este contexto, existe una crisis de la asistencia internacional de efectos catalíticos para los pueblos subdesarrollados. Efectivamente, en 1967, el octavo año de la década del desarrollo, las naciones de bajos ingresos en su conjunto recibieron, en promedio, tres dólares *per cápita* de ayuda oficial externa. Como todos los años anteriores, 1967 se caracterizó por una distribución sumamente desigual, comprobando una vez más los móviles políticos que hay detrás de ella. Solamente ocho países atrasados obtuvieron en dicho año más de 10 dólares de asistencia económica por habitante. Estos fueron: Israel (48.10), Laos (23.50), Vietnam del Sur (22.20), Túnez (18.00), Chile (15.60), República Dominicana (14.40) y Argelia (14.30).¹⁰⁴

Los promedios para cuatro repúblicas latinoamericanas que aparecen junto con Chile y la República Dominicana, en las últimas estadísticas de la Organización para el Desarrollo (OCED), son los siguientes: Perú (5.00), Colombia (4.80), Brasil (2.90) y México (1.80). La aportación de la ayuda externa oficial neta al producto nacional bruto de los mismos cuatro países era, respectivamente, en 1968: 2.1%, 1.4%, 1.2% y 0.4%.¹⁰⁵

Si a ello se aúna el uso que se hizo de esta ayuda, o sea las compras que hicieron en el país acreedor de mercancías, el pago de intereses y los préstamos o donaciones de la ayuda militar, el resultado es profundamente desalentador. En el año de 1959, por ejemplo, la ayuda internacional se estableció en unos 4,000 millones de dólares, pero el Tercer Mundo gastó en armamentos alrededor de 19,000 millones de dólares.¹⁰⁶ Sobra decir que gran parte de la asistencia se dedicó a la compra de armamentos. El caso de Israel es explícito: la ayuda proporcionada por Estados Unidos en años recientes ha estado condicionada a la compra de material bélico en este país.

¹⁰² El Día, noviembre 4 de 1968.

¹⁰³ Ídem.

¹⁰⁴ Comercio Exterior (agosto de 1968), p. 644.

¹⁰⁵ Ídem.

¹⁰⁶ El Día, marzo 8 de 1969.

Esa duplicidad es la que asombra y en cierta medida estremece, ya que revela las crisis de las grandes economías industriales que no encuentran una alternativa creadora que resuelva su propio dilema interno de producir, explotar, donar y financiar hacia otros renglones.¹⁰⁷

Estos datos, esas aclaraciones, colocan a América Latina en la realidad. Hasta el momento la ayuda de las naciones ricas, especialmente de Estados Unidos, a la región se ha producida con parsimonia y al servicio de sus intereses económicos, o por motivaciones de simple dominio. En segundo lugar, mientras persistan las relaciones actuales entre países ricos y pobres (neocolonialismo), también persistirán las esferas de interés y esto hace imposible la asistencia coordinada (multilateral) que, de hecho, sería la única forma efectiva de ayuda. Y finalmente, la tendencia que se ha venido observando de la contribución militar augura un desplazamiento de la otra ayuda, o mejor dicho, de los créditos atados, con la caritativa etiqueta de “ayuda”.

Es imperioso que América Latina entienda, de una vez, que el crecimiento económico, en tanto que el aumento de las variables estadísticas anuales, puede significar también el incremento de las distancias entre los ricos y los pobres; y que, al contrario, es preciso luchar incansablemente por el desarrollo –que es el crecimiento económico, pero acompañado de reformas estructurales.

La ley de prioridades para Latinoamérica en el momento actual debe ser su propio destino, esto es, saber “lo que se es antes” y “lo que se quiere llegar a ser”. La verdadera dimensión revolucionaria real se entenderá cuando se exprese en términos propios. Desarrollo es cambio, cambio para lograr lo que queremos ser. Esa es nuestra ley de prioridades: ¿cuáles son los obstáculos a lo que queremos llegar a ser? Y ¿cómo podemos superar esos obstáculos con nuestros propios recursos? Nada vendrá como regalo y, de serlo, sería contrario a la ley de prioridades.

¹⁰⁷ Ejemplo de esta situación es el caso de la República Federal Alemana, cuando ha intentado comprar otra clase de mercancías que las bélicas, para poder subvencionar la presencia de las tropas estadounidenses en Alemania, EE. UU. ha insistido en que Bonn tenía que seguir comprando armamentos.

III: Condiciones Políticas Actuales

El panorama actual de América Latina está entrañablemente condicionado por fuerzas ajenas a la región. No se puede entender el fracaso de emerger del subdesarrollo si no se consideran las fuerzas políticas que coartan los esfuerzos para salir del subdesarrollo de los países de la región. Las políticas de Estados Unidos y las potencias europeas –en su lucha por mejorar sus intereses económicos, aumentar su seguridad nacional y proteger a sus productores domésticos– atentan contra la emancipación de América Latina. Las relaciones entre los países de América Latina y Estados Unidos están plagadas de rasgos semi-colonialistas y de falta de equidad y reciprocidad. Es necesario entender que América Latina no podrá tener independencia económica mientras no aumente su independencia política.

En este apartado vamos a examinar las siguientes interrogantes: ¿Qué tan independientes son las naciones de la región ante Estados Unidos?, ¿Cuál ha sido, es y cómo será la política de Estados Unidos hacia América Latina?, ¿Está destinada América latina a seguir sufriendo de los golpes de estado militares?, ¿Cuál es el verdadero costo de los gastos militares? Y ¿Cuáles son las perspectivas de un cambio revolucionador, evolutivo y pacífico en los países latinoamericanos que les permita el crecimiento auto-sostenido?

El neocolonialismo

El panorama actual de América Latina está íntimamente influenciado por las fuerzas exteriores. Se han señalado en el curso de este trabajo las características básicas de los problemas a la emancipación latinoamericana. Se pasará ahora a analizar los aspectos políticos que inciden desfavorablemente en la región.

Los países de América Latina son naciones periféricas que se mueven en medio de las tensiones mundiales provocadas por los dos grandes bloques económicos, militares y políticos que dominan la situación internacional. El centro del bloque al cual pertenece América Latina, con la excepción de Cuba, son los Estados Unidos.

La dominación que ejerce Estados Unidos en Latinoamérica es en esencia la de que las naciones de la región son en teoría independientes, con toda la gala externa de países soberanos, siendo en realidad estas economías y sus políticas, dirigidas en buena medida desde la metrópoli norteamericana. Cuando un régimen no es del agrado de Estados Unidos, promueven su caída por otro más afín a sus intereses.

Los métodos y la forma de esta dominación se le suele llamar “neocolonialismo”. Estos procedimientos pueden adoptar diversas maneras. Por ejemplo, si un régimen no es favorable a los intereses del centro, donde reside el poder colonial, se cambia por otro, ya sea provocando y financiando un golpe de estado a través de sus aliados, los militares, o en el caso extremo, las tropas del poder imperialista pueden ocupar el territorio del estado neocolonial y controlar su gobierno. Sin embargo, es más frecuente que el manejo neocolonialista sea ejercido mediante medidas económicas o monetarias. Ya se ha visto que las naciones de América Latina están presionadas a comprar los productos manufacturados de los Estados Unidos, en virtud a la implícita prohibición de importar de otros mercados.

El neocolonialismo significa, por una parte, poder sin responsabilidad para el país que lo practica y por la otra, para quienes lo sufren, explotación sin resarcimiento.¹⁰⁸ El neocolonialismo engendra subproductos trágicos en los estados que no son dueños de sus destinos, como las guerras limitadas y el hambre. Estos son los factores que hacen de este sistema una seria amenaza contra la paz mundial.

La multiplicación de las armas nucleares en los dos bloques ha formado la certeza de una eventual destrucción total, previniendo una conflagración atómica; por lo tanto, los conflictos militares se han reducido a pequeñas guerras localizadas o de escalada. Estas hostilidades de

¹⁰⁸ Ver de Kwame Nkrumah, Neocolonialismo, la última etapa del imperialismo (México, 1966).

carácter limitado tienen por objeto el de establecer en un país pobre el régimen neocolonialista y el de permitir una aceleración económica en la nación colonialista.

La confrontación dialéctica de los bloques capitalista y socialista también ha hecho que cada uno de ellos trate de convencer a los pueblos que sus sistemas son los más eficaces para lograr el bienestar social. Los Estados Unidos trataron recientemente de poner en marcha una política de acercamiento con América Latina, pero dado que el objetivo económico del neocolonialismo norteamericano es obtener mayores beneficios sin complicaciones, los estándares de vida de los latinoamericanos siguen bajos y probablemente continúen bajos en el futuro inmediato. Sólo cuando se comprende esta contradicción puede explicarse el limitado impacto de la Alianza para el Progreso y los programas de ayuda.

En Iberoamérica se está viviendo el fracaso de las economías de mercado, porque aparte de ser mala caricatura de las economías de los países industrializados, acentúan el falseamiento de una verdadera jerarquización de las necesidades. Estas no han sido estudiadas ni entendidas como un orden de prioridades, sino, como ya se explicó, como unas carencias que se mantienen o se multiplican en el propio atraso o en función del beneficio más rápido.

Los problemas del neocolonialismo vienen desde el fondo de la sociedad industrial. Están en el engranaje mismo de la sociedad de consumo, en el planeta de la publicidad, en la enajenación del hombre noble y limpio, en el desmembramiento y absorción progresiva de la libertad y la crítica por el auto movimiento de los fenómenos engendrados por la tecno-estructura de la producción y el consumo.

La cuestión viene de fuera de la región latinoamericana; se implanta y se autoalimenta en estos países. Su continuación está en la medida del poder de unión de estas naciones para exigir el inaplazable trato justo. La integración latinoamericana permitiría el funcionamiento de una verdadera economía de mercado en función de sus necesidades y recursos, pues no solamente se ampliaría el mercado, sino se negociarían mejores términos de intercambio con los países ricos.

Hasta ahora las colonias latinoamericanas son una de las fuentes de riqueza de los Estados Unidos, que sirven para mitigar los conflictos de clase dentro de la sociedad norteamericana. Por lo tanto, su cese implicaría una serie de modificaciones del ordenamiento estructural de la economía estadounidense y un leve descenso en el nivel de vida de este pueblo. Esta significación es la que presiona a la vigencia implacable del neocolonialismo.

Los países latinoamericanos se convierten en esta forma en receptores de tecnología inadecuada, productos caros, formas de organización productiva ineficaces, capitales prestados a títulos leoninos, etc. El éxito de esta política norteamericana se comprueba ante el aumento paulatino e incesante de la pobreza latinoamericana y la riqueza estadounidense.

El neocolonialismo en Iberoamérica es una realidad, aunque cambien las formas, los métodos o sus aliados. Es tangible que Estados Unidos mantiene un control indirecto en ciertos países latinoamericanos y en otros directos, por lo que se hace imperante en las circunstancias actuales de penuria de liberarse de ese yugo.

Las formas de liberación están dadas por varias medidas expuestas a lo largo de este trabajo, son medidas basadas en desafíos comunes de los países latinoamericanos y acciones de sentido común. Políticas económicas de fortalecimiento de los mercados internos enmarcadas en un contexto creciente de integración regional. Claro, antes de poder llevarlas a la práctica es necesario analizar la estructuración de la política del gobierno de los Estados Unidos, como una serie de actos tendientes a encadenar las naciones latinoamericanas a sus intereses para la consecución de un fin determinado: mayores beneficios. Los problemas de la dominación plantean a América Latina graves responsabilidades y, ante todo, un entendimiento global de la crisis. La necesidad de cambiar la práctica hasta ahora seguida –de reforzar la superficie y no el fondo– es imperante, pues significa, un dilema que se desarrolla, por entero, ante la existencia latinoamericana.

La política de los Estados Unidos de Norteamérica

La política económica de los Estados Unidos hacia sus vecinos del Sur no ha sido nunca determinada por cuestiones de altruismo o de generosidad y corrección de errores, sino que ha seguido las oscilaciones de la situación mundial y ha sido guiada por sus intereses internos y externos. Ha sido, pues, una sucesión de virajes, con esa básica orientación: las necesidades del imperio.

Después de la Independencia de los Estados Unidos y puestas y ejecutadas las bases de su expansión territorial, esa política tomó la conocida forma monroísta del “destino manifiesto”, pasó a ser luego la diplomacia económica “del dólar” y se consolidó con la del *big stick*. El gran garrote, representación gráfica de una política de fuerza, apenas disimulada con promesas y sonrisas, no ha dejado de ser en la práctica el argumento supremo, la: carta del triunfo siempre a la mano para cuando parecen agotarse los otros recursos en el juego, a todas luces ingenuo, de ayuda mutua y generosidad ilimitada.

La buena vecindad y el justo trato ocurrieron cuando la II Guerra Mundial obligó a los países concursantes a asegurarse las fuentes de materias primas, pero estas relaciones se transformaron en lánguidas formas de cooperación durante la posguerra, en un retorno a las actitudes tradicionales: se había extinguido la urgencia de un sólido apoyo militar, diplomático y político.

Más tarde, la convulsión cubana, con sus incuestionables efectos catalíticos, replanteó la necesidad de una reparación de las relaciones panamericanas: las condiciones generales de

violencia y la tentación imitativa eran muy grandes y había que salirles al paso con fórmulas menos catastróficas para los intereses norteamericanos.

La revolución cubana removió la dictadura de Fulgencio Batista a principios de 1959, representado un hito en la historia de América al ser el primer movimiento revolucionario exitoso de varios que sucedieron en diversos países del continente. Con la llegada al poder de Fidel Castro, se estableció un férreo control sobre el país, violando algunos derechos básicos como la libertad de expresión. Se introducen los juicios revolucionarios dirigido contra los opositores del régimen y los allegados al régimen de Batista mediante los cuales 550 fueron fusilados. Se inicia el proceso de expropiaciones, nacionalizaciones y confiscación de bienes mal habidos, afectando las propiedades de la clase alta y de empresas extranjeras, en especial estadounidenses.

En respuesta, Estados Unidos, junto con sus aliados occidentales, inicia un duro embargo económico a la isla. En 1960 Estados Unidos rompe relaciones económicas con Cuba y en 1961 corta las relaciones diplomáticas. El gobierno de John F. Kennedy, temiendo la propagación de la revolución cubana en América Latina¹⁰⁹, implanta una política en pro de la defensa del “capitalismo democrático”, llamada “doctrina de la seguridad nacional”: un conjunto de planes estratégicos para mantener a los países latinoamericanos dentro de la esfera de influencia de Estados Unidos.

Entonces la Alianza para el Progreso irrumpe espectacularmente en el escenario continental, con una “carnada” de 2 mil millones de dólares anuales de ayuda, pero, desgraciadamente plagada de contradicciones. A través de la ALPRO se instrumentaron una serie de medidas como la reforma agraria y de vivienda, que infantilmente suponían conducirían a cambios políticos e institucionales. Esa visión mecanicista fracasó y, por el contrario, la ALPRO fortaleció a la derecha latinoamericana, fomentando las dictaduras militares. La ALPRO demostró el fracaso que significa tratar de imponer soluciones externas a los problemas domésticos. Su visión no diferenciaba, por ejemplo, los movimientos marxistas de los nacionalistas, ocasionando desacuerdos y contradicciones con las clases políticas de la región.

La ayuda indirecta, en forma de inversiones privadas y de créditos para cubrir el déficit de la balanza de pagos de América Latina, sería complementada con generosos préstamos bilaterales para financiar ciertos programas de desarrollo. Pero ya el primer año, los Estados Unidos aportaron poco menos de la mitad de la suma solemnemente prometida, para en los años subsecuentes ir disminuyendo esta cantidad, hasta el total fracaso de la Alianza.

¹⁰⁹ Este temor se basaba en la teoría denominada “del foco”, que consistía en que con el establecimiento de un centro guerrillero se prendería la luz revolucionaria en el resto de la región.

Entre 1962 y 1967, los EE.UU. proporcionó 1.4 mil millones dólares por año a los países de América Latina, reduciéndose drásticamente cuando llega Richard Nixon a la Casa Blanca en 1969. Pero dicha cifra no era una transferencia neta de recursos para el desarrollo, pues los países latinoamericanos todavía tenían que pagar su deuda a los EE.UU. y otros países del primer mundo. De tal manera, la transferencia neta fue muy reducida.

Paralelo a la disminución del esfuerzo en el área económica y viendo los pobres resultados políticos, los Estados Unidos empezaron a darle más importancia al aspecto bélico de su política de seguridad nacional. El cambio de énfasis de la solución económica-pacífica a la militar-intervencionista se fortalece con el asesinato de John F. Kennedy en 1963. Dentro de los factores que contribuyeron a la radicalización de la postura de los Estados Unidos, se pueden citar los siguientes:

- 1) la invasión de Bahía de Cochinos;¹¹⁰
- 2) la dramática “Crisis de los misiles de 1962” que llevó a la humanidad al borde de una guerra atómica;
- 3) la promoción de la subversión en América Latina y el apoyo a los grupos guerrilleros por parte de Cuba;
- 4) el nacimiento en Uruguay del popular grupo guerrillero; “Movimiento de Liberación Nacional”, mejor conocidos como “Tupamaros”;
- 5) la participación americana en la guerra de Vietnam;
- 6) la intervención armada en la República Dominicana ante el movimiento constitucionalista de los rebeldes que pretendía restaurar al presidente constitucionalmente electo Juan Bosch depuesto por un golpe militar;
- 7) la significación de la guerrilla boliviana del Che Guevara.

Es significativo el funcionamiento del Mando Sur (“*USSOUTHCOM*”, como se le denomina en la jerga del Pentágono). Ese cuartel instalado en el centro geográfico del continente, en la Zona del Canal de Panamá, podía decidir en cualquier momento lo que le convenía a alguna de las repúblicas en donde estaban instaladas las 43 misiones militares dependientes del “*USSOUTHCOM*”. En el caso de un ataque por grupos no amistosos a EE.UU., del cuartel del

¹¹⁰ La invasión de Bahía de Cochinos, también conocida como la Batalla de Girón, fue una intervención militar en abril de 1961 por tropas de cubanos en el exilio, entrenados y financiados por la CIA de los Estados Unidos. Pretendían tomar una cabeza de playa, formar un gobierno provisional y buscar el reconocimiento internacional. La acción fue aplastada en menos de 72 horas por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) de Cuba.

Mando Sur partirían las órdenes a casi todos los confines de la América Latina,¹¹¹ como fue el lance de las guerrillas en Bolivia, las cuales fueron combatidas por fuerzas entrenadas por los especialistas egresados de este centro director establecido.

Las revelaciones sobre el Mando Sur confirmaron que los Estados Unidos trataron de contener o destruir los cambios y las revoluciones populares en América Latina, lo preocupante en el decenio de los 60, fue paulatina pero incesante penetración militar en las naciones de la región. En efecto, el poderío de Estados Unidos es inmenso. Cuenta con poco menos de 450 bases militares en el mundo,¹¹² y un millón y medio de fuerzas y servicios militares estacionados en los cinco continentes o patrullando los océanos, mares y aires de la tierra;¹¹³ alrededor de 50 naciones tienen tratados globales o bilaterales con EE. UU. Estos hechos y la vasta red, de unos acuerdos mundiales sobrepasan cualquier tipo actual de poder humano y en base al conocimiento propio, los Estados Unidos presionan a los pueblos en favor de sus intereses esto es, la connotación y el sentido de la superpotencia sin la capacidad de resolución auténtica. Los hechos lo demuestran: desde 1965 el proceso de tensión latinoamericana se ha ido incrementando, mientras que en el Vietnam se ha tenido que ir a la mesa de negociaciones de París y a la crisis en la nación.

Las bases militares de Estados Unidos en Europa no representan ya un modelo racional para la seguridad de los intereses norteamericanos. Su estructura y condicionamiento se plantearon en la época del inicio de la Guerra Fría y hoy no son otra cosa que el esqueleto desequilibrado y equívoco de una fase pasada de la lucha por el reconocimiento y mantenimiento del statu quo. En el caso de Europa nadie duda que ese estado de cosas es invariable y que el Medio Oriente y Asia han pasado a ser los centros neurálgicos del orbe.

En virtud de ello, se han mantenido dos situaciones igualmente peligrosas: a la pasión lógica del sentimiento anti yanqui y a la prepotencia diplomática del “pentagonismo”.¹¹⁴ Por un lado, el sentimiento antiamericano no tiene cabida en las relaciones entre los países de la región y Estados Unidos. Esas se conducen como manifestación de las fuerzas relativas de los países participantes. Estados Unidos tiene más fuerza económica y militar que cualquier país latinoamericano y que todos los países juntos. Por el otro, el pentagonismo se establece por la vía de las bases militares, en virtud de las cláusulas secretas de los Tratados, con el riesgo de generar una política norteamericana independiente y autónoma del Departamento de Estado y del Presidente de los Estados Unidos. Es de temerse que el sentimiento antiamericano genere a que el pentágono imponga sus propios criterios por encima de la esfera política.

¹¹¹ México está expresamente excluido de las famosas 43 misiones militares, junto con Cuba y Haití.

¹¹² El Día, marzo 16 de 1969.

¹¹³ El Día, diciembre 27 de 1968.

¹¹⁴ Véase de Juan Bosch, El pentagonismo, sustituto del imperialismo (México, 1968).

Dentro de este contexto irracional, explosivo y de clara y estrecha vinculación de las economías de América Latina al poder de la nación más desarrollada de la tierra, las perspectivas de la política de Estados Unidos no son halagüeñas. Primero, tómese en cuenta la declaración del Sr. Barry Goldwater, durante su gira por el Sur del continente americano. El derrotado candidato republicano en las elecciones norteamericanas de 1964 sugirió la conveniencia de que Latinoamérica constituyera una alianza total con los Estados Unidos y desistiera de formar parte del llamado Tercer Mundo. Goldwater dijo que las repúblicas iberoamericanas deberían encarar con buena voluntad el establecimiento de una asociación total con su país, porque ellos constituirían hasta fines de este siglo la única fuerza dominante en el mundo.¹¹⁵

Se le pide abandonar a América Latina la idea de ser parte del Tercer Mundo como si tuviera algún interés especial en pertenecer a él, como si el subdesarrollo económico, la miseria, el hambre, la ignorancia y la insalubridad que identifican a los países latinoamericanos con este mundo de “abajo” fueran simples prendas de vestir y se desecharen a voluntad del consumidor. El Tercer Mundo ya existe y lo han perpetuado las potencias ahora industriales y con “alianzas”, o sin ellas, se hacen todavía esfuerzos inauditos para que nadie salga de él.

Las declaraciones del senador Goldwater fueron hechas, naturalmente, a título personal. Pero conviene recordar que él representa a una corriente de opinión ultraconservadora en el seno del Partido Republicano que es digna de tomarse en cuenta y que puede influir decisivamente en la política futura de Estados Unidos.

En segundo lugar hay que considerar las justificaciones del Pentágono y de otros grupos gubernamentales norteamericanos en relación a las intervenciones militares en los países latinoamericanos. Las peroratas castrenses se basan entre otras razones a la posible subversión comunista, perpetrada por el apéndice del comunismo en América Latina, o sea Cuba. Estados Unidos aseguran que defenderán a todos aquellos países amantes de la paz y la libertad. Sin embargo, cuando algún gobierno de Iberoamérica trata de llevar a cabo reformas positivas dentro de su respectivo país y afecta intereses norteamericanos, no tardan en calificarlo de régimen comunista y financian un golpe de estado con ayuda de sus aliados, los militares, o efectúan una acción armada directa.

Puede existir, en el análisis anterior, una radicalización en los términos, pero el problema esencial de una política a nivel de superpotencia permanece. No es fútil ni innecesario denunciar unos hechos que invocan por un lado a su desaparición y por otro, a la unión de América Latina. De continuar con las tendencias de los años 60, el avance del cesarismo militar en Latinoamérica será, quizás, incontenible. De aquí se sigue que la necesidad del cambio en las políticas y estructuras latinoamericanas sea impostergable. Estados Unidos no va a entender nada hasta

¹¹⁵ El Día, noviembre 20 de 1968.

que no se le dirija a esta verdad: la época de los imperios todopoderosos está liquidada y pretender revivirla sólo traerá mayores problemas y exacerbará el resentimiento de los pueblos, cuyos propósitos de vivir en paz, con pleno respeto a sus derechos, no permitirá por una eternidad que ninguna nación, por poderosa que sea, los impida y los anule.

Las dictaduras y el absurdo

En América Latina, entre 1962 y 1968, once gobiernos legalmente constituidos han sido derribados por golpes de estado militares. Las declaraciones “revolucionarias” de los golpistas, tanto en Brasil y Perú como en la República Argentina, son similares; algunos atacan a los regímenes anteriores de incapaces para solucionar los problemas de la economía y otros los califican de gobiernos vendidos al comunismo. Empero, la mayoría obedecen a dos factores principales: los intereses de los Estados Unidos, estructuras institucionales débiles y la desarticulación de la economía interna. De esta manera los golpes de estado pasan a ser el círculo concéntrico de la ley del más fuerte, en una sociedad que no busca soluciones profundas, sino de respeto a las áreas del poder.

El vínculo que ha unido a los EE. UU. con los militares latinoamericanos ha sido que a ojos de los norteamericanos el sector o grupo que parece más coherente a sus intereses, en la sociedad marginalizada iberoamericana, ha sido el ejército.

A nadie escapa el hecho de que uno de los obstáculos a la superación del atraso latinoamericano son las dictaduras militares. En efecto, son los militares quienes principalmente están en contra de los principios de crecimiento económico, justicia social y libertad humana. Desde este punto de vista, no existe diferencia alguna entre la dictadura y el absurdo. Ambos términos podrían combinarse para expresar un solo concepto: el disparate económico y social. La dictadura militar latinoamericana es un régimen político que se caracteriza por la absorción de todos los poderes por una persona, grupo o minoría y por el establecimiento del despotismo en sus diversas formas, contra la voluntad del pueblo gobernado.

Claro, ha habido y hay dictaduras de militares con tendencias nacionalistas, como fue el caso de Perón en Argentina y del Presidente del Perú, General Juan Velasco Alvarado. Sin embargo, ello no quiere decir que las grandes líneas generales no manifiestan esas características.

En la interesante década de los 60, la situación de los pueblos bajo las dictaduras militares se hace insostenible. Los grupos de derecha, insatisfechos del golpe de fuerza dado, quieren más y más, acentuando así el espíritu intervencionista de las facciones ultra, como fue el caso del Brasil.

Las dictaduras militares no resuelven ningún problema, sino que los agudizan, como ha demostrado dramáticamente la experiencia en los últimos años. A los temas sociales y políticos artificialmente congelados ha venido a sumarse algo más serio: la crisis con la Iglesia, crisis que

ha deparado ya la confrontación entre algunos sacerdotes con el gobierno. Este hecho es revelador de la pésima situación de la región, pues las clases oligárquicas y monopolísticas estaban habituadas, por una larga e infortunada tradición de complacencia recíproca, a considerar la religión y sus autoridades como un factor más del poder temporal, del poder establecido, del poder absoluto y del “Derecho Divino”. Este cambio es incitador y tremendo, pues no hay duda de la gran influencia de la fe en América Latina, cuya población constituye el mayor grupo de católicos en el mundo.

Volviendo al absurdo de los dictadores militares, tomemos el caso de Brasil, que llama la atención pues el General Costa e Silva, militar incondicional de los Estados Unidos, se proclamó el “Jefe Supremo de Brasil por derecho y de hecho” y luego agregó “no consentiré nunca que se me prive de esa prerrogativa”.¹¹⁶ Este señor busca exclusivamente su beneficio, a través del poder. Sus limitaciones mentales lo llevan a hacer esas declaraciones que corresponden, por su jerga, a la época medioeval. Es ilógico pensar que gentes así puedan existir en el siglo XX, empero estas personas no van de acuerdo a la lógica, se mueven por impulsos y por bajos sentimientos.

Otro aspecto grave de la situación brasileña es la actuación de los Estados Unidos o, por lo menos, de sus estructuras diplomáticas y de “inteligencia”. Exigen más apoyo a su política internacional, propugnan planes de penetración ideológica en las universidades, etc. Todo el mundo está hoy de acuerdo en que el golpe militar del Brasil contó con el favor tácito de la embajada de Estados Unidos, aunque es justo reconocer que la incapacidad de Goulart y de otros gobernantes pseudo-democráticos facilitó las cosas.

En el conjunto latinoamericano (con sus claras excepciones, México, Costa Rica y Chile a la cabeza) el problema de las dictaduras se agrava, pues aparte de lo ya dicho, tampoco los Estados Unidos tienen y quieren –al menos así parece– una política de alternativa. La asistencia económica no contribuye a aligerar la carga de la mayoría de la población porque, en situaciones críticas, esa ayuda desaparece y se drena por numerosos canales. Algunos estudiosos de la materia han notado que la ayuda económica va de la mano de las prácticas antidemocráticas.

Los diplomáticos estadounidenses, ante las acusaciones de debilidad a los dictadores por la ultra derecha, pierden aparentemente el hilo del asunto y se ven forzados a transigir con los nuevos y cada vez más fuertes pretorianos quienes –a su vez– fuerzan al jefe de estado a nuevas leyes de excepción que, como es lógico, tampoco resuelven nada y, en cambio, sí empeoran las condiciones.

Lo esencial de la dictadura militar no reside en el grado militar, aun cuando de allí derivan sus características y su incapacidad. La esencia reside en el entreguismo integral a los intereses foráneos, a los planes de la metrópoli y a su obediencia ciega no a las leyes de su patria, ni

¹¹⁶ Declaración hecha en Río de Janeiro, diciembre 16 de 1968. Citado en El Día, diciembre 17 de 1968.

aunque sean normas militares, sino a las órdenes impartidas desde fuera y, en muchos casos –tal es el rodaje consubstancial– ni siquiera dictadas en forma expresa sino presupuestas. El dictador, frente a sus amos, es más papista que el papa. A esas adivinaciones corresponden los excesos de servilismo que algunas veces, por escandalosos, disgustan a los jefes.

En la dictadura de carácter militar se persigue a la inteligencia y a la cultura. Se presentan subproductos como el envío del ejército brasileño a la República Dominicana para que junto al de Estados Unidos se detenga la evolución socioeconómica de esa nación, mientras se convive con la dominación chorreante de sangre de “Papá Doc”, el rey de los “tonton macoutes”, que es “occidental y cristiano”.

Los militares latinoamericanos no hacen otra cosa que seguir la curva dialéctica de las dictaduras sin ideología propia, nacidas sólo por la presión de los sectores oligárquicos, para los cuales la única plataforma socioeconómica y política es la conservación de sus privilegios –cosa, por supuesto, infinitamente insuficiente.

Dentro de este contexto político, América Latina necesita sacudirse a estos “pseudo-gobernantes”, mediante una unión progresiva y constante de sus naciones y de sus idearios. Esto permitirá, en forma dialéctica, aumentar los valores que, en última instancia, determinan el poder de confrontación política, para liberar el crecimiento económico de la dependencia externa y obtener las máximas ventajas que deparan las coyunturas históricas que en los años 60 se están presentando o gestando.

El bloque socialista

Ya se había indicado anteriormente que la eventualidad de aumentar las relaciones económicas con los países del bloque socialista era de tipo político y que por ello se analizaría esa perspectiva de liberalizar la actividad económica externa en el presente apartado.

Efectivamente, a nadie escapa que las tensiones políticas en el continente americano determinan, por un lado, las relaciones de carácter económico débiles con las naciones contrarias a la ideología de la metrópoli estadounidense y, por el otro lado, acusan un severo control de Estados Unidos en materia de política externa de la región.

Pero a pesar de ello, el equilibrio nuclear, que ha hecho de la guerra directa una forma no viable de política exterior, ha presentado una ocasión de la que los países del llamado Tercer Mundo se deberían de aprovechar: las formas de confrontación entre los bloques, particularmente la de la lucha ideológica, en torno al desarrollo económico. En otras palabras, cada uno de los grupos trata de mostrar al mundo que el desarrollo sólo se puede lograr por la vía capitalista, o que tiene que hacerse por la vía socialista. Ha adquirido interés para las potencias dominantes – incluso teniendo conciencia de que se corren ciertos riesgos– ensayar fórmulas que permitan

llevar a cabo un crecimiento económico más acelerado y más satisfactorio, sin una ruptura básica del sistema político imperante.

Claro que en el caso de los Estados Unidos, la sociedad a nivel de la opulencia, sus intentos por mejorar las condiciones de sus vasallos, aunque de gran impacto al principio, se van debilitando en forma continua hasta extinguirse. Por ello no es viable mantener las relaciones comerciales inalterables con ese país.

El proceso de equilibrio de los bloques ha presentado –repetimos– una oportunidad no sólo para el deshielo interno en cada sistema, sino también la posibilidad de incrementar y variar las relaciones entre los países a escala mundial. De tal manera, las repúblicas latinoamericanas, antes afiliadas directa y exclusivamente a su potencia hegemónica, deben asir las alternativas que se les presentan para diversificar sus contactos con el exterior, obtener mayor intercambio comercial y créditos, consulta y asesoría técnica, discusión ideológica e intercambio de estudiantes y profesores y coordinar investigaciones y proyectos específicos, con los miembros del campo socialista.

Parece ser que la segunda conferencia de la UNCTAD marcó una nueva etapa en el comercio del Tercer Mundo con los países socialistas. En efecto, los estados participantes aceptaron unánimemente la conveniencia de que los países en desarrollo ampliaran sus intercambios comerciales con las naciones socialistas.¹¹⁷ Así, meses después, México mandó a su Secretario de Relaciones Exteriores a la URSS a renovar los lazos económicos entre los dos países. Otras repúblicas de la zona, como Ecuador y Perú, han firmado acuerdos comerciales, principalmente con la Unión Soviética.

Las naciones socialistas representan una alternativa con respecto al mercado norteamericano y al europeo. El mercado socialista es vastísimo para los productos latinoamericanos tradicionales y semi-manufacturados. Desafortunadamente, esta oportunidad no afectó en forma sustancial ni el volumen ni la distribución del flujo comercial de 1960 a 1966. Si se incluye a Cuba, la proporción de las exportaciones a los países del bloque socialista aumentó en el período considerado del 3.6% al 8.3%; al excluir a Cuba, las cifras pasaron del 1.9% al 3.7%.¹¹⁸ Al considerar las diferencias entre las naciones de la región, se ve que de hecho el 80% de dichas exportaciones entre 1964 y 1966 (excluyendo a Cuba) procedieron de dos países –Argentina y Brasil. El resto de las naciones se repartieron el 20% sobrante, destacándose Colombia, México, Perú y Uruguay.¹¹⁹

¹¹⁷ UNCTAD, “Resoluciones del II Período de Sesiones, Nueva Delhi, febrero-marzo de 1968”, Suplemento de Comercio Exterior (mayo de 1968), pp. 1416. Véase la Resolución 15 (II).

¹¹⁸ *The Economist* para América Latina (mayo 15 de 1968), p. 44.

¹¹⁹ Ídem.

La porción que corresponde a América Latina del total del intercambio socialista con todos los estados del Tercer Mundo es del 10% al 12%, porcentajes relativamente reducidos, si se toma en cuenta que hay varios países subdesarrollados de otras regiones que no comercian en lo absoluto con estas naciones.

Las exportaciones de la mayor parte de los estados socialistas europeos a la zona se componen principalmente de productos manufacturados de consumo. Si se considera la naturaleza y tasa de crecimiento de su desarrollo económico, los países de Europa Oriental ofrecen un importante mercado potencial para comestibles y otros productos primarios.

Más del 90% del comercio de la URSS a las naciones en desarrollo se realiza mediante acuerdos comerciales bilaterales. Estos arreglos a diferencia de los que se pactan con Estados Unidos, suelen –además de incluir la cláusula de “la nación más favorecida”– añadir estipulaciones que respetan las disimilitudes entre las naciones contratantes en un plano de igualdad, permitiendo a una y a otra de las partes establecer un balance aproximado de las necesidades de importación y de las posibilidades de exportación, al tiempo que se consideran los compromisos de créditos, los plazos de pagos y la situación de la balanza de pagos en general. Hay que reconocer que detrás de estos ventajosos términos esta la motivación política de extender el comunismo en los países de la región.

Pese a las aparentes ventajas de estos acuerdos bilaterales con los países del bloque socialista en relación a los celebrados con otras potencias, también –aparte de inhibir la expansión global del comercio– imponen restricciones de tipo geográfico y limitan de hecho los productos que las naciones atrasadas pueden adquirir. Además, si bien los arreglos bilaterales han abierto nuevos mercados para la colocación de los excedentes de América Latina, no ofrecen las garantías necesarias para que estas operaciones se repitan de un modo sistemático y provechoso en el futuro.

Es necesario para evitar las consecuencias desfavorables de los acuerdos bilaterales que los organismos integradores latinoamericanos concreten tratados comerciales con el COMECON, considerando: a) la división del trabajo latinoamericano presente y futura, b) la eventualidad de ampliar las comunicaciones entre los países socialistas y América Latina y c) otras medidas tendientes al conocimiento real de ese mercado y las probabilidades en potencia de las naciones iberoamericanas.

Las perspectivas del comercio con los países del campo socialista, en el momento actual, no pasan de ser muy reducidas. En cambio, si se consideran las reformas internas hacia la unión regional, la eventualidad de este comercio aumenta. La importancia de la diversificación de los mercados exteriores para atenuar la dependencia y vulnerabilidad económica y política es muy

grande. Al iniciar el comercio de alternativa, las tensiones políticas se reducirían en sus efectos prácticos dentro de las estructuras económicas de la zona.

El afán de la conquista de otros mercados, básico para la consolidación de posiciones económicas frente a otros países competidores y el enfrentamiento de los dos bloques mundiales en el comercio, la política, la economía, la tecnología, la cultura y el deporte, constituyen un verdadero dualismo de proyecciones planetarias. Las contradicciones de los bloques en dichos campos dan lugar a la lucha por conseguir el apoyo de los países en vías de desarrollo. Por supuesto, también se busca, en un contexto más amplio, el control indirecto y directo de estos países.

El dilema está al día: la necesidad económica y política de buscar otros mercados se hace imperante. Las concesiones de los países del bloque socialista conllevan el deseo de extender su ideología marxista a la región. Es por ello importante, buscar un equilibrio entre los intereses y ambiciones de ambos bloques. Las consecuencias económicas y políticas del incremento comercial con los estados socialistas serán mejores cuando se impulse la integración económica de la región.

La irracionalidad y la anti-producción

A falta de palabras y medios racionales para el convencimiento favorable, siempre existe la guerra o la presión de carácter bélico. El problema del rearme constituye hoy uno de los mejores ejemplos de la estupidez humana y del despilfarro de recursos para la “anti-producción”. Se asegura que un día Paul Valery, interrogado sobre el portento de su obra literaria y su significación final, respondió así: *“No he querido hacer otra cosa que un divorcio”*. “¿Cómo?” le preguntó extrañado un buen burgués. *“¡Sí!, el divorcio entre la poesía y la estupidez. Pero no lo he conseguido”*.

El problema en otra dimensión continúa –sólo que a la estupidez se une la barbarie humana. Se considera que los gastos militares anuales del mundo consumen más del 7% del producto mundial bruto. En 1962, estos gastos fueron de 120,000 millones de dólares, llegando a ser en 1968 alrededor de 182,000 millones de dólares.¹²⁰ Si se tiene en cuenta que el PNB de la República Federal Alemana fue de 130,000 millones de dólares en 1968, se puede obtener una idea somera, pero válida, para medir la significación de este tremendo desperdicio mundial.

Para formarse una idea más clara sobre este impresionante hecho, considérese que entre 1964 y 1968 el crecimiento económico global de las naciones subió en un 9%, mientras que sus presupuestos militares o armamentistas aumentaron en el mismo período en un 16%. Los gastos militares fueron en 1967 casi el doble que los dedicados a la educación pública y tres veces más altos que aquellos que tuvieron como meta la salud mundial;¹²¹ el desembolso mundial del

¹²⁰ El Día, febrero 12 de 1969 y marzo 19 de 1969.

¹²¹ Ibid., febrero 12 de 1969.

rearmer corresponde a los ingresos de unos mil millones de hombres de América Latina, Oriente Medio y Asia del Sudeste.¹²²

Claro está, sin lugar a duda, que la población del mundo se la puede pasar sin instrucción y sin salud, como lo prueba el conocido hecho de la miseria humana de 2 mil millones de habitantes – de los cuales 300 millones son niños que están condenados a no tener un crecimiento ni un desarrollo normal. Obvio es señalar que en numerosas dictaduras se considera al estudiante y al intelectual como un “enemigo”.

Las erogaciones militares globales del mundo están concentradas en un 90% en los países miembros de las dos grandes alianzas militares: la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia.¹²³ Del lado de la OTAN están a la cabeza los Estados Unidos con un presupuesto de defensa próximo a los 80,000 millones de dólares en 1968,¹²⁴ y del otro lado, la URSS, a la que se le calculan dichos egresos de alrededor de 36,500 millones de dólares en el mismo año.¹²⁵

La magnitud de estas cifras dilata hasta lo infinito un problema capital: ¿qué significaría el desarme, realmente, para las naciones que están comprometidas actualmente en esta inmensa y desatinada carrera bélica? La contestación a esa interrogante configura en cierta medida el futuro, pues es en esencia la que determina en cierto grado el poder de decisión. En otras palabras, ¿qué sucederá con el desarme en unas economías donde la guerra es parte primordial de su estructura económica?

Efectivamente, en el caso de los Estados Unidos, alrededor del 10.3% de la fuerza laboral activa (incluyendo los soldados) trabaja en organizaciones de la defensa o industrias relacionadas con ella.¹²⁶ Es claro que esta cifra se elevaría si se considerasen otras industrias proveedoras de los insumos necesarios para la producción de armas. Posiblemente se situaría entre el 15% y el 20%.¹²⁷

¹²² El Día, marzo 10 de 1969.

¹²³ Ibid., marzo 9 de 1969.

¹²⁴ The 1969 World Almanac, p. 131.

¹²⁵ La cifra dada a conocer por la URSS es más reducida, pero tomando en cuenta la estructura de la economía soviética, numerosas partidas insertadas en otros departamentos ministeriales u organismos descentralizados pueden ser consideradas gastos de defensa. La aproximación de dicha cantidad se hizo en base a las estimadas en 1967 por el *Institute for Strategic Studies* (Instituto de Estudios Estratégicos) de Londres. Citado en El Día, febrero 9 de 1968.

¹²⁶ El Día, marzo 23 de 1969.

¹²⁷ Aproximación del autor.

Los gastos militares por habitante exceden a los 129 dólares en la Unión Soviética y en Estados Unidos son de 346 dólares.¹²⁸ Hay en el mundo más de 100 millones de seres humanos movilizados o trabajando en el rearme, en tanto que el 70% de los científicos del mundo han sido integrados en el complejo militar-industrial.¹²⁹ Bajo estas circunstancias el desarme traería la desaparición de ciertas industrias o, por lo menos, su modificación, poniendo en práctica reformas tendientes a la racionalización de la producción en el seno de cada país. Empero, parece ser que esta acción no se va a llevar a cabo, pues existe una disociación práctica entre la construcción del mundo y un futuro más conveniente a la colectividad humana.

En cuanto a los países en vías de desarrollo, los egresos militares en 1965 fueron de 18,000 millones de dólares, cifra irracional si se consideran sus condiciones generales de atraso y si se presupone que estos dispendios –lejos de disminuir– se han estado elevando en un promedio de 2,000 millones de dólares anuales,¹³⁰ por lo que se calcula una suma de alrededor de 26,000 millones de dólares para 1969.

En lo que respecta a América Latina, los presupuestos bélicos de la zona pasaron de 1,549 millones de dólares en 1961 a 1,890 millones de dólares en 1967,¹³¹ o sea, un incremento del 22%. Claro está –y quede dicho –que no todos los países iberoamericanos están en este caso. Algunos han incrementado sus presupuestos de una manera más notable y otros casi no lo han hecho: el 62% en el Perú; el 57% en el Brasil; el 61% en Paraguay; el 45% en Colombia; el 43% en Nicaragua y el 42% en Bolivia.¹³² No está de más decir que en algunos estados estos presupuestos consumen prácticamente casi la mitad del crecimiento anual de su producto nacional.

Los gastos latinoamericanos de tipo militar suponen poco menos del 3% del producto bruto de la región (2.4% en 1965¹³³), que si bien se compara con los que dedican a ese mismo fin las potencias industriales, entre el 5% al 10%, no viene a ser una cifra alta. Pero, si eso es verdad, no menos cierto sería que, considerando sus verdaderas potencialidades de desarrollo, los desembolsos de la región pueden considerarse muy elevados. Baste advertir que entre noviembre de 1967 y septiembre de 1968 el Brasil ha comprado armas en los Estados Unidos por valor de 112.2 millones de dólares –lo que equivale al 7% de sus exportaciones que ya están gravadas, por concepto de la deuda pública exterior, en casi el 40%.¹³⁴

¹²⁸ El Día, marzo 23 de 1969.

¹²⁹ Ídem.

¹³⁰ Según la Agencia Federal Norteamericana para el Control de los Armamentos y del Desarme. El Día, enero 30 de 1968.

¹³¹ Según el Departamento de Estado de los Estados Unidos. El Día, febrero 24 de 1969.

¹³² Ídem.

¹³³ Según el *Institute for Strategic Studies*, Londres. El Día, febrero 8 de 1968.

¹³⁴ El Día, febrero 8 de 1968.

En algunos países, donde el incremento económico es muy débil, la mayor parte de esos nuevos gastos presupuestarios de carácter militar se suelen efectuar contra las inversiones sociales. Se puede citar el caso de Argentina, en donde entre 1962 y 1968 esas partidas últimas –las sociales– han disminuido del 19% al 14% en los presupuestos generales de erogaciones. En dichos estados que no tienen el ahorro adecuado para mayores niveles de inversión, donde el sector público carece de la fuerza necesaria para restringir el consumo suntuario e irracional y de elevar las inversiones sociales e industriales, el aumento de los egresos armamentistas no hace más que incrementar sus crisis internas.

A los gastos que cada nación hace, se añade la ayuda militar norteamericana. Esta asistencia fue de 98.8 millones de dólares en el curso de 1967 y la calculada para 1968 fue, en líneas generales, del mismo monto.¹³⁵ Ello representaba, aproximadamente, el 6% del total del derroche militar latinoamericano. Para tomar una prueba concreta veamos, por ejemplo, los desembolsos militares de la región en diversos conceptos comparativos y totales:

*Cuadro 5: Gastos Militares Latinoamericanos en 1965*¹³⁶

Presupuestos de defensa (millones de dólares)	% respecto a los presupuestos totales de gastos	% del PIB	% asistencia militar de los Estados Unidos
1,516	13.2	2.4	5.7

Ese es el marco estricto del problema, donde la asistencia militar juega un papel decisivo en determinadas situaciones, puesto que esta ayuda, junto al armamentismo de las naciones atrasadas, sirve para dotar a algunos ejércitos de un nivel bélico *per cápita* muy superior al de la capacidad de resistencia del equipo civil. En estas circunstancias de objetiva superioridad, no es extraño que algunos de esos ejércitos se comporten como instrumentos de ocupación, produciéndose, a su vez, una paradoja no exenta de dramatismo: en los países desarrollados los servicios armados pueden ser un instrumento más de su política exterior, mientras que en los subdesarrollados terminan por serlo de su política interna.

Referente a los principales proveedores de armas en el mundo, es Estados Unidos, ya sea en razón a la ayuda militar que proporciona, o a su programa de ventas de armas convencionales, quien se ha convertido en la principal fuente de material bélico. Este es un negocio que reditúa fructíferos beneficios: nada más tómese en cuenta que en promedio, de 1961 a 1966, EE. UU. ha donado y vendido alrededor de 3,000 millones de dólares a lo largo del mundo.¹³⁷

¹³⁵ Según el informe número 82-963-0 del Senado Norteamericano, con fecha de octubre 9 de 1967. El Día, febrero 8 de 1968.

¹³⁶ Según el *Institute for Strategic Studies*, Londres. El Día, febrero 8 de 1968.

¹³⁷ Véase de Eugene McCarthy, *The Limits of Power* (Nueva York, 1967).

Actualmente este problema se trata, sin más, de un matrimonio oficial entre la industria privada y los gobiernos. El complejo “militar-industrial” constituye la estructura y superestructura de ese enorme y terrible dispositivo que impide el desarme mundial.¹³⁸

Quizás, como dicen varios círculos de estadounidenses, esas duras críticas, revelaciones de datos y hechos y desmesurados testimonios de coraje moral, sólo puedan darse allí donde existe la libertad. El autor rinde respeto a esa posición, pero no deja de reconocer el incesante avance de un abuso de poder que sobrecoge ya a sus propios protagonistas.

Todo el análisis anterior lleva al punto de comentar lo que significa el rearme a nivel de las dos grandes potencias actuales, pues es gracias a esa carrera desenfrenada iniciada por estos imperios que el problema del rearme a escala global ha adquirido las grotescas dimensiones actuales. Los dos estados están al borde del límite en el que, de proseguir armándose, se encontrarán sin posibilidad de hacer frente a los ingentes problemas económicos y sociales de sus respectivas naciones. Los armamentos con que cuentan los aniquilarían, de ponerse en práctica, en unas cuantas horas, pero ello también supondría el desastre, el holocausto universal. De seguir continuando este proceso, las economías de Estados Unidos y de la URSS padecerían tales graves problemas que, acaso, la guerra caliente les parecería, al fin y a la postre, menos pesadosa.

Se sigue gastando en nuevas armas bacteriológicas (300 millones de dólares anuales en Estados Unidos¹³⁹) y se tiende a la creación del techo antiatómico –la barrera de los antimisiles. Recientemente el Presidente de los Estados Unidos Richard M. Nixon declaró que se iba a construir el sistema antibalístico denominado “Centinela”, con un costo de alrededor de 7,000 millones de dólares. Ello, como es claro, constituye un nuevo paso en la carrera armamentista.

Pero es obvio que esto conduce a un problema político de fondo, que lleva consigo el destino mismo de la humanidad: ¿cómo van a negociar las dos superpotencias nucleares su statu quo futuro?¹⁴⁰ En otras palabras, ¿es pensable que pueda seguirse la carrera infinita del “arma-total-antiarma” sin que se produzca una catástrofe?

Siguiendo a Erich Fromm, para poder llegar al desarme y al entendimiento político como medios para preservar la paz, se necesitan otros pasos necesarios:

¹³⁸ El Senador Barry Goldwater declaró en Washington, ante el Congreso, en defensa de los planes del Pentágono el 15 de abril de 1969: “Estados Unidos debería agradecer al cielo por la existencia de este complejo militar-industrial, que es la burbuja bajo la cual la nación crece y prospera... El complejo militar-industrial es la armadura que se requiere en un mundo desafortunadamente dividido”. Citado en El Día, abril 16 de 1969.

¹³⁹ El Día, marzo 6 de 1969.

¹⁴⁰ Véase de Hedley Bull, *The Control of the Arms Race* (Nueva York, 1965) y *An End to Arms* de Walter Millis (Nueva York, 1965).

- 1) el desarme psicológico, el poner fin al odio y la suspicacia histérica entre los dos grandes bloques, que hasta ahora han hecho el pensamiento realista y objetivo muy difícil, si no imposible, de ambos lados;¹⁴¹
- 2) la ayuda económica en gran escala –alimentos, capital y cooperación técnica– a los países subdesarrollados, que sólo será posible siempre y cuando la carrera armamentista termine; y
- 3) el fortalecimiento y reorganización de las Naciones Unidas, de modo tal que este organismo sea capaz de fiscalizar el desarme internacional y organizar la ayuda económica en gran escala a los países subdesarrollados.¹⁴²

Suponiendo que se continúa el proceso sin que se presente la catástrofe, entonces ¿cuántos recursos que podrían sacar al mundo de su pobreza actual no se estarían desperdiciando? Se considera que si se destinase el 10% de total del despilfarro militar mundial al problema del atraso, los países en desarrollo podrían superar su miseria. Ahora: ¿qué pasaría si esos gastos se emplearan en su totalidad para la liberación total del ser humano? Sobra la respuesta.

En estas condiciones todo cuanto se diga resulta inocente y carente de valor; sin embargo, existe una verdad: que algo marcha mal dentro de este mundo irracional y que hay que corregirlo antes de que sea tarde. Lección brutalmente irónica y magistralmente paradójica es la del momento actual, de la cual América Latina tiene que sacar varias conclusiones. Cabe decir, para no malgastar palabras, que estas deducciones deben partir de las leyes de la necesidad, tomando en cuenta las formas para atenuar el egoísmo desenfrenado del hombre actual:

*“Todos los hombres de buena voluntad, mejor dicho, todos los hombres que amen la vida, deben formar un frente unido en favor de la supervivencia, en pro de la continuación de la vida y la civilización. Con todos los progresos técnicos y científicos que el hombre ha hecho, está obligado a resolver el problema del hambre y la pobreza... Hay tiempo todavía para anticiparse al desarrollo histórico próximo y para cambiar su curso. Pero si no actuamos pronto, perderemos la iniciativa y las circunstancias, las instituciones y las armas por nosotros creadas se impondrán y decidirán nuestro destino.”*¹⁴³

¹⁴¹ Este desarme psicológico no significa la renuncia a las convicciones políticas y filosóficas, ni al derecho de criticar otros sistemas. Al contrario, fomenta esa crítica y la afirmación de las convicciones propias, porque ellas no estarán teñidas de odio y no serán empleadas para fomentar el espíritu de guerra.

¹⁴² Erich Fromm, ¿Podrá sobrevivir el hombre? (Buenos Aires, 1967), pp. 29-30.

¹⁴³ Fromm, Op. Cit., p. 297.

Un solo camino: ¿la violencia?

La tendencia al cambio ha sido una constante en el devenir humano. Siempre ha perdurado la esperanza de una transformación socioeconómica que establezca la justicia en las relaciones entre los hombres. El momento que hoy en día vive América Latina es de cambio y revolución inminentes. El sentimiento de descontento y desconfianza de los latinoamericanos en la década de los 60 está ubicuo y no se podrá detener indefinidamente.

La evolución de Latinoamérica requiere de constantes modificaciones estructurales para actualizarse. El *cambio revolucionador* tiende a la verdad y a la libertad; es el agente reformador y creador más grande de la naturaleza; es innovador, rompe los viejos moldes y configura nuevos patrones, destruye las tradiciones que se oponen al progreso, abre nuevos caminos al arte, etc. Un *cambio revolucionador* es preferible a un cambio revolucionario, que conlleva el cambio de estructuras mediante la violencia.

El cambio se hace necesario visto desde cualquiera de sus ángulos –económico, político, social, científico y cultural. Ello es evidente y se comprende que soluciones superficiales no resuelven nada. Por eso los cambios necesarios, ya inaplazables, se harán –si no se presenta una evolución promovida por los dirigentes latinoamericanos y por las gentes en el poder a escala internacional– a través de una revolución violenta.

La capacidad de sufrir de la inquieta y hambrienta población de América Latina tiene un límite. Y así como los obreros del capitalismo del Siglo XIX y las masas de proletarios de la Unión Soviética a principios de este siglo, rehusaron continuar creyendo que su destino había sido ordenado por la ley divina o la ley social, la mayoría de los habitantes de las naciones atrasadas empieza ahora a no aceptar su pobreza como algo natural. Exige la libertad política, trabajos dignos, la reforma agraria y una rápida industrialización, junto con otras medidas económicas, para alcanzar un nivel de vida que se aproxime al de los países ricos.

Los obstáculos a estas fórmulas para alcanzar el desarrollo integral y la falta de conciencia de los poderosos del mundo subdesarrollado y de las naciones industrializadas, quienes no tienen el coraje de desembarazarse de sus privilegios y de rendir justicia a millones de personas, han ocasionado agudas tensiones sociales en América Latina, que con frecuencia se han traducido en movimientos estudiantiles y violentas manifestaciones de descontento.

Las crisis socioeconómicas en los países iberoamericanos han alcanzado un nivel peligroso. La mayoría de estas naciones sufren constantemente las demostraciones de rebeldía de los estudiantes y de las masas. En réplica, los gobiernos ponen en marcha medidas de excepción que detienen por momentos estas convulsiones, pero que ayudan a que más tarde cobren más fuerza. Como es lógico, estas vicisitudes sociales se han vertido en levantamientos armados de izquierda en Guatemala, Venezuela, Colombia y Bolivia, entre las más importantes. La ira y el

furor, la impetuosidad y el arrebató, la brutalidad y el fanatismo, la pasión y el salvajismo, están omnipresentes. Claro, la violencia ha pertenecido a todas las épocas, pero probablemente ahora es más masiva que nunca.

Ante todo ello, una serie de plumas del continente ha señalado que América Latina se encuentra bajo una maquinación internacional subversiva. Las respuestas a la realidad con justificaciones exóticas provienen en forma más radical de las oligarquías nacionales, entre las cuales aparecen como corolario de su posición privilegiada dueños de la riqueza y mantenedores de la indigencia ante la creciente inestabilidad que coadyuvan a crear.

El autor considera que sí hay aliento a las guerrillas por parte de Cuba, pero no entrará en detalle a que si existen o no planes internacionales, pues si no hubiesen las condiciones económicas y sociales de atraso en la mayoría de países de América Latina, no serían tierra fértil a estos movimientos. Claro, en las circunstancias actuales, están sumamente marginalizados, como en situación histórica reciente se ha comprobado dramáticamente.

El gran problema de la región, como se ha venido viendo en este trabajo, no es otra cosa que el estado de atraso imperante; existe un régimen semi-feudal con ausencia a los derechos de las personas, condiciones de vida infrahumana y una verdadera esclavitud. Los trabajadores rurales son auténticos parias, no tienen acceso a la tierra porque los grandes propietarios la mantienen sin cultivar, por falta de incentivos, o por estar esperando el valor futuro que alcanzará. Hay una gran dependencia del exterior y la mentalidad social de las clases dominantes sigue siendo, en suma, colonial. Estas injusticias ya no se pueden permitir por tiempo indefinido y aquí es donde entra la revolución como agente del cambio, revolución que puede presentarse si no se hacen los cambios revolucionadores, los cambios necesarios en las estructuras económicas, políticas e institucionales.

Es cierto que la pobreza no engendra por sí misma la revolución. Pero la miseria y el progreso, a escala internacional, al lado una del otro, crean un nuevo estadio: la esperanza del cambio socioeconómico, estimulado por la revolución en los transportes y telecomunicaciones. El acceso a la información y a la educación, aunque ésta sea mínima, produce un nuevo fenómeno social: el pobre ambicioso, el pobre rebelde, los jefes de la revolución, que no tienen nada que perder y ven en torno suyo mucho que ganar. Gran cantidad de recursos, de técnicas y de medios de información están hoy a disposición de las clases dirigentes, empleándose en la especulación en torno a procesos particulares del desarrollo o al despilfarro en base a su beneficio, mientras que presionan a las masas psicológica y socialmente.¹⁴⁴

¹⁴⁴ Mediante la propaganda publicitaria se les arranca el poco dinero que les sobra, haciéndoles consumir los subterfugios alimenticios adulterados que envilecen aún más su debilidad calórica y

La pobreza, la ignorancia y el hambre no son sólo meros datos estadísticos, sino valores resultantes de una dicotomía económica basada, además, en la injusticia sostenida por la fuerza. Claro es que mucha gente se complace en perpetuar juicios decadentes en contra de la realidad – irreflexiones que comienzan así: *“Todos fuimos jóvenes. Todos pensamos en utopías, en mejorar al mundo y sin embargo, aquí estamos”*. No se percatan de que en el presente la generación actual, la del movimiento del 68, es la primera generación de la posguerra, vive de cara ante la ruptura histórica basada, justamente, en el cumplimiento económico y científico de lo que hace una generación se podría calificar como utopía y hace unos siglos conducía a las gentes a la hoguera por anunciar profecías o ideas que contravenían las aparentes y ciegas leyes de la naturaleza.

El momento presente marca la necesidad de que se acepte el cambio tendiente a la mejora económica y social del hombre y de que se comprenda con serenidad de que la “utopía” es posible y que es parte del mundo real del hombre contemporáneo. No entenderlo significará que la revolución violenta será el único camino.

La rebelión de fuerza aparece irreversible dentro del statu quo y no es producto de una moda intelectual. Quienes promueven inicialmente el movimiento armado parten de un punto de vista práctico ante la creciente animosidad de los poderosos frente a las necesidades de modificaciones estructurales en Latinoamérica: la revolución es la única alternativa al cambio.

La orientación de la revolución en cuanto a la renovación institucional, en la proclamación de los derechos humanos, en la abertura del mundo y en el aprecio de sus valores específicos, en el reconocimiento de la autonomía de lo temporal, en la declaración de la libertad política y el respeto a las diferentes formas de relación con la economía, encuentra sus raíces en parte a la falta de oportunidades que mantiene a las masas en una frustración constante y ante un futuro desconcertante, el cual es urgente y necesario modificar.

Los marxistas sostienen *que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial*. Pero tal vez se trata de algo diferente, tal vez las revoluciones son el freno de emergencia que tiene el ser humano que viaja en ese tren.

Los hechos, datos y aclaraciones que ilustran este trabajo están en función de una reflexión constante por parte del lector en base a la necesidad del crecimiento económico más el cambio, uno de cuyos entendimientos es la formación de la conciencia de promover el desarrollo humano por el reconocimiento de la dignidad del hombre, su liberalización económica y la afirmación creciente de las relaciones interpersonales equitativa y fraternalmente.

proteínica. Pero, por si fuera poco, se ilustra ese régimen de consumo con bellas imágenes de opulencia y confort que provocan tensiones psíquicas incalculables.

En suma, la cuestión que se plantea es la de si esta revolución se producirá pacíficamente – lo que parece posible si Estados Unidos acepta la tendencia histórica y da los pasos anticipados adecuados. Si no comprende la urgencia del cambio, no por ello detendrá la revolución latinoamericana, aunque pueda hacerla retroceder por un lapso relativamente corto.

Si las fuerzas armadas norteamericanas –como dice Robert Taber– no pueden suprimir la insurrección en Vietnam del Sur, que sólo cuenta con una población de 16 millones de habitantes, ¿cómo podrán imponerse en otros países como, por ejemplo, Brasil, con una población casi cinco veces mayor y una extensión territorial de más de ocho millones y medio de kilómetros cuadrados, la mitad de los cuales se hallan cubiertos por bosques tropicales y no hay de ellos casi un sólo mapa o plano?¹⁴⁵

Cierto es que se puede sostener a gobiernos dictatoriales con ayuda militar y económica, pero no podrá ser por mucho tiempo. Es posible también obtener cooperación por medio de sobornos y coerción económica. Incipientes movimientos guerrilleros pueden ser aplastados antes de que maduren. Pero, permaneciendo la misma situación sin producirse el cambio, surgirán sin duda otros movimientos armados.

Parece lógico que las potencias industriales, al tratar de impedir las revoluciones de los países pobres, generarán tensiones entre los bloques, en pugna el uno con el otro con sus modernas armas, dejando en tal virtud pocas esperanzas de paz y de supervivencia de la humanidad.

Para concluir, por un lado está el progreso, la prosperidad y la seguridad; por el otro, el desastre seguro. Sólo hay una manera de evitar la guerra de guerrillas: la evolución, el *cambio revolucionador*. Y para ello, sólo la equidad, la justicia y la paz. Algunos podrán afirmar que esto es rendirse. Si lo es, es en todo caso la rendición de la fuerza a la razón, basada en el entendimiento de que “a ningún pueblo, a menos que acepte la derrota, se le puede hoy someter o mantener subyugado”.¹⁴⁶

¹⁴⁵ Robert Taber, La guerra de la pulga (México, 1968), p. 180.

¹⁴⁶ Ibid., p. 191.

A manera de epílogo

Las anteriores páginas tienen una sola intención: plantear la tesis de que es posible y urgente que los pueblos latinoamericanos maduren la conciencia de su realidad socioeconómica y se enfrenten a su propio e impostergable destino: Una América Latina unida y desarrollada, una zona de libre comercio con países democráticos y latinoamericanos sin carencias.

Hemos tratado de avanzar en cinco direcciones:

- 1) **¿Cómo crecer de manera auto sostenida y distribuir la riqueza equitativa y eficientemente? En otras palabras, ¿cómo salir de una vez por todas del yugo del subdesarrollo?**
- 2) **¿Qué tan factible y deseable es crear la unión latinoamericana? En la perspectiva de este autor, el único camino viable para lograr el desarrollo es a través de la integración: la suma de esfuerzos y unión de fuerzas. Las potencias desarrolladas no nos van a tratar de igual a igual mientras no tengamos la independencia económica que da una economía fuerte y un mercado amplio.**
- 3) **¿Es posible la unión latinoamericana sin gobiernos democráticos? No, no es posible, ya que la integración económica bajo regímenes totalitarios y dictaduras militares iría en contra de su razón de ser: tener el país bajo su control absoluto. Nunca habrá integración mientras que los gobernantes en turno hayan llegado al poder mediante la fuerza, pues no van a querer compartir el poder y no tienen la obligación de responder a sus pueblos, sino a aquellos que los ayudaron a llegar al poder: sus cómplices y el centro de poder del bloque al que pertenecen, que en el caso de América Latina es Estados Unidos. La unión latinoamericana requiere de gobiernos democráticos, en donde los gobernantes respondan a sus votantes, a sus pueblos.**
- 4) **¿Puede un país desarrollarse sin el apoyo del capital y tecnología externos? El desarrollo de América Latina requiere y va a requerir por varios años de la cooperación internacional y del capital foráneo. El problema es que esa asistencia y colaboración de los países desarrollados tradicionalmente ha venido con ataduras, con condiciones a veces excesivamente leoninas. La única manera de lograr mejores términos y una mejor relación con los países fuertes es a través de la unión regional, para llegar a la mesa de negociaciones en igualdad de circunstancias, logrando así, un diálogo entre iguales.**
- 5) **¿Cuál es el ingrediente, el factor fundamental para que la estrategia funcione? Todo lo anterior no se puede lograr y sustentar sin la inversión en capital humano, sin una mejor educación en todas las ramas del saber humano. Lo importante para el desarrollo no son la cantidad de recursos naturales de que dispone el país, sino de la calidad de su fuerza**

laboral. Los sistemas productivos y mecanismos institucionales de decisión puede ser más o menos perfectos, pero para que funcionen bien, independientemente de su diseño, requieren de gente preparada.

Es verdad que de nación a nación se palpan diferencias básicas en los niveles del desarrollo de la región latinoamericana. Las desigualdades se extienden a otros factores geoeconómicos. Pero esto no quiere decir gran cosa como no sea la evidencia de que los tiempos y medios son disímolos en el crecimiento de los individuos como en el de los pueblos –y no niega, sino afirma, la presencia de un denominador común: la necesidad del cambio estructural en América Latina. Es cierto, los países latinoamericanos son diferentes, sin embargo, se acepta las condiciones geográficas especiales, las raíces étnicas, cultura, lengua, los índices de desarrollo demográfico, la situación especial de los recursos naturales, la fisonomía histórica, el carácter sui generis del individuo americano, que lo distingue de otros hombres del orbe.

Es factible, por lo tanto, concluir de que sí es posible la unión paulatina de las naciones latinoamericanas. Las fronteras de los países de la región son recientes, son tan sólo líneas políticas trazadas por los gobernantes en turno, personas que vivían en tiempos diferentes, con problemas y oportunidades diferentes, por lo que es posible redefinir las fronteras económicas y políticas. Tsto lo están demostrando los países europeos en este camino en que se han embarcado para lograr la paz continental y el crecimiento conjunto.

Estamos viviendo una etapa de independencia de las supervivencias colonialistas. La lucha contra el colonialismo –por supuesto– está acorde con el ritmo de crecimiento económico y la estructura económica y política de cada región. El proceso está en auge y no es factible frenar las corrientes de defensa de la soberanía y de la autodeterminación. En el largo plazo, este autor espera de que la comunidad internacional se una en reprobar todo intento de intervencionismo, tome éste el cariz que sea: armado o pacífico.

El respeto a los pueblos comienza con el auto respeto. Cada uno de los países de América Latina tiene que establecer procesos democráticos y elegir libremente a sus gobernantes. No se puede lograr el cambio de las estructuras económicas sin cambiar las estructuras mentales. Se trata de una auténtica revolución evolutiva que eventualmente ha de reflejarse en las estructuras sociales, políticas, institucionales y científicas de cada país.

América Latina debe saltar por encima de las trabas que le han impuesto el yugo imperialista y sus malos gobernantes. En todos los países de la zona existen ya nutridos sectores que han alcanzado una comprensión excepcional de las limitaciones y posibilidades de la región.

Tener conciencia de un conflicto ya es entrar en la vía de combatirlo y superarlo.

La existencia de los bloques capitalista y socialista, así como la incipiente creación de un tercer bloque, el de la Unión Europea, abre un espacio de maniobra para lograr la apertura económica de los países latinoamericanos y mejores términos de intercambio.

Los países de la América Latina no necesitan del tipo de ayuda económica que hasta la fecha han recibido. Tal ayuda no siempre ha sido conveniente, ni ha contribuido a resolver los aspectos de su problemática interna, pero frecuentemente se ha dado condicionada a recibir a cambio favores y prebendas. La ayuda de este tipo siempre humilla, menosprecia y mantiene la diferencia en la jerarquía de los valores. En lugar de haber agradecimiento de quien recibe la ayuda, lo que queda es el resentimiento.

Hay que reconocer que América Latina no se puede desarrollar sin el apoyo y asistencia del capital y tecnología externa, pero ésta debe venir en beneficio mutuo, sin la arrogancia de la imposición imperialista. El tipo de capital externo que se requiere es el de la ayuda económica de los organismos multilaterales, préstamos concesionarios a largo plazo y el de las inversiones privadas que crean empleos y traen nuevas tecnologías.

Ahora bien, adquirir conciencia social y proclamar los principios que de ella dimanen es parte de la evolución (el cambio revolucionador) que se señaló como necesaria, o de la revolución (el cambio revolucionario) que hay que tratar de evitar.

El cambio de estructuras en la América Latina beneficia no sólo a los pueblos latinoamericanos, sino también a los países que integran los puntos neurálgicos de la política internacional, en particular, la seguridad de los Estados Unidos. Los conceptos de desarrollo y seguridad están íntimamente vinculados: sin progreso no hay seguridad. América Latina requiere la apertura de espacios para alcanzar su desenvolvimiento económico y social. Esta será la forma más viable y segura para el mantenimiento del orden y de la paz a escala continental.

Los Estados Unidos tiene, a su vez, que convencerse de que la política agresiva contra sus vecinos cercanos –nosotros– es a la larga mal negocio. El área de primordial preocupación para EE. UU. debe ser América Latina y no otras regiones del mundo, empezando porque en su puerta trasera, la América Ibérica se extiende por varios millones de kilómetros, con selvas impenetrables y regiones montañosas. Un Vietnam a escala continental influiría de modo radical en la economía norteamericana y en la posición de EE. UU. como potencia mundial.

Nadie puede vivir separado en la actualidad. Ninguna nación es autosuficiente y, en cuanto a la vecindad, es preferible, como se ha expuesto en reiteradas ocasiones, que el vecino no sea un aprovechado ni, mucho menos, un maleante, pues como contrapartida tendrá un enemigo en potencia, un enemigo al acecho.

La lucha contra lo que se denomina el peligro de una era de violencia civil está, por fuerza, en suprimir los focos de descontento individual y multitudinario: la pobreza, las necesidades inmediatas, la ignorancia, la falta de empleo, etc. La lucha será en torno al desarrollo económico integral para beneficio de las grandes mayorías.

México ha proclamado, como esencia de su política internacional, tres principios: el de no intervención, el derecho de autodeterminación y una política de cooperación humana. Esto último podría ser la base de una línea de conducta. De la misma manera que no es concebible el hombre aislado, el individuo sólo, los pueblos han menester de la cooperación de los demás pueblos. Esta colaboración debe ser prestada en forma amplia, adecuada y permanente, a fin de que contribuya a promover el desarrollo de los pueblos atrasados y no constituya sólo una apariencia destinada a favorecer los intereses de los países que la prestan.

Los pueblos altamente desarrollados tendrán que abandonar el viejo sistema –residuo del colonialismo– de aprovecharse de las naciones débiles, como simple fuente de recursos naturales o como mercado obligado, para iniciar una secuela de respeto recíproco y de apoyo doblemente útil: técnico y económico.

El autor de estas líneas sabe hasta dónde es factible su punto de vista y hasta dónde no ha podido evitar caer en la tentación de lo especulativo y hasta de lo utópico; pero, viéndolo bien, cualquier acción humana, hasta aquéllas que se rigen por leyes económicas, tiene que proyectarse hacia los linderos de *“lo que debería ser”* y *“lo que quisiéramos que fuese”*.

América Latina está en la edad de las definiciones, de la conformación total, a fin de ubicarse en el tiempo y el espacio que le corresponden.

Bibliografía

- Aguilar Monteverde, Alonso. Dialéctica de la economía mexicana. México: Nuestro Tiempo, 1968.
- Aguilar Monteverde, Alonso. Teoría y política del desarrollo latinoamericano. México: U.N.A.M., 1967.
- Alazraki Gaysinsky, León. Desarrollo económico y competitividad externa: el caso de América Latina. México: Tesis Profesional, E.N.E., 1968.
- Banco del País, S. A. "México y la integración económica de América Latina", Comercio Exterior (mayo de 1968), pp. 387-88.
- Bedregal, Guillermo. Monopolios contra países pobres: la crisis mundial del estaño. México: Siglo XXI, 1967.
- BID. Factores para la integración latinoamericana. 1966.
- BID. Las inversiones multinacionales en el desarrollo y la integración de América Latina. Abril de 1968.
- Bosch, Juan. El pentagonismo, sustituto del imperialismo. México: Siglo XXI, 1968.
- Bull, Hedley. The Control of the Arms Race: Disarmament and Arms Control in the Missile Age, 2a. edición. Nueva York: Praeger, 1965.
- Calderón Martínez, Antonio. "La política mexicana de comercio exterior", Comercio Exterior (julio de 1968), pp. 581-85.
- Campañay Mimbela, Carlos. "Obstáculos al desarrollo económico de América Latina: reducida formación de capital", Investigación Económica (julio-septiembre de 1965), pp. 521-41.
- Carmona, Fernando. El drama de América Latina: el caso de México. México: Cuadernos Americanos, 1964.
- Castro Villagrana, Bernardo, et. al. La Iglesia, el subdesarrollo y la revolución. México: Nuestro Tiempo, 1968.
- Castro, Josué de. Geografía del Hambre. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1961.
- CEMLA. "El financiamiento externo en el desarrollo económico de América Latina", Boletín Quincenal del Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (marzo de 1963).
- CEPAL. El desarrollo económico de América Latina en la postguerra. Noviembre de 1963.
- CEPAL. Estudio económico de la América Latina. 1966.
- CEPAL. Evaluation of Economic Integration in Central America. Enero de 1966.
- CEPAL. Informe del Simposio Latinoamericano de Industrialización (Santiago, Chile, 14 a 25 de marzo de 1966).
- CEPAL. Los países de menor desarrollo económico relativo y la integración latinoamericana. Mayo de 1967.

- CEPAL. Los principales sectores de la industria latinoamericana: problemas y perspectivas. Abril de 1965.
- Condal, Elías. Imagen estructural del gorila. México: Nuestro Tiempo, 1968.
- Coontz, Sidney H. Teorías de la población y su interpretación económica. México: F.C.E., 1960.
- Crabb, Cecil V. Jr. The Elephants and the Grass: A Study of Nonalignment. Nueva York: Praeger, 1965.
- Cutajar, Michael Z. y Alisan Franks. The Less Developed Countries in World Trade. Londres: Overseas Development Institute, 1967.
- Declaración de los Presidentes de América, Comercio Exterior (mayo de 1967).
- Ellsworth, P. T. Comercio internacional, 5a. edición. México: F.C.E., 1966.
- Fromm, Erich. ¿Podrá sobrevivir el hombre? Buenos Aires: Paidós, 1967.
- Fromm, Erich. Marx y su concepto del hombre. México: F.C.E., 1962.
- Furtado, Celso. Teoría y política del desarrollo económico. México: Siglo XXI, 1968.
- Germani, Gino. "América Latina y Tercer Mundo", Aportes (octubre 10 de 1968).
- Gorbán, Samuel. "La ALALC y la realidad económica de América Latina", Investigación Económica (julio-septiembre de 1965), pp. 555-67.
- Gutiérrez Santos, Luis. "Análisis crítico de la Alianza para el Progreso", El Día, diciembre 10 de 1968, p. 10.
- Heilbroner, Robert L. "The Perils of American Economic Power", Saturday Review (Agosto 10, 1968), pp. 21-24.
- Herz, John H. International Politics in the Atomic Age. Nueva York: Columbia University Press, 1963.
- Jiménez Lazcano, Mauro. Integración económica e imperialismo. México: Nuestro Tiempo, 1968.
- Johnson, Harry G. Economic Policies Toward Less Developed Countries. Nueva York: Praeger, 1967.
- Kindleberger, Charles P. Economía internacional, 5ª edición. Madrid: Aguilar, 1965.
- Lange, Oscar (ed.). Problemas de economía política del socialismo. México: F.C.E., 1965.
- Lieuwen, Edwin. Generales contra Presidentes en América Latina. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1965.
- Maddison, Angus. The World Economy: Historical Statistics, Abril 2010.
- Marchal, André. Estructuras y sistemas económicos. Barcelona: Ariel, 1961.
- Mayobre, J. A., F. Herrera, C. Sanz de Santamaría y R. Prebisch. Hacia la integración acelerada de América Latina: proposiciones a los Presidentes latinoamericanos. México: F.C.E., 1965.
- McCarthy, Eugene. The Limits of Power. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1967.

- McClellan, Grant S. (ed.). United States Policy in Latin America. Nueva York: H. W. Wilson, 1963.
- Millis, Walter. An End to Arms. Nueva York: Atheneum, 1965.
- Myrdal, Gunnar. El estado del futuro. México: F.C.E., 1963.
- Naciones Unidas. Década del desarrollo de las Naciones Unidas: propuestas para la acción, Nueva York: UN, 1962.
- Naciones Unidas. International Action to Avert the Impending Protein Crisis. 1968.
- Naciones Unidas. Perspectivas de la población mundial evaluadas en 1963. Estudios Demográficos, No. 41, 1967.
- Nehru, Jawarharlal. "India Today and Tomorrow", AICC Economic Review, (marzo 13 de 1959).
- Nkrumah, Kwame. Neocolonialismo, la última etapa del imperialismo. México: Siglo XXI, 1966.
- Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO por sus siglas en inglés Food and Agriculture Organization). El estado mundial de la agricultura y la alimentación. Septiembre de 1968.
- Pacheco, Hernando. "Comentario internacional" y "La escena internacional", columna y comentarios en el periódico El Día, México, D. F., comprendidos entre 1967 y principios de 1969.
- Pearson, Lester B. "Trade, Aid, and Peace", Saturday Review (Febrero 22, 1969), pp. 23-26.
- Prebisch, Raúl. Nueva política comercial para el desarrollo. México: F.C.E., 1966.
- Pressat, Roland. El análisis demográfico. México: F.C.E., 1967.
- Quintana, Carlos. "El desarrollo latinoamericano: problemas viejos y nuevos", Comercio Exterior (junio de 1968), pp. 474-78.
- Ramos Galindo, David. "Deterioro en el comercio agrícola con los Estados Unidos", El Día, marzo 3 de 1968.
- Rostow, W. W. The Stages of Economic Growth. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1965.
- Sachs, Ignacy. Obstáculos al desarrollo y planificación. México: Nuestro Tiempo, 1967.
- Schmitt, Karl M. y David D. Burks. Evolution or Chaos: Dynamics of Latin American Government and Politics. Nueva York: Praeger, 1963.
- Schumpeter Joseph A. Teoría del desenvolvimiento económico, 3ª edición, México: F.C.E., 1963.
- Servan Schreiber, J. J. Le défi américain. París: Denoël, 1967.
- Staley, Eugene. El futuro de los países subdesarrollados: implicaciones políticas del desarrollo económico, edición corregida. México: Roble, 1963.
- Sunkel, Osvaldo. Los conceptos de desarrollo y de subdesarrollo. Santiago de Chile: ILPES, 1968.
- Taber, Robert. La guerra de la pulga. México: Era, 1968.

The 1969 World Almanac, preparado por *The Hartford Times*. Nueva York, 1968.

UNCTAD. "Resoluciones del II Período de Sesiones, Nueva Delhi, febrero-marzo de 1968", suplemento de Comercio Exterior (mayo de 1968).

Wionczeck, Miguel S. (ed.). Integración de América Latina: experiencias y perspectivas. México: F.C.E., 1968.

Worsley, Peter. El Tercer Mundo: una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales. México: Siglo XXI, 1966.

Zamora, Francisco. Dinámica económica. México: F.C.E., 1962.

Aportes. París.

Comercio Exterior. México, D. F. El Día. México, D. F.

Investigación Económica. México, D. F.

Mundo Nuevo. Palma de Mallorca, España.

Saturday Review. Nueva York.

The Economist para América Latina. Londres.

Time. Nueva York.

Índice Analítico y de Nombres

A

Agradecimientos, iv
 Aguilar, 39
 Aguilar Monteverde, Alonso, 39, 96
 AICC Economic Review, 38, 98
 Aid, 98
 Alazraki Gaysinsky, León, 96
 Alemania, xi, 25, 45, 67
 Alianza para el Progreso, 27, 32
 ALPRO, viii, 11, 12, 27, 32, 66, 71, 73, 97
 Alisan Franks, 97
 ALPRO, 12
 Alianza para el Progreso, viii, 11, 12, 64, 73
 América Latina, vii, viii, xiii, 1, 2, 3, 6, 7, 10, 11, 12, 13, 15,
 17, 18, 19, 20, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32,
 33, 35, 36, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49,
 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 62, 63, 65, 66,
 67, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 79, 80, 81, 82, 84,
 87, 88, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 105
 América Latina y Tercer Mundo, 26, 97
 American Economic Power, 97
 An End to Arms, 86, 97
 Aportes, 26, 97, 99
 Argentina, viii, x, 2, 3, 12, 13, 15, 19, 24, 36, 53, 57, 77, 80,
 84
 Ariel, 97
 Arms Control, 96
 Arms Race, 86, 96
 Armstrong, Neil, ix
 Asociación Latinoamericana de Libre Comercio
 ALALC, 56
 Atheneum, 97
 Australia, 3, 19
 Avándaro, x

B

Banco del País, 57, 96
 Banco Interamericano de Desarrollo, 13, 32, 60
 BID, 13, 31, 32
 Barcelona, 97
 Beatles, x
 Bolivia, viii, 2, 3, 12, 13, 19, 24, 36, 57, 74, 84, 88
 Boppers, x
 Bosch, Juan, 74, 75, 96
 Brasil, 2, 3, 12, 13, 15, 19, 36, 57, 67, 77, 78, 80, 84, 90
 Buenos Aires, 15, 20, 25, 87, 97

Bull, Hedley, 86, 96
 Burks, David D., 98

C

Calderón Martínez, Antonio, 42, 96
 Cambridge University Press, 98
 Campuñay Mimbela, Carlos, 96
 Carbonell Espinosa, Carmen, iv
 Carmona, Fernando, 96
 Castro Villagrana, Bernardo, 96
 Castro, Fidel, viii, 73
 Central America, 96
 Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, 33
 CEMLA, 33, 96
 Chaos, 98
 Che Guevara, viii, 74
 Chile, viii, 2, 8, 12, 13, 15, 19, 30, 36, 57, 66, 67, 78, 96
 China, viii, xiii, 42
 Chubby Checker, x
 Churchill, Winston, vii
 CIAP, 12, 33
 Colombia, x, 12, 13, 15, 19, 53, 57, 67, 80, 84, 88
 Columbia University Press, 97
 Comentario internacional, 98
 Comercio, 30, 33, 42, 50, 51, 53, 57, 58, 60, 64, 65, 66, 80,
 96, 97, 98, 99
 Comercio Exterior, 30, 33, 42, 51, 53, 57, 64, 65, 66, 80,
 96, 97, 98, 99
 Comisión Económica para América Latina, 30
 CEPAL, 30
 Condal, Elías, 62, 97
 Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y
 Desarrollo, 80
 Coontz, Sidney H., 97
 Corea del Sur, 3
 Costa Rica, 12, 13, 78
 Crabb, Cecil V. Jr, 97
 Crazy Boys, x
 Cuadernos Americanos, 96
 Cuba, viii, 5, 24, 32, 70, 73, 74, 76, 80, 88
 Cutajar, Michael Z., 97

D

Década del desarrollo, 11, 98
 Dedicatoria, iii
 Denoél, 98

Desarrollo, x, 8, 13, 15, 16, 17, 32, 50, 60, 65, 67, 96
 Desarrollo económico, 96
 Desarrollo Estabilizador, x, 15, 16, 17
 Desarrollo y subdesarrollo, 8
 Deterioro en el comercio agrícola, 44, 98
 Dialéctica de la economía mexicana, 96
 Díaz Ordaz, Gustavo, ix, 1
 Dinámica económica, 99
 Disraeli, Benjamin, vii

E

E.N.E., 96
 Economía internacional, 97
 Economic Policies Toward Less Developed Countries, 97
 Ecuador, 3, 12, 13, 57, 80
 EE.UU., viii, 13, 14, 44, 73, 74
 Ejército Soviético, 5
 El Día, 15, 20, 21, 24, 25, 26, 27, 32, 33, 37, 43, 44, 45, 53,
 54, 58, 59, 61, 65, 66, 67, 75, 76, 78, 82, 83, 84, 85, 86,
 97, 98, 99
 El Salvador, 12, 13
 Ellsworth, P. T., 97
 Era, vii, 1, 98
 Escuela Nacional de Economía
 ENE, iv
 Escuela Nacional Preparatoria 4, x
 España, iv, 25, 55, 99
 Estados Unidos, viii, 2, 3, 4, 5, 6, 13, 19, 31, 32, 34, 42, 43,
 44, 45, 48, 49, 53, 54, 58, 59, 61, 63, 64, 65, 66, 67, 69,
 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 81, 83, 84, 85, 86,
 90, 92, 94, 98
 Estructuras y sistemas económicos, 97
 Estudio económico, 96
 Estudios Demográficos, 98
 Evolution, 98

F

Feminismo, vii
 Food and Agriculture Organization, 20, 22, 25, 98
 Francia, vii, viii, xi, 36, 45
 François Guisot, vii
 Fromm, Erich, xiii, 86, 87, 97
 Furtado, Celso, 97

G

Gazol Sánchez, Antonio, iv
 Generales contra Presidentes, 97
 Georges Clemenceau, vii

Germani, Gino, 26, 97
 Good, Bethany, iv
 Gorbán, Samuel, 57, 97
 Goulart, João, viii, 78
 Granda, Antonio, iv
 Guadalupe, 2
 Guatemala, x, 2, 12, 13, 88
 Guayana Francesa, 2
 Guerrero, x
 Guisot, François, vii
 Gutiérrez Santos, Luis, v, xiv, 97, 105
 Guyana, 2

H

Haití, 2, 12, 13, 74
 Hambre, 20, 96
 Heilbroner, Robert L., 97
 Herrera, F., 97
 Herz, John H., 97
 Hippies, viii, ix, xii
 Hispanoamérica, 2
 Holt, Rinehart and Winston, 97
 Honduras, 12, 13, 57
 Hooligans, x
 Hungría, 5

I

ILPES
 Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación
 Económica y Social, 98
 Imagen estructural del gorila, 62, 97
 India, 21, 38, 63, 98
 Inglaterra, 21, 45, 53, 98
 Integración, 57, 97, 99
 Integración de América Latina, 99
 Integración económica, 57, 97
 Integración Económica, 96
 International Politics in the Atomic Age, 97
 Introducción, 1
 Investigación Económica, 57, 96, 97, 99

J

Japón, viii, 19, 32, 43
 Jaramillo, Rubén, x
 Jiménez Lazcano, Mauro, 97
 Johnson, Harry G., 97
 Johnson, Lyndon B., 34, 63
 Juan Bosch, 75

K

Kennedy, John F., viii, ix, 73, 74
Kennedy, Robert F., ix
Kindleberger, Charles P, 97

L

La ALALC y la realidad económica de América Latina, 57
La escena internacional, ii, 11, 26, 98
La guerra de la pulga, 90, 98
La Iglesia, xiii, 21, 25, 77, 96
Lange, Oscar, 97
Latin American Government and Politics, 98
Le défi américain, 98
Less Developed Countries, 97
Lieuwen, Edwin, 97
Locos del Ritmo, x
Londres, 26, 83, 84, 85, 97, 99
López Mateos, Adolfo, ix

M

Maddison, Angus, 14, 97
Madrid, 97
Malcom X, ix
Marchal, André, 97
Martín Luther King, ix
Martinica, 2
Marx, xiii, 97
Mayobre, J. A., 97
McCarthy, Eugene, 85, 97
Mercado Común Centroamericano
MCCA, 56
México, ii, v, viii, ix, x, xi, xiii, xiv, 1, 2, 3, 12, 13, 15, 16,
19, 20, 23, 24, 25, 29, 32, 36, 38, 39, 44, 45, 53, 57, 59,
60, 62, 67, 70, 74, 75, 78, 80, 90, 95, 96, 97, 98, 99, 105
Millis, Walter, 86, 97
Miquelón, 2
Monopolios, 96
Morelos, x, 28
Movimiento de Liberación Nacional, viii, 74
Movimiento Estudiantil, x
Movimiento Magisterial, x
Mundo Nuevo, 99
Muñoz Cota Ibáñez, José, iv, vii
Myrdal, Gunnar, 98

N

Naciones Unidas, x, 11, 17, 20, 42, 50, 54, 60, 86, 98

Nehru, Jawarharlal, 5, 38, 98
Neocolonialismo, 70, 98
Nicaragua, 12, 13, 57, 84
Nkrumah, Kwame, 70, 98
Nonalignment, 97
Nuestro Tiempo, 96, 97, 98
Nueva Delhi, 63, 64, 80, 98
Nueva Escocia, 2
Nueva York, v, x, 11, 85, 86, 96, 97, 98, 99
Nueva Zelanda, 3, 19
Nuevo Brunswick, 2

O

Obstáculos al desarrollo, 38, 96, 98
Overseas Development Institute
ODI, 97

P

Pacheco, Hernando, 26, 98
Paidos, 97
Panamá, 12, 13, 74
Panteras Negras, ix
Paraguay, 3, 12, 13, 57, 84
Peace, 98
Pearson, Lester B., 98
Período de Sesiones, 80, 98
Perspectivas de la población mundial, 17, 18, 19, 23, 98
Perú, x, 2, 12, 13, 15, 20, 21, 57, 64, 67, 77, 80, 84
Píldora anticonceptiva, viii
Portugal, 55
Praeger, 96, 97, 98
Prebisch, Raúl, 36, 37, 43, 44, 97, 98
Preparatoria 4, iv
Presidentes de América, 56, 97
Presidentes latinoamericanos, 97
Pressat, Roland, 98
PRI
Partido Revolucionario Institucional, ix
Problemas de economía, 97
Prólogo, vii

Q

Quebec, 2
Quintana, Carlos, 33, 98

R

Ramos Galindo, David, 44, 45, 98

Real Academia Española, 2
 Rebeldes del Rock, x
 República Dominicana, 12, 66, 67, 74, 78
 Revolución, viii, 24, 25, 55
 Revolución Argentina, viii
 Revolución cultural, viii
 Roble, 98
 Rosenstein Rodán, Paul, 12, 13
 Rostow, W. W., 98
 Rusia, x, 4, 5
 Russell, Bertrand, vii

S

Sachs, Ignacy, 38, 98
 Salazar, Othón, x
 San Bartolomé, 2
 San Martín, 2
 San Pedro, 2
 Santiago de Chile, 8, 30, 96, 98
 Sanz de Santamaría, C., 97
 Saturday Review, 97, 98, 99
 Sbert Callao, José María
 Chema, iv
 Schmitt, Karl M., 98
 Schumpeter, Joseph A, 98
 Servan Schreiber, J. J., 98
 Shaw, George Bernard, vii
 Siglo Veinte, 97
 Siglo XXI, 96, 97, 98, 99
 Simposio Latinoamericano, 30, 96
 Stages of Economic Growth, 98
 Staley, Eugene, 98
 Sunkel, Osvaldo, 8, 98
 Suriname, 2

T

Taber, Robert, 90, 98
 Teen Tops, x
 Teoría del desenvolvimiento económico, 98
 Teoría y política del desarrollo económico, 97
 Teoría y política del desarrollo latinoamericano, 39, 96
 Teorías de la población y su interpretación económica, 97
 Tercer Mundo, 4, 5, 18, 20, 26, 52, 62, 63, 67, 75, 76, 79, 80, 99
 The Economist para América Latina, 50, 60, 62, 80, 99

The Elephants and the Grass, 97
 The Hartford Times, 98
 The Limits of Power, 85, 97
 Time, 99
 Tlatelolco, viii, 1
 Trade, 49, 98
 Tupamaros, viii, 74

U

UNAM
 Universidad Nacional Autónoma de México, 1
 UNCTAD
 Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y
 Desarrollo, 22, 46, 48, 49, 50, 60, 61, 62, 63, 64, 80, 98
 Unión Europea, viii, 93
 Unión Soviética, 5, 36, 53, 58, 80, 83, 88
 United States Policy, 97
 Universidad de Columbia, v
 Universidad Nacional Autónoma de México
 UNAM, ii, 1
 URSS, 83
 Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, viii, 80, 81, 83, 86
 Uruguay, viii, xi, 2, 12, 13, 15, 39, 56, 57, 74, 80

V

Vázquez Rojas, Genaro, x
 Venezuela, 12, 13, 15, 57, 88
 Vietnam, viii, 61, 65, 66, 74, 75, 90, 94

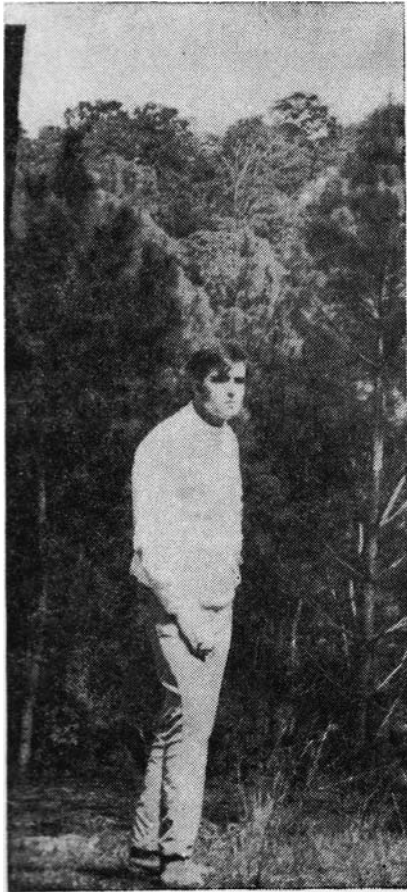
W

Wilson, H. W., 97
 Wionczech, Miguel S., 99
 Woodstock, x
 World Almanac, 83, 98
 World Trade, 97
 Worsley, Peter, 99

Z

Zabre, Solón, iv
 Zamora, Francisco, 99

Contraportada de la 1^{ra} edición



— Luis Gutiérrez Santos termina sus estudios como economista en 1968. Preocupado por el cariz que han tomado los acontecimientos mundiales y sus efectos en América Latina, lleva a cabo una laboriosa investigación que rinde frutos en la presente obra. Saber para prever y prever para actuar es lo que caracteriza el impulso vital de este trabajo.

— Es un estudio asequible, ameno, fuerte y documentado sobre América Latina, su marco económico, social y político y las tendencias dentro del mundo actual, su clasificación como fundamento teórico de las ramas del proceso económico: la totalidad latino-americana, sus interrelaciones y sus esfuerzos para llegar a la definición plena de su autenticidad histórica y social.

— En la época de los disturbios sociales, la automatización, la cibernética y las exploraciones espaciales, este magnífico libro resulta de una actualidad evidente, necesaria para conocer el punto de vista de una juventud que acepta cabalmente su parcela de responsabilidad individual y colectiva.

B. COSTA-AMIC, EDITOR

Mesones, 14 México 1. D. F
